

Carlos Saibene

EL GUARDAPARQUE

Historias vividas



M VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES



AVES ARGENTINAS

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

EL GUARDAPARQUE

Carlos Saibene

EL GUARDAPARQUE

Historias vividas

 VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES



AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

Fundación de Historia Natural Félix de Azara

Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas
Universidad Maimónides

Hidalgo 775 - 7° piso (1405BDB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Teléfonos: 011-4905-1100 (int. 1228)

E-mail: secretaria@fundacionazara.org.ar

Página web: www.fundacionazara.org.ar

Las opiniones vertidas en el presente libro son exclusiva responsabilidad de su autor y no reflejan opiniones institucionales de los editores o auspiciantes.

Reservados los derechos para todos los países. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este electrónico, químico, mecánico, electro-óptico, grabación, fotocopia, CD Rom, Internet o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de la editorial.

Primera Edición: 2025. Se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2025, en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

VAZQUEZ MAZZINI EDITORES

info@vmeditores.com.ar

www.vmeditores.com.ar

Saibene, Carlos

El guardaparque : historias vividas / Carlos Saibene. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8989-85-3

1. Conservación de la Naturaleza. 2. Autobiografías. I. Título.

CDD A860

Dedicatoria

*A mis padres, Virginia y José,
quienes me infundieron amor y respeto por la naturaleza.*

A mi hermano Lalo, amigo y mentor, siempre presente.



Virginia y José, a orillas del Río Salado, delante del viejo puente carretero;
donde siempre estarán.



Seccional de guardaparque en la Reserva para la Defensa Punta Buenos Aires. Península Valdés, Chubut.

Agradecimientos

*A Tito Narosky y Juan Klimaitis,
por el aliento, las sugerencias y correcciones.*

*A Susana Torres
por el acompañamiento y revisión del manuscrito.*

*A Eduardo “Lalo” Saibene
por los consejos y las ilustraciones.*

Índice

| | |
|--|-----------|
| Prólogo | 10 |
| Introducción | 12 |
| 1. Amanecer..... | 15 |
| 2. Mañana campestre | 19 |
| 3. Escuela de vida..... | 23 |
| 4. Un día en Los Talas | 27 |
| 5. S.O.S..... | 31 |
| 6. Té con vainillas..... | 35 |
| 7. Mucho más que bolitas | 39 |
| 8. La isla de la fantasía | 43 |
| 9. La niña bonita..... | 47 |
| 10. Nieve negra | 53 |
| 11. Apariencias | 59 |
| 12. El ave fantasma..... | 65 |
| 13. Cazadores..... | 71 |

| | |
|---|------------|
| 14. De un trote a la Rosada | 75 |
| 15. Atracción letal | 81 |
| 16. Verdadera o falsa | 87 |
| 17. Yasiyateré | 91 |
| 18. Algo personal | 97 |
| 19. La casa de las aves | 103 |
| 20. Historia de un naufragio | 109 |
| 21. Selva por esteros..... | 115 |
| 22. Ángeles somos..... | 119 |
| 23. El Túnel | 123 |
| 24. Planetas distintos..... | 129 |
| 25. Agua brillante..... | 135 |
| 26. Legado | 141 |
| 27. Distopía | 145 |
| Acerca del autor | 149 |

Prólogo

Ignoro qué sabríamos de la vida en el mar, como simples lectores, si no hubiese existido un Jacques Cousteau, o del Universo, sin la notable figura de Carl Sagan. Cada Laura requiere su Petrarca y cada sueño, algún poeta que lo immortalice.

Por eso, la dignidad del guardaparque, ese defensor de la vida silvestre en los extremos perdidos de nuestro territorio, tantas veces en soledad, tantas carente de lo elemental, necesitaba de la aparición de la pluma que, a través de un relato anecdótico de amable desarrollo, nos trasmite penas y alegrías, angustias y glorias de una profesión casi desconocida. O mejor diría de una vocación hecha de coraje y decisión, donde las fieras merodean, más en el imaginario popular que en la realidad de la diaria labor; pero que deben enfrentar otras fieras, de aspecto similar al nuestro, más peligrosas que pumas, yaguetés o víboras, dispuestas a robar de la naturaleza sus más preciados tesoros. A ellos apuntan también, como veremos a través de las atractivas páginas de este libro de relatos al natural, los héroes de una singular epopeya, algunos de los cuales hasta dejaron la propia existencia en defensa del patrimonio silvestre, oponiendo su pecho ante la impiedad de otros seres, depredadores con piel humana.

Se requería el nacimiento de un escritor de fuerte y comunicativa prosa, formado entre esa legión de soldados anónimos. Hombre o mujer que, partiendo de su apostolado conservacionista, pueda guiarnos por las picadas que a menudo recorren, en busca del infractor, del furtivo oculto entre el follaje, o aportando su experiencia a la ciencia, en el minucioso relevamiento de la flora o de la fauna.

Cierta vez, tres jóvenes atraídos por el vuelo de las aves, se inscribieron en un curso de observación que se dictaba en la Asociación Ornitológica del Plata, y cuyo entusiasta director era el mismo que pergeña estas frases. La casualidad quiso que vivieran en Lanús y que viajásemos juntos al regreso. La afinidad de sentimientos facilitó la amistad con todos ellos. Carlos el menor de los hermanos Saibene, aspiraba a ser guardaparque, y viajes conjuntos a rincones agrestes de nuestra Argentina, fortalecieron su decisión.



Reserva Natural Otamendi (actual PN Ciervo de los Pantanos), enero de 2006. Junto a Tito Narosky.
Foto: J. Klimaitis.

Esos pasos, y los siguientes, los describe con personal estilo el mismo Carlos, en las cálidas páginas de su historia. Falta decir que, admirado, seguí su trayectoria por los Parques Nacionales a los que fue enviado, y que la amistad, pese a la diferencia etaria, siguió creciendo. Además, quienes gozamos de sus relatos de viaje -e incluyo aquí al naturalista Juan Klimaitis- fuimos viendo nacer al escritor.

Al relator maduro, pese a tratarse de su *opera prima*, que hoy afronta la responsabilidad de transmitirnos las vicisitudes, pesares y alegrías de una profesión que abrazó con total entrega, con el mismo sentimiento de dicha, que los lectores recibimos al leerlas.

Con **El Guardaparque**, libro, autor o amigo, indistintamente, siento idéntica gratitud.

Tito Narosky

Presidente Honorario de Aves Argentinas/AOP

Introducción

¿Por qué escribí esto?

En principio, porque amablemente me empujaron a hacerlo. Una estimulante impulsión, proveniente de personas que, por ser amigos, merecía ser tenida en cuenta. Más no solo por eso, sino también porque es la suya una opinión calificada, dado que ambos acreditan en su haber meritorios antecedentes literarios.

Pero además porque, a la par de los primeros esbozos, fue aflorando la necesidad de expresar mi preocupación, mi angustia, ante el progresivo deterioro ambiental que provocamos. Y no caer en “el que calla otorga”, siendo cómplice con mi silencio de las huestes de alienados e indiferentes.

A Tito Narosky y a Juan Klimaitis los conocí en 1981, cuando ingresé a la Asociación Ornitológica del Plata, actualmente Aves Argentinas, e hice el curso de iniciación a la observación de aves silvestres. Desde ese momento trabamos amistad, compartiendo encuentros y salidas al campo, más frecuentemente con Tito, de vecindad lanusense, que con Juan, residente de Berisso.

En enero de 1984 dejé mi Lanús natal y marché a la provincia de Río Negro, para hacer el curso de Guardaparque Nacional en el centro de instrucción de Isla Victoria. Desde entonces la distancia hizo que solo pudiésemos vernos esporádicamente, más no logró interrumpir nuestra relación. Además, mi alejamiento físico significó el inicio de una fluida comunicación epistolar, que se mantiene activa hasta hoy.

En dicha correspondencia, primero manuscrita en papel y luego tipeada en un teclado, cada uno transmitía las novedades de su cotidianeidad. En mi caso, el mayor espacio lo ocupaban las vicisitudes de mi vida en la naturaleza, primero como cursante y luego como guardaparque, un quehacer enmarcado por privilegiados entornos y aderezado de aventurero sabor.

Algunos de esos sucesos, con el correr de los años, se fueron transformando en anécdotas, que salían a la luz en los periódicos encuentros que manteníamos, ya fuese al ser visitado en alguno de mis circunstanciales destinos o cuando viajaba a Buenos Aires.

Y fue así que su dimensión de escritores les hizo ver algo invisible para mí; la posibilidad de llenar con ellas páginas que trascendieran el círculo afectivo. Y tanto insistieron, especialmente Tito, con quien con el paso del tiempo estrechamos vínculo, que aquí están.

Fueron surgiendo naturalmente, sin orden, para luego ser hilvanadas en un relato que abarca no solo los años *parqueros*, sino también los pasos previos que me condujeron hasta allí. Y si bien las historias contadas no comprenden la totalidad de los años que me desempeñé como Guardaparque Nacional, abarcan aquellos que considero los más gloriosos.

Casi todas corresponden al período litoraleño, en que estuve afectado a los parques nacionales Iguazú y Mburucuyá. Muestran, quizás, el perfil menos conocido de una profesión que suele ser más relacionada con una cabaña de troncos en medio del bosque o a orillas de un lago, por asociación con los emblemáticos parques de la región andino patagónica; pero también por la adopción de la imagen del guardabosque, extrapolada, como tantas otras cosas, del hemisferio norte.

Fueron años de descubrimiento. En los que no solo vivencié la majestuosidad de la naturaleza. Paralelamente fui conociendo los distintos rostros de un país que, por suerte, no para todos termina en la General Paz.

Esas vitales experiencias las quise plasmar en relatos que, por reflejar mi forma de pensar y sentir están, por ende, teñidos de subjetividad. Más a pesar de tan inevitable condición, intentan bosquejar el carácter de una profesión y el carisma de una institución pionera, a quienes estaré siempre agradecido por haberme brindado la posibilidad de justificar mi existencia.

EL GUARDAPARQUE



Parque Nacional Los Alerces. Cerro Cocinero. Año 2001.



Amanecer

La tenue claridad se cuele por el ventiluz anunciando que amanece. Me acerco a la triangular abertura y observo, distante, la superficie oscura del lago, coronada por un brumoso manto blanquecino. En otoño las bajas temperaturas nocturnas condensan la humedad que, semejjando un nuboso colchón, parece flotar a ras del agua. Abro el cierre de la carpa y me asomo al nuevo día.

Lalo y Magdalena ya están levantados, trajinando alrededor del fogón; mi hermano atendiendo el fuego y mi cuñada acomodando los cacharros sucios de la noche anterior. Los saludo y toalla en mano me dirijo hacia el arroyo, un torrente que pregona pureza con su cristalino fulgor. Atropellando piedras baja de los cerros, atraviesa la pampita donde estamos acampados y desemboca finalmente en el lago.

De regreso me sumo a la ronda de mate y pan casero, de tibio y ahumado sabor campero, horneado a leña por un poblador vecino al área de acampe. Después de desayunar desciendo hacia la costa para lavar la vajilla de la cena. Me acompaña la tibia caricia del sol, quien revive colores y desvanece la brumosisdad, haciendo del lago el espejo de vanidosas montañas. Mientras transito sobre la alfombra herbácea, voy buscando en los verdes manchones un destello bermellón, y no dejo de asombrarme con cada hallazgo ¡Nunca imaginé que aquí crecieran frutillas!

En realidad, en este viaje todo es asombroso.

Hace casi dos semanas que salimos de Plaza Constitución y los dos días en tren, hasta San Carlos de Bariloche, fueron toda una aventura. Pegado a la ventanilla fui descubriendo la cambiante fisonomía del paisaje, que mutó del intenso verde pampeano a la uniformidad grisácea de la estepa, para finalmente desplegar toda su paleta de matices al llegar a la cordillera, en un otoñal arco iris de coihues, lengas y ñires.

Navegamos las azules aguas del Nahuel Huapi, visitamos la Península Que-trihué y su bosque de arrayanes gigantes, la Isla Victoria, y continuamos hacia Esquel. Los Alerces era nuestro destino final. Lalo conoció esta zona dos años atrás, en 1973, cuando vino con un amigo. Quedó tan impactado que decidió volver y traernos, aunque, la verdad, yo no estaba incluido en este viaje. Iban a venir solos, en pareja, pero generosamente permitieron que me colara.

El paisaje de Bariloche no tiene nada que envidiar al de Los Alerces, pero, como destino turístico de primer orden, es muy concurrido. En todo momento y lugar uno se cruza con cantidad de visitantes y eso, a mi modo de ver, le quita naturalidad y encanto al entorno silvestre. Aquí la misma belleza se presenta menos hollada. Los caminos son escasos, lo cual desalienta a muchos turistas. Hay que trasladarse mayormente a pie, aunque también es posible acceder en lancha a varios lugares, siendo esto factible por estar casi todos los lagos conectados por ríos navegables.

Los primeros días los pasamos en un campamento a orillas del lago Futalaufquen, próximo a la villa del mismo nombre, pequeño caserío donde funciona la Intendencia del Parque Nacional. Desde allí comenzamos luego a desplazarnos hacia el norte, dado que no es posible visitar el sector sur¹. Siguiendo la costa del lago y alejándonos de todo vestigio urbano, recorrimos sendas y picadas, pernoctando en distintos parajes agrestes hasta llegar al Lago Verde, minúsculo estanque, si se lo compara con sus hermanos mayores Futalaufquen, Menéndez y Rivadavia, pero de singular belleza. Una esmeralda engarzada entre escarpadas crestas boscosas.

Luego de lavar los platos retorno al campamento, para salir enseguida a recoger leña. Me encanta hacerlo y, además, sirve de excusa para adentrarme en el bosque. Alejándome del claro atravesado por el arroyo me interno en la espesura. Erguidos fustes sostienen en lo alto un verde parasol, techumbre forestal que genera debajo un húmedo microclima, donde hojas y troncos se descomponen con rapidez, devolviendo así los nutrientes al suelo. Por ello, a pesar de haber restos vegetales caídos por doquier, hay que elegirlos, porque los más viejos suelen estar podridos. Sin prisa, amparado por el silencio que permite apreciar el susurro del viento y el canto de las aves, voy recogiendo y apilando ramas. Con una cuerda armo el atado y, cuesta abajo, zigzagueando entre columnas arbóreas, emprendo el regreso. Acompañado por el crujir de la hojarasca, voy pensando en lo hermoso que sería vivir aquí, rodeado de bosque, lagos y montañas.

1 Entre 1971 y 1976 la zona sur del PN Los Alerces estuvo restringida al uso público debido a la construcción de la represa hidroeléctrica Futaleufú, emprendimiento que hizo desaparecer, entre otras riquezas naturales, los rápidos del río homónimo.

Al rodear el corpulento tronco de un coihue me topo con el guardaparque. Agazapado en medio de la senda y con el índice en su boca, hace señas para que me agache. Es tal la sorpresa y el desconcierto que no atino más que a obedecer. Es el mismo que nos atendió el día que llegamos. En ese momento nos amedrentó un poco su uniforme, pero, una vez que entramos en conversación, resultó ser una persona amable y cordial.

Alza los binoculares y, tras observar un rato, luego anota en una libreta. Siguiendo la dirección en que mira distingo a dos ciervos, que lentamente se desplazan pendiente arriba. Sin hablar me pasa los prismáticos, pero, por más que intento, no logro enfocar a los animales. Se los devuelvo con cara de frustración. Sonríe y por lo bajo dice *-¡Son huemules!*

Para mí son ciervos. Y si bien no estoy equivocado aprendí que estos, además de serlo, son autóctonos y están en peligro de extinción por el efecto acumulado de varios factores: la introducción de especies exóticas como los europeos ciervos colorado y dama; el acoso de perros domésticos; la caza furtiva y la destrucción del hábitat por desmontes e incendios. Todo ello ha provocado que la población original se reduzca a niveles críticos. Esto y mucho más me contó mientras volvíamos hacia el lago.

Lalo está entre molesto y preocupado por la demora, me esperaba para salir de pesca. Mientras caña en mano caminamos hacia la rivera lacustre, su enfado se va diluyendo al contarle mi encuentro. A mi hermano también le resulta fascinante el trabajo y la forma de vida del guardaparque.

Después de cenar y tras tomar unos digestivos mates, Magdalena y Lalo se van a dormir. Mañana debemos emprender el retorno y hay que madrugar para desarmar el campamento.

Solo, junto al fogón que languidece, revuelvo obstinadamente cenizas, rescatando apenas efímeros chispazos.

No pude despedirme. No lo vi durante todo el día y tampoco me animé a ir hasta su casa y preguntarle qué debo hacer para ingresar como guardaparque; ni siquiera sé su nombre. Para él debo ser un acampante más, uno de tantos que llegan y se van. Pero para mí este viaje, los lugares que he conocido, los momentos vividos y especialmente su encuentro, son únicos.

No puedo dejar de pensar en él. Sus palabras danzan en mi mente. Generan imágenes, escenas cuyo actor principal es el hombre: humanos cazando, talando, trayendo plantas y animales foráneos, contaminando...

Es un torrente de sensaciones que me mantiene en vilo, con los ojos abiertos, en irrenunciable vigilia.

Algo ha despertado.

EL GUARDAPARQUE



Parque Nacional Los Alerces. Magdalena y Lalo, años después, nuevamente junto al lago Verde.



Mañana campestre

Desde muy pequeño, de la mano de mi padre, hice las primeras salidas al campo, que recuerdo eran solo de varones. Un paraje del Río Salado, próximo a la localidad bonaerense de Villanueva, era el sitio predilecto, y el *Cañuelas* o el tren los medios de transporte. De los dos, el ferrocarril era mi preferido. Disfrutaba la libertad de los amplios vagones, que permitían ir de un asiento a otro, cambiando de ventanilla, para no perder detalle del agreste paisaje que subsiste junto a las vías.

Desde ese entonces, o quizás desde siempre, estar al aire libre me produce inmenso placer. Y si bien disfruto de todo lo que ofrece la campiña, cazar o pescar, respondiendo a un mandato tanto instintivo como social, constituyen la razón principal de cada salida.

Desde que tenemos nuestro propio vehículo, una *Estanciera*, las excursiones son en familia, y a este establecimiento ganadero de Ranchos solemos venir a cazar. Papá, como siempre, se encarga del asado y suele traer alguna que otra trampa, por si hay jilgueros.

Es temprano para arrancar con el fuego así que, mientras Lalo y yo, cada uno por su lado, salimos en busca de perdices, los “viejos” se quedan mateando en *las casas*.

Lentamente, con las botas lustrosas de rocío, entre cantos de chingolos y vuelos de cachirlas, voy adentrándome en el potrero. Una pareja de teros, alarmada por mi presencia, lanza su grito de alerta y, casi bajo mis pies, con estrepitoso aleteo, despega una perdiz.

La mañana enmudece.

El estampido acaba con la silvestre armonía, imponiendo un silencio artificial.

Tropezando entre los surcos del rastrojo, corro hasta el sitio donde la vi caer. La busco entre el pasto húmedo y los quebrados tallos de maíz hasta dar con ella y, al pretender tomarla, su inesperado revoloteo me paraliza. Pero el vuelo queda en intento. Apenas alcanza para describir una corta parábola que la conduce nuevamente al suelo.

Dejo a un lado la escopeta y la aferro con ambas manos, sintiendo roja tibieza escurrir entre mis dedos. Su ala izquierda es un manojo informe de plumas ensangrentadas. Reviso el resto del cuerpo, buscando otros impactos y, sin hallarlos, encuentro su mirada agigantada de terror. Dentro del morral, que llevo en bandolera, yacen otras perdices, abatidas por disparos certeros. Este no lo fue, y me enfrenta a la ingrata tarea de tener que sacrificarla con mis propias manos.

Como si adivinara este pensamiento, forcejea queriendo liberarse. Entonces, sin pensarlo, parodiando una entonación infantil, le hablo como si lo hiciera a un niño asustado. Le prometo curarla, cuidarla...

Al abrir la puerta del patio las bisagras rezongan con voz oxidada, y mi madre, que conversa bajo el alero con la mujer del puestero, viene a mi encuentro. Repara en el ave que traigo entre las manos más, antes de que pregunte, me adelanto y le digo - *¡Solo está herida!*

Con agua tibia limpiamos cuidadosamente la sangre coagulada y, entre plumas pegoteadas y carne tumefacta, aparece la albura de huesos cercenados. La envolvemos con una tela limpia, a modo de chaleco de fuerza, para impedir que aletee y se lastime más al pretender escapar. El puestero acerca una caja de cartón, estrecha y alta, que servirá para resguardarla de nuevos sobresaltos hasta llegar a Lanús.

¿Qué ridículo debe parecerle todo esto a la gente del campo? ¡Tanto empeño en curarla habiendo sido yo mismo el agresor!

En casa, con desinfectante, gasas y tela adhesiva, completamos los primeros auxilios.

Los días siguientes a su llegada fueron difíciles. Costaba encontrarla para las curaciones. Se ocultaba muy bien entre las plantas del jardín e, invariablemente, cada hallazgo terminaba en un nuevo y frustrado intento de fuga, que solo servía para reavivar la herida. Poco a poco se fue resignando, habituándose al inevitable cautiverio y, finalmente, sanó. Pero el ala nunca recuperó su función y pende inerte a su costado, como señalando para siempre el suelo.

Comparte el fondo del terreno con *Juancho*, un Chajá que nos regalaron de pichón que, como ella, vino de Ranchos, y con *Pinky*, una garceta de pies amarillos que hallamos herida durante una excursión de pesca.

Siempre hemos tenido animales silvestres en casa: Tero, Pato Maicero, Sirirí Pampa y hasta una enorme Garza Mora; en su mayoría heridos por otros cazadores. Muchos no se limitan a disparar solamente sobre las especies consideradas cinegéticas, cualquier cosa que vuele o corra se convierte en su blanco.

Cierta vez, un vecino a quien le complacía “gastar pólvora en chimangos”, apareció con un Milano Blanco. Mi padre, que no quería aceptarlo, ante mi insistencia modificó su actitud. Desaprueba la conducta de matar por matar. Él no caza y si bien no cuestiona ni le molesta que otros lo hagan, solo lo justifica si es para consumir lo obtenido.

Disfruta yendo al campo. Y yo, de haber tenido la oportunidad de elegir, hubiese querido vivir allí. Pero no fue posible. Por ello estando en casa busco la naturaleza a través de lecturas y documentales. En la televisión, Cousteau y Félix Rodríguez de la Fuente son mis favoritos. De ellos también colecciono sus enciclopedias, pero, entre los impresos, el sitial de honor lo ostenta un volumen que descubrí justamente en la polvorienta biblioteca de mi padre. Fue amor a primera vista. La ilustración de la tapa me atrapó: el familiar Chingolo sobre una calavera vacuna, un cardo en flor, y de fondo la vastedad de una pampa sin ataduras. Léí y releí *Allá lejos y hace tiempo* hasta sentirme ladero de las correrías de aquel paisanito gringo, hasta el punto de asumirlas como propias y añorar, con inconsciente nostalgia, una infancia rural que no tuve.

Otro libro revelador que hallé sin querer, husmeando esta vez en una librería céntrica, es una guía de identificación sobre las aves de la provincia de Buenos Aires, con ilustraciones en blanco y negro y cuyos autores son Narosky e Yzurietta. No era en realidad lo que buscaba, pero igual lo compré, porque en las primeras páginas la encontré a ella. Aparecía junto a otras perdices y me extraño que figurara con dos nombres, el común y otro científico: Perdiz Chica y *Nothura maculosa*.

Con frecuencia la observo alimentarse, moverse con sigilo entre esta vegetación urbana y extraña, tan diferente a la de aquellos campos donde nació. A veces creo percibir un fulgor acusador en su mirada, un chispazo de reproche. Pero enseguida lo descarto, como un gesto que su natural inocencia hace imposible.

Soy yo quien se sabe culpable.

Me siento mortificado por haberle provocado un daño irremediable, por ser autor de algo que no puedo revertir pero que, de ahora en más, sabré evitar.

Solo me consuela pensar que su sacrificio no será inútil.

EL GUARDAPARQUE



Río Salado, diciembre de 1974. De pesca con los viejos.



Escuela de vida

En esta lluviosa tarde de primavera, mientras ojeamos con Lalo la colección de *Camping*, buscando una nota sobre Chascomús, la vuelvo a encontrar. Allí están el Cardenal, con su roja capucha, contrastando sobre un verde fondo de lentejitas de agua; el Pepitero de Collar; el Celestino... *Aves en la aguada* fue el artículo que despertó mi interés por la fotografía de vida silvestre. Su influjo fue tal que, de inmediato, me aboqué a la tarea con entusiasmo, munido apenas de una *Kodak Fiesta*.

Cuando iba al campo, en la orilla de una laguna o un arroyo, construía un escondite con materiales del lugar, acechando oculto la llegada de la avifauna que venía a beber. Pero, al revelar el primer rollo, me di cuenta que el equipo no era el apropiado. Por mejor refugio que tuviera y mayor acercamiento lograra, el ave apenas se distinguía en la foto. Necesitaba una lente con mayor aumento, un teleobjetivo, y una cámara compatible con él. La búsqueda de estos elementos, me llevo a descubrir la caza fotográfica, actividad que contiene todos los ingredientes de una cacería: rastrear, perseguir, aguardar, e incluso capturar, pero sin el sangriento final cinagético.

Daniel Luciano, irrumpe en el comedor. Sin abrir la boca, extiende sobre la mesa el periódico que trae consigo y señala un pequeño recuadro. Entre sorprendido y molesto, lo observo mientras pienso.

¡Qué actor se perdió Migré!

Y de los buenos, porque logra su objetivo, me intriga saber qué noticia es merecedora de tanto teatro.

Se trata de un aviso de la *Asociación Ornitológica del Plata* (AOP), acerca del inicio de un curso de observación de aves.

Con Daniel nos conocemos de purretes, del barrio, y desde hace dos años trabajamos juntos como fotógrafos de sociales. Sabe bien que, en lugar de retratar novios y quinceañeras, prefiero la naturaleza, las aves, y por ahí creo que viene la cosa. Pensará que en esta entidad pueden ayudarme. Pero el aviso

nada insinúa sobre fotografía. Además, el nombre ¡Asociación Ornitológica! suena tan académico ¡No debe ser un curso para legos!

Miro nuevamente el anuncio, sopesándolo, sin levantar la vista, para no encontrarme con el demandante rostro de mi amigo. Por fin, tratando de elegir las palabras, porque sé que lo mueve la mejor intención, le hago saber lo que pienso. Mi alocución no mella su entusiasmo; como si no hubiese escuchado nada, insiste en que debemos ir. Mi hermano, que *relojea* el periódico por sobre mi hombro y permaneció callado hasta ahora, interviene, para mi sorpresa, terciando en su favor; su argumento es que nada perdemos con probar.

En el *bajo* porteño, desde la angosta acera de la también estrecha calle 25 de mayo, prolífica en burdeles, contemplamos la fachada con el número 749. Con Lalo nos miramos indecisos, casi al borde del arrepentimiento, pero Daniel no titubea. Pica en punta, trepando las escaleras que, cual serpentina, rodean la jaula de un vetusto elevador. Por inercia lo seguimos. Ascendemos hasta el segundo piso y tocamos el timbre del departamento seis.

Entrar fue regresar, volver a un sitio del que jamás me había ido. Un *déjà vú* que me hizo sentir como en mi hogar.

Como confirmándolo, desde la pared, el rostro familiar de un anciano de chispeante mirada, sonrío cómplice. ¡Es Hudson! El narrador de las vivencias infantiles de aquel niño silvestre, con quien me sentí y me siento tan identificado. Lo admiro por ese libro entrañable y aquí se me revela como naturalista y ornitólogo. Sin salir de mi asombro, lo observo de reojo, mientras escucho la explicación que nos brinda el encargado de la secretaría. Poco después, no solo nos inscribimos en el curso, también completamos la solicitud para asociarnos a la entidad.

Desde ese día, mi vida fue otra.

No solo descubrí la existencia de infinidad de hermosas aves, en las que, increíblemente, nunca había reparado en mis habituales salidas campestres. Conocí también personas sensibles, conscientes y comprometidas con la protección de la naturaleza. Encontré mí eco.

De la mano generosa de maestros como Tito Narosky ¡El de la guía! y Juan Klimaitis, fui accediendo a otra dimensión, un espacio-tiempo distinto.

El miércoles de cada semana se tornó un día especial. Y una vez al mes, por iniciativa de José Leiberman, destacado fotógrafo de vida silvestre, en una jornada festiva. Gracias a su convocatoria, cada treinta días nos juntamos a compartir vivencias.

Observar aves es una actividad donde tres son multitud y estas tertulias ofrecen la oportunidad para que cada observador, especialmente los noveles,

pueda contar al resto sus experiencias de campo. Y si vienen acompañadas de diapositivas de flora, fauna y paisajes mucho mejor, porque, si bien las aves son las protagonistas, la naturaleza toda es el escenario.

En estas reuniones mensuales, conocí asiduos concurrentes que no solo gustaban de las aves, sino que también se interesaban por otras clases zoológicas.

Entre ellos, don Bregante descollaba. Italiano de origen y entomólogo de profesión, los Arácnidos son lo suyo. ¡Nada más repulsivo para mí! No me gustan las arañas. Las respeto, como a cualquier otro ser vivo, pero me producen escozor.

Bregante las adora. Estudia su desarrollo, cómo crecen, debiendo mudar para ello, periódicamente, de exoesqueleto. Tiene varios especímenes bajo observación, pero uno es su favorito, y de él habla como uno lo hace de su perro. A pesar de tener gustos tan disímiles, entablamos una buena relación, donde, platicar de su araña, pasó a ser como un ritual.

Cierto día, previo a una reunión, me topé con su encorvada figura en el pasillo que conduce al salón, luciendo la habitual boina y con las manos enfrascadas en los bolsillos del saco. Nos saludamos y, como de costumbre, le pregunté por el consentido animal. —*La quiere conocer* me contestó sonriente. Y sin aguardar respuesta, agregó —*se la presento* extrayendo su mano derecha del bolsillo. Al abrir el puño expuso, delante de mí rostro, una enorme y peluda araña. ¡Instintivamente retrocedí! Por fortuna el animal permaneció quieto sobre su palma, con las patas recogidas contra el velludo cuerpo, como dormido. ¡Era espantosa! No sabía qué hacer o decir para salir con elegancia de semejante entuerto.

Afortunadamente mi hermano vino al rescate. Estaba hablando con alguien y quería que lo conociera. Me disculpé con don Bregante, *promintiendo* regresar y me alejé aliviado.

—*Él es mi hermano Carlos*, dijo Lalo al hombre que lo acompañaba, quien sonriendo me tendió la mano.

—*Raúl Carman, mucho gusto.*

Me sonaba ese apellido ¡Y cómo no me iba a sonar!

Resultó ser el director de *Camping*, nuestra revista favorita, pionera en acercar la naturaleza al hogar. Y como si ello fuera poco, Raúl también era el autor de *Aves en la aguada*.

La Asociación Ornitológica del Plata, institución cuyo esplendoroso nombre ya no me intimida, se convirtió en mi segunda casa.

Un refugio, en medio de la vorágine citadina.

Una escuela, donde aprendí a comprender no solo el mundo de las aves.



Salón de la Asociación Ornitológica del Plata, año 1981.
Tito Narosky y Jorge Ricci, de pie en medio de la numerosa asistencia al
Curso de Iniciación a la Observación de Aves Silvestres.
Foto facilitada por Eduardo Toledo, quien se encuentra en primera fila, al centro.



Un día en Los Talas

Observar aves es una actividad que requiere sigilo, concentración y mutismo. Idealmente solitaria, por fortuna es posible compartirla junto a personas con quienes exista una estrecha conexión.

Sin hablar caminamos atentos a cualquier movimiento o sonido. Y si bien cuatro ojos ven más que dos, aun así, con esta ventaja, debemos poner toda la atención para descubrirlas. Porque, al igual que los otros animales, las aves nos temen y se alejan u ocultan ante nuestra presencia.

Sin embargo, esta mañana percibo las siluetas aladas sin el habitual apasionamiento científicista, no me desvivo por identificarlas. Las aprecio, sí, pero no tanto por su individualismo, sino como integrantes de la agreste armonía de formas, colores y voces que nos rodea; prístino ensamble, libre de culturales estridencias, donde el silencio también es protagonista.

Mi mente, ensimismada en la placidez natural, apenas ultrajada por el quejido que arrancamos con cada paso a la gramilla, se aparta del derrotero terrestre. Detrás de una golondrina, peregrina de cielos, deambula por etéreos senderos, libre de ataduras, hasta toparse con una larga y nubosa barrera. Tras el avistamiento de la estela llega el rugido, que invade y termina por destruir todo encanto. La ruidosa estructura metálica del avión me regresa a la tierra, a la realidad de que nuestro accionar no tiene límite.

Los viajeros y naturalistas del siglo pasado, cuyos relatos tanto me gusta leer, describen un país donde la impronta humana era incipiente, donde predominaba la naturaleza. Hoy es todo lo contrario, lo natural escasea, apenas subsiste bajo el constante acoso del hombre civilizado y su desatinado afán de progreso.

Este lugar que hoy recorremos, herbácea llanura salpicada de ejemplares arbóreos, si bien es un sitio atractivo difiere del ambiente primigenio. Es el resultado de la acción antrópica que, mediante desmonte y pastoreo, transformó en sabana lo que otrora fuera un bosque de talas. Mi sensibilidad a estos indicios, a la huella cada vez más evidente que, como especie, dejamos por doquier, crece conmigo. Frente a un eucaliptal, ante el cual la mayoría de la gente se maravilla, veo ejemplares foráneos, traídos de tierras lejanas, que prosperan aquí a expensas y en detrimento de especies nativas.

Desearía que no fuera así pero no puedo evitarlo, soy permeable a estas cuestiones, que ensombrecen jornadas y me impiden disfrutar el presente.

Bajo un añoso Tala, cuyas ramas florecen en nidos, mudo testigo de la historia de este paraje próximo a Berisso que lleva su nombre en plural, hallamos resguardo para el sol de mediodía. Y con el descanso de los binoculares surge la charla.

Juan Klimaitis, de raíz berissense, como el árbol que nos cobija, fue profesor durante el curso de iniciación a la observación de aves. Su ponencia sobre como reconocerlas mediante el comportamiento me cautivó. Desde entonces lo he tenido como referente, y pude compartir con él, especialmente en Punta Lara donde desarrolla un exhaustivo estudio de la selva ribereña, inolvidables jornadas.

Observador avezado, no escapó a su sensibilidad mi actual abstracción y, generosamente, presta oídos. Le comento que la vida urbana se me hace, cada día, una carga más pesada, y solo en contacto con la naturaleza logro sentirme bien. Siempre que puedo busco salir al campo, y si bien su energía me ayuda a renovar fuerzas, el efecto resulta cada vez menos duradero; alcanzando apenas para sobrevivir.

Con la calidez de la brisa nos llega el cloqueo de un Chotoy, cuyo voluminoso nido, tan llamativo como su dueño, divisamos sobre otro tala. Las aves, ajenas a mi desatención, igualmente nos han acompañado en todo momento. Muchas son las especies que siguen teniendo aquí su hogar. Subsisten. Arrinconadas por el acoso inmobiliario y agropecuario.

Con un despliegue de cálidos tonos, el sol ejecuta el acto final de su diaria actuación, al que las nubes, silentes espectadoras, asisten ruborizadas.

Sin prisa, vamos desandando lo andado.

A la distancia, hirientes cúspides urbanas se yerguen en el horizonte. Un paisaje tan diferente, comparado con éste, que parece otro planeta, un mundo creado por humanos solo para nosotros.

El perfil de la ciudad va cobrando forma a medida que nos acercamos. Y por más que reniegue soy de allí, a pesar de que me siento más cómodo aquí, lejos de él.

UN DÍA EN LOS TALAS

Esta dualidad es mi dilema. En ella estoy enredado y debo hallar una salida si deseo vivir.

Considerar otra mirada no solo contribuye a esclarecer el panorama, estimula a seguir buscando.

Por ello retorno a Lanús agradecido, por tener amigos con quienes poder compartir, no solo la observación de aves, sino también espinosos conflictos.

Ellos, y la naturaleza, alimentan mi esperanza.



Juan Francisco Klimaitis.





En sepia, sobre la polvorienta calzada, jardinerito gastado, pulóver oscuro y rostro radiante. Con ambas manos sostengo un rústico *mojarrero* de tacuara que, a través del barandal, pende sobre el cauce del río. Una de las pocas fotos que conservo de tan temprana edad.

El estruendo me sobresalta. En la semi penumbra previa al amanecer, el convoy que corre alocadamente rumbo a la urbe es un parpadeante rosario de ventanillas. En su interior se funden, en amalgama humana, los rostros somnolientos de obreros, empleados y oficinistas.

Hoy no soy uno de ellos, voy en dirección opuesta. Y a medida que mi tren sale de la ciudad compruebo, con satisfacción, como el apretujado damero urbano se va desintegrando. Entre las casas florecen baldíos y las calles de tierra le ganan la pulseada al asfalto hasta que, finalmente, reencuentro el perdido horizonte.

El monótono traquetear me transporta mentalmente a otro viaje, lejano en el tiempo, pero íntimamente cercano a este; aquel que hicimos al sur con Lalo y Magdalena. Juntos, mochila a cuestas, recorrimos los Parques Nacionales Nahuel Huapi y Los Alerces. Fue para mis quince años, además de una aventura, un periplo inspirador. En ese entorno cordillerano de bosques y lagos, encontré personas que, paradójicamente, tenían la misión de proteger, de otras personas, la riqueza natural. Especialmente el encuentro con uno de ellos caló muy hondo mi permeable adolescencia. Me sentí cautivado por esa profesión que, más que un trabajo, vislumbré como forma de vida, y durante el regreso a Buenos Aires no pude dejar de fantasear con la idea de ser guardaparque.

Al júbilo del reencuentro con mis padres le siguió el desencanto de comprobar que, en Lanús, todo seguía igual. Sé que es absurdo, pero suele suceder que, al ausentarme de casa, aunque más no sea por unos días, pretendo hallar diferencias al retornar. Generalmente, y también en esta ocasión, nada sustancial había cambiado; el barrio y la escuela seguían allí. La rutina impuso su co-

tidiana monotonía y, poco a poco, la frescura de lo vivido se fue marchitando como una flor talada.

Llegó un día en que me recibí de Perito Mercantil, y con los clasificados del domingo bajo el brazo salí al ruedo. Una empresa del rubro alimenticio fue mi primer trabajo formal, a la que renuncié luego para ingresar al banco. Buen empleo, mejor remunerado y con posibilidad de hacer carrera, más que suficiente para suplir mis necesidades, pero tan insípido como el anterior. Desde entonces, inmerso en su apática atmósfera oficinesca transcurren mis días. Y no es solo en el banco donde siento abulia, es en todo el entorno urbano. Tengo la sensación de navegar hacia mi naufragio, que cada jornada laboral es un día arrojado por la borda.

La ilusión de ser guardaparque es lo que me mantiene a flote. Más para realizar tal proyecto debo abandonar todo cuanto tengo: familia, amigos, trabajo; trocar esta realidad por un sueño. Lo pienso y lo vuelvo a pensar, pero me acobarda un cambio tan radical.

Un metálico chirrido anuncia el final de mi viaje. Nadie más baja en el espartano andén de la parada *Río Salado*. El lugar preferido por los “viejos”, donde, de su mano, aprendí a amar la naturaleza. Paradójicamente ellos no saben que vine aquí.

Cuando les comenté mi intención de ser guardaparque mamá empezó a sufrir, por anticipado, mi ausencia, y papá, que pasó treinta y cinco años agachando el lomo en la *Italo*¹, no comprende que pueda abandonar todo, lo ve como un salto al vacío. Para no preocuparlos les dije que saldría a pajarear con un amigo de la *Ornitológica*, lo cual, si bien no se ajusta a la verdad, tampoco es totalmente falso; aves voy a observar, es mi cable a tierra, una actividad que me apasiona. Solo Lalo, hermano, amigo y mentor, sabe que vengo aquí a reflexionar en soledad, para tomar una decisión.

Cargando la mochila cruzo las vías y entre flores de cardo encaro el sendero, rumbo al lugar donde solíamos acampar; un sitio sobre la barrancosa costa del río bendecido por la frondosidad de un sauce criollo. Al aproximarme la visión de raquíticas extremidades me atenaza el pecho, y compruebo con dolor que el añoso ejemplar, bajo cuya copa nos resguardamos tantas veces, yace seco; muerto en pie. Sus raíces carbonizadas y la basura circundante, delatan el accionar de inescrupulosos visitantes.

Me cuesta aceptar que existe gente capaz de dañar el árbol que le brinda cobijo. Pero así somos los humanos, ángeles y demonios.

1 Ítalo: La compañía Ítalo Argentina de Electricidad fue una empresa creada en 1911 para prestar el servicio eléctrico en la ciudad de Buenos Aires. Funcionó hasta 1979.

Permanezco apoyado sobre el tronco unos instantes y, resignado, me dirijo al campamento municipal. En un rincón apartado instalo la carpa y, tras ordenar los trastos y juntar algo de leña, busco la senda que conduce al viejo puente carretero.

Apoyado en la herrumbrosa estructura, observo un río que no es el río de mi infancia. Aquel cauce cristalino, atesorado en mí memoria, arrastra hoy aguas oscuras, teñidas de sedimento, que se retuercen rabiosamente entre manojos de espuma. La actividad agrícola, en su ambición de sumar terrenos a la producción, promueve el drenaje de los campos, eliminando lagunas y bañados. Sin estos reservorios temporarios, que retienen el excedente de agua de lluvia, las precipitaciones escurren totalmente hacia el río enturbiándolo y provocando inundaciones.

Inútilmente recorro la ribera con los binoculares, en busca de teros reales, garzas o chorlos. La crecida sepultó las apacibles playitas de los recodos y, junto con ellas, desaparecieron también sus habitantes.

¿El progreso exige estos sacrificios?

El desarrollo es necesario para nuestra supervivencia, pero sin conservación, sin mantener la capacidad de los ecosistemas para respaldarlo, no resultará sostenible en el tiempo. Cada vez se siembra y cosecha más, pero esta mayor producción no se traduce en menos hambre, solo sirve de alimento a una cultura que promueve el derroche y el consumo ilimitado.

De regreso en el campamento, mientras preparo el mate, gozo del atardecer. Al desaparecer finalmente la lumbre del sol, es el resplandor del fogón quien cobra notoriedad. Su luminosidad, sitiada por la penumbra, va creando un domo de claridad, un espacio limitado al que mi visión de animal diurno queda restringida. Fuera de él todo es imperceptible y, por ende, misterioso. Con ancestral embrujo la danzante hoguera me atrapa. No puedo dejar de mirarla. Obedientemente, la alimento con ramitas que rebrotan en llamaradas y cada tanto restallan, liberando enjambres de incandescentes luciérnagas.

Me siento bien en esta calma primitiva, bajo un techo de estrellas, verdadero tesoro que la ciudad nos ha arrebatado con su desmedida iluminación artificial.

Cuando la fogata languidece y el cansancio de la jornada pesa, busco el cobijo de la carpa. Mientras aguardo el sueño, arrullado por el parloteo del viento con el follaje, me cuestiono si seré capaz de vivir lejos de la familia, de mis amigos...

Abruptamente, una ráfaga sacude la endeble estructura y lo que hasta ahora era susurro se transforma en bramido. La carpa se estremece ante el empuje del Pampero, tiritando como un animal aterido. El viento, cual director, orquesta sonidos. Es la voz de aquellos que no la tienen. Más su ulular, lejos de ser un coro nocturno, es una retahíla de lamentos, donde resuena la turbulenta queja del río y gime reseco el sauce. Los escucho claramente, son gritos de auxilio...

EL GUARDAPARQUE

El dueto de los horneros me rescata de las tinieblas. Su jubilosa voz, saludando la promesa del nuevo día, es acompañada por otras aves que se suman a su algara-bía. El silencio se va nutriendo de voces que no lo perturban, que ensamblan armoniosamente, pues son parte de la misma sinfonía silvestre. Los primeros rayos se filtran entre el follaje, haciendo surgir luminosas islas en el mar de sombras. Cierro los ojos para recibir la caricia del sol, apreciar mejor el canto del Chingolo y aspirar la húmeda fragancia de la tierra. Me siento en comunión con el entorno. Vivo.

Luego de unos amargos, con determinación, pero sin prisa, desarmo la carpa, junto los cacharros y cargo la mochila. Una última revisión para verificar que nada olvido, que el sitio queda como lo encontré, o casi, porque siempre dejamos huella.

Lalo se sorprende al verme llegar, no me esperaba tan pronto.

Ambos creímos que iba a necesitar más tiempo, pero, en realidad, el tiempo apremia.



Río Salado, paraje próximo a la localidad bonaerense de Villanueva. Pescando desde el viejo puente carretero. Detrás se observa el puente nuevo.



Té con vainillas

Atrás queda la avenida Córdoba. Ya falta poco y su cercanía me aguijonea haciendo que acelere el paso, gambeteando, cual Maradona, a los otros transeúntes que circulan por la estrecha vereda. Apenas atisbo el vestíbulo me zambullo en él y, trepando de dos en dos los escalones, prosigo hasta llegar al segundo piso. Solo al cerrarse tras de mí la pesada puerta respiro aliviado.

En pocas semanas estaré en Isla Victoria, lejos del mundanal ruido, pero también de este remanso. Toda elección lleva implícita alguna pérdida y esta no es la excepción.

Tras el mostrador, desde el pequeño cuarto de la secretaría de la Asociación Ornitológica del Plata, la sonrisa de Eduardo Heber me da la bienvenida.

Nos saludamos y acota que soy el primero en llegar.

— *Estaba cerca, le explico, — en la sede de Parques.*

— *Caíste justo, me dice, tengo correspondencia donde consultan sobre la identidad de algunas aves. Pensaba dársela a Tito, pero tiene una agenda muy cargada. ¿Podrías darme una mano con eso?*

Acepto, halagado, pero también extrañado, no por el pedido, sino por su desinterés en saber cómo me fue en el examen de ingreso.

Me entrega el sobre y, mientras ojeo la carta, percibo que desde el rellano de la escalera llega un rumor de pasos. Alguien se aproxima ¿Será Lalo? Pero la invisible presencia, indiferente a mi ansiedad, prosigue hacia el tercer piso. Sé que mi hermano no tardará en llegar. Sabe que aprobé y vendrá en cuanto salga del trabajo. A Tito no pude avisarle; cuando llamé a su oficina ya no lo encontré, así que se enterará cuando llegue. Aquí fue donde nos conocimos, hace poco menos de dos años, aunque parece que fuera mucho más.

— *¡Así que viven en Lanús! recuerdo que dijo, complacido, al presentarnos. Qué coincidencia.*

Desde entonces, cada miércoles, al salir de la *Ornitológica*, compartíamos el viaje de regreso en el 45, junto a Lalo, Daniel y Miguel Woites, quien nos dejaba al llegar a Barracas.

En la sede, a pesar de su permanente predisposición, nunca era fácil hablar con Tito, siempre tenía asuntos pendientes que tratar y gente que atender (una agenda cargada, al decir de Eduardo) tanto por cuestiones institucionales como ornitológicas. Pero durante esos viajes en colectivo era nuestro. Al principio no fui plenamente consciente de tal privilegio, porque su humildad y sencillez no lo hacían ver así, pero luego, al ir conociendo su trayectoria, me di cuenta de lo afortunado que era.

De esa manera, entre frenadas y sacudones, fue naciendo nuestra amistad.

La primera vez que concurrí a su reducto de Lanús Oeste lo hice un tanto cohibido; iba a estar cara a cara con el *alma mater* de la AOP. La referencia que me dio para ubicar *El Palacio del Aluminio* me causó gracia, pero fue muy útil. Realmente la gigantesca pava, que cuelga sobre la entrada del local, llama más la atención que cualquier cartel luminoso. Entre perfiles, varillas y caños de aluminio me abrí paso hasta la trastienda, lugar donde la inerte frialdad metálica transmuta en apasionada calidez por la vida silvestre. El comercio coexiste con su gabinete de estudio y, entre ambos sitios, cual ecotono, hay una oficina donde confluyen ambos intereses, con dos austeros escritorios, uno para él y otro para Adelino, su hermano mayor, más la nutrida biblioteca, donde se destacan las gruesas carpetas con las observaciones de campo.

Nunca había estado en un sitio así, todo llamaba mi atención: los libros sobre avifauna, las ovoides gemas multicolores de la colección oológica, las fotos. La cordialidad de mi anfitrión y su inquisidora charla hicieron que perdiera noción del tiempo. Descubrí que era la hora de la merienda cuando me ofreció compartir té con vainillas. Hubiese preferido mate, que es lo que habitualmente consumo, pero al no existir tal opción acepté. El té no me disgusta y una taza no era para despreciar, pero, cuando apareció sujetando con ambas manos un enorme tazón, me arrepentí. Mientras resignadamente tragaba, sorbo a sorbo, la infusión, pensaba; si esta es la taza para el té, ¿en qué tomará la sopa este tipo?

Las visitas palaciegas se hicieron frecuentes, con la consecuente ingesta de litros de té y docenas de vainillas, que al final terminaron por gustarme. En nuestras charlas las aves eran omnipresentes, pero, al igual que en su *opera prima*, compartían cartelera con los hombres. Se interesaba por mis proyectos e inquietudes. Además de una ineludible vocación por aunar voluntades, por rescatar lo rescatable de cada persona, pronto descubrí otra faceta de su personalidad: la de alentador profesional. A instancia suya me animé a escribir algún artículo, a dar alguna charla e, incluso, publiqué fotos en revistas como *Orbea* y *Fauna Argentina*, donde también Lalo, merced a su apoyo, halló espacio para desplegar su talento de dibujante.

Un día me propuso formar parte de una campaña a la cordillera mendocina, junto a los reconocidos naturalistas Rosendo Fraga, Horacio Rodríguez Moulin y Sergio Salvador.

Apenas inaugurado noviembre los dos lanusenses iniciamos la expedición, Salvador nos aguardaba a mitad de camino, en Villa María, con Fraga y Moulin nos encontraríamos en Mendoza. El aguantador *Falcon* iba pertrechado con todo lo necesario: binoculares, guías, libretas, cámaras fotográficas y la infaltable *ramera*, sofisticada herramienta similar a un gran espejito intraoral de dentista, ideada por Tito para bajar ramas y observar el interior de los nidos. Pero, sin duda, lo que más portábamos era entusiasmo. Yo estaba eufórico y él, aunque para su veteranía este tipo de viajes no constituía novedad, no iba a la grupa.

Cuando el gris citadino fue definitivamente reemplazado por agreste verde, comenzó la fiesta. Todo era fascinante, nada indigno de atención; la figura de una rapaz, las escurridizas siluetas en los anegados laterales de la ruta, las acrobáticas golondrinas... *Las Golondrinas* viajaban también con nosotros. En el interior de la cabina Tito entonaba la dulce melodía de Falú y Dávalos, mientras con una mano conducía y con la otra jugaba, fuera de la ventanilla, acariciando el viento.

En Villa María se nos unió la cordobesa tonada de Sergio. De allí debíamos continuar hasta empalmar la ruta nacional N°7 y por ella seguir hacia San Luis; pero no fue así. Una distracción del *navegante*, que era yo, hizo que nos desviáramos. El error nos alejó de la capital puntana, pero no de nuestra pasión; especies raras y nidos desconocidos compensaron los kilómetros hechos de más. Allí donde un atrayente grupo de chañares o la espesura del *jarillal* encendían nuestra curiosidad, nos deteníamos. El Suirirí Pico Corto, la Monterita Canela y muchos pájaros más, colaboraron para que mi equivocación quedara olvidada. Y tan satisfactorio resultó el error que, al regreso, intencionalmente, lo repetimos.

Ya en Mendoza, con el grupo completo, nos instalamos en Potrerillos. Desde allí, cada mañana, salíamos a explorar distintos lugares, retornando solo cuando lo ordenaba el sol. La libreta de campo engordaba de anotaciones. ¡Todo era nuevo para mí! Me impulsaban los hallazgos que, como la punta de un témpano, representaban tan solo una pequeña parte de lo que quedaba por descubrir.

Después de la expedición cuyana hubo otra a la costa patagónica, también con Sergio Salvador, en la cual llegamos hasta Punta Tombo, en la provincia de Chubut. Y entre ambas campañas hicimos innumerables salidas por localidades del interior bonaerense, entre ellas Punta Lara, territorio de Juan Klimaitis; Las Perdices, laguna cercana a San Miguel del Monte, donde conocí y quedé fascinado con el arte de Jorge Rodríguez Mata; y Atalaya, para compartir junto a Raúl Carman observaciones y charlas.

Vuelvo a leer la descripción contenida en la carta, pero no alcanzo a desenmarañar el emplumado misterio. Mi cabeza está en otro lado. Me inquieta Lalo, que no llega. Tampoco aparece Tito. Quizá estoy muy ansioso y realmente no es para tanto, aún es temprano. Para mí es importante haber ingresado al curso

de guardaparque, pero, en definitiva, es solo eso, tengo por delante tres años de estudio y recién allí sabré si seré o no seré.

— ¡Uy, me olvidé de encender el resto de las luces!

exclama Eduardo, golpeándose la frente. Le ofrezco hacerlo, y acepta a medias diciendo. *¡Dale!, prendé las del salón que yo me encargo de la biblioteca.*

¿Para qué ir los dos?, pienso, mientras transito el corto pasillo que conduce al salón, si la biblioteca está aquí al lado... Y al encender la luz tengo la respuesta. Como por arte de magia aparecen al iluminarse el salón Lalo, Daniel, Juan, José y Tito ¡Todo este tiempo estuvieron aquí! ¡Y yo preocupado porque nadie llegaba! Ahora entiendo el extraño comportamiento de Heber.

Aturdido por la sorpresa y la emoción, entre risas y abrazos, me hallo envuelto en una misteriosa neblina que me hace ver todo borroso. Me dejo llevar. Mis manos toman la cálida forma de una taza y, como de la galera, aparecen vainillas.

Siento una mano apoyarse en mi hombro y la voz amiga que, con tono de disculpa, susurra.

— *No pude traer los tazones del Palacio, pero, si querés más té, se puede repetir...*



Berisso, 2006. De izquierda a derecha, Eduardo Saibene, Juan Klimaitis, Tito Narosky, el autor y Daniel Luciano.



Mucho más que bolitas

Hay quienes creen que estamos predestinados. Que desde el amanecer al ocaso está establecido qué nos sucederá, qué haremos, qué seremos.

No es mi caso.

Creo que la vida, como un cuenco de alquimista, combina instintivas tendencias y conscientes elecciones con fortuitos sucesos, para gestar el porvenir. Que más allá de imponderables condicionantes, tenemos la posibilidad de elegir y direccionar nuestro andar. Como en la evolución, el azar juega también aquí un papel importante y, por supuesto, no todos los acontecimientos son iguales. Los hay fútiles y de grueso calibre, siendo estos últimos capaces de ejercer poderosa influencia, inclinar la balanza o marcar un camino.

Once años mayor, a mis diez, mi hermano tenía bien claro que aquellas bolitas de sus juegos infantiles eran cosa del pasado. Pero a pesar de ello, por alguna razón, seguía ligado a la caja de cartón que, cual cofre pirata, guardaba el tesoro de brillosas y coloridas gemas. A tal punto era así que, si bien me las había legado, se mantenía preocupado por ellas, haciéndome sentir la responsabilidad de su cuidado.

Aquella tarde era uno de esos momentos en que todo parece salir mal. En la competencia de *cuarta y quema* me habían *pelado* y, con la sangre en el ojo, recurrí al cofre pirata en busca de nuevos recursos, para intentar una revancha. La maniobra no pasó inadvertida. Desde la vereda del pasillo, donde sentado en el suelo conversaba con su amigo el *turco* a la sombra del granado, él la registró de soslayo.

Y allí seguían todavía, los dos, cuando reaparecí otra vez con los bolsillos vacíos y buscando, desesperado, entre el puñado de sobrevivientes, a mi puntera preferida. ¡Encima de sufrir otra humillante derrota no encontraba la *cachuza*!

Sin mirarlos, pretendiendo evitar así cualquier pregunta, encaré, cabizbajo pero resuelto, hacia la puerta de la cocina. Y creí que había zafado, porque ya terminaba de pasar frente a ellos sin que abrieran la boca, cuando la cachada me alcanzó.

— ¡Esas nomás te quedaron!, ¡así ni la caja se va a salvar!

La carcajada del dúo fue demasiado para mi vapuleada autoestima. Sin pensarlo di media vuelta y, con toda la bronca, le descargué una patada y salí corriendo. Sabía que venía tras de mí, lo escuchaba vociferar, y estaba por entrar en la cocina cuando tropecé y caí sobre el escalón.

El batifondo despertó a la “vieja” de su siesta. Llorando, más por el orgullo herido que por el dolor, le conté de la puntera perdida, de la burla. Para él fue la reprimenda, para mí los mimos, y todo hubiese quedado allí, un episodio más entre el cúmulo de fraternas rencillas, de no ser por las inesperadas consecuencias.

El médico de guardia que me revisó el abdomen dijo que solo era un golpe; recetó calmantes y reposo. Horas después ya no sufría dolor, pero me sentía muy cansado, sin fuerzas, me pesaba el cuerpo. A la hora de cenar no tenía hambre ni voluntad para levantarme. Preocupados, mis padres decidieron consultar con otro profesional.

Lalo manejaba la estanciera y yo iba en el asiento de atrás, recostado sobre el regazo de mi madre. Desperté en una cama extraña. No recordaba cómo ni cuándo había llegado a ese lugar, y tampoco tenía claro por qué. Mamá estaba a mi lado y me explicó que había sido operado de urgencia, que llevaba durmiendo muchas horas. Ella se notaba que no. Pregunté por papá y supe que descansaba en otra sala ¿y mi hermano? Me contó que Lalo había tenido que hacer un viaje a Luján, pero volvería pronto y, además, antes de irse, me había dejado un regalo. Sobre la mesa de noche estaba la *cachuza*. La alegría de tenerla nuevamente en mi mano fue como un bálsamo reparador. Agradecido recorrí su esférica lisura, interrumpida aquí y allá por diminutos cráteres.

Después del accidente nada fue igual. Si antes era mimado por ser el menor fui más, y no solo por mis padres; también por mi hermano. Tomé conciencia de ello con el correr de los años, mientras me iba despojando del ropaje infantil y la diferencia etaria perdía incidencia. Compartimos muchas cosas, pero fundamentalmente el amor por la naturaleza, que sin duda heredamos. Al abrigo de nocturnos fogones fue naciendo la confidencialidad, que nos acercó cada vez más y nos hizo compinches, sin que por ello menguara mi permanente afán de intentar imitarlo.

MUCHO MÁS QUE BOLITAS

Mochila a cuestas me inició en el arte del campamentismo, que abrió las puertas de lugares y sensaciones nuevas. Así, de su mano, conocí Los Alerces, donde descubrí la existencia del guardaparque y despertó mi vocación. Gracias a su generosidad, que lo llevo a constituirse en mi garante ante la Administración de Parques Nacionales, pude acceder a este curso de instrucción, y como siempre lo ha hecho sigue pendiente del bienestar de los “viejos”, otorgándome la tranquilidad de conciencia para emprender un camino que me aleja de ellos.

A tres lustros de distancia, reflexionando sobre los caprichos del azar, identifico esta etapa de mi vida como corolario de la concatenación de hechos originados por aquel incidente.

Un fortuito suceso que nos hermanó más que el heredado torrente, creando las condiciones para que hoy pueda perseguir y hacer realidad un sueño.



Con Lalo bajo el chañar.



La isla de la fantasía

Un séquito de Gaviotas Cocineras sobrevuela la turbulenta estela. Con ágiles piruetas atrapan en el aire los trozos de galleta que, desde popa, les arrojan los turistas. A mi lado Pedro, compañero de la *Ornitológica* y ahora de carrera, conversa con Daniel, un chaqueño apodado Chuña, con quien hicimos amistad durante el viaje en ómnibus desde Retiro. ¡Tiene bien puesto el apodo, sus piernas son tremendamente largas!

El capitán desacelera, y lentamente la embarcación encara el estrecho acceso a la bahía. Una vez dentro de ella enfila la proa hacia el largo y escalonado muelle principal de Puerto Anchorena, atraca y comienza el desembarco. Estoy ansioso por bajar a tierra y, con impaciencia, compruebo que quedamos para el final, pero es lógico que sea así, primero deben descender los visitantes.

Es la tercera vez que estoy en Isla Victoria. La primera fue en 1975, durante el viaje que hicimos con Lalo y Magdalena; la segunda en 1977, al terminar la secundaria. Quizás por eso me resulta un lugar tan familiar, o tal vez sea por las veces que he soñado con este momento.

Llegado nuestro turno, cargando bolsos y mochilas, recorremos los varios metros del entablonado espigón que nos separan de la costa. En ella aguarda el comité de bienvenida: tres guardaparques, prolijamente uniformados. Tras saludar a quien nos condujo desde Bariloche, hacen lo propio con cada uno de los treinta y tres alumnos que aspiran a ser como ellos. Al más jovencito de los tres lo tengo visto, estaba en el aula magna de Ciencias Exactas cuando rendimos el examen escrito; se llama también Carlos y, por su aparente juventud, lo supuse un novato. ¡Y resultó ser el Regente de la escuela! Los otros son Miguel, jefe de estudios y Ricardo, jefe de servicio. Junto a ellos recorreremos, al amparo de corpulentos cipreses, la corta distancia que nos separa de las instalaciones del Centro de Instrucción de

Guardaparques (CIG), que lleva el nombre de “Bernabé Méndez”; guardaparque asesinado en 1968 por cazadores furtivos en el Parque Nacional Iguazú.

Llegados al patio del CIG se nos indica que formemos frente al mástil y, reiterando la bienvenida, nos instruyen sobre las características del curso y la forma de vida que llevaremos durante los próximos tres años. Por último, piden que, dada la capacidad de las habitaciones, nos pongamos de acuerdo entre quienes la compartiremos. Nos miramos con Pedro y sin mediar palabra buscamos, entre el tumulto, la alta silueta de Chuña, a quien vemos conversando con otro compañero. El chaqueño acepta complacido y nos presenta a su interlocutor, Guyí, un salteño, con quien completamos el cuarteto.

En el sorteo nos toca la pieza cuatro, en planta baja, casi al final del largo pasillo donde se ubican la mitad de las diez habitaciones con que cuenta el edificio. ¡Todas con vista al lago! Dos cuchetas, dos mesas de noche, cuatro guardarrupas empotrados, dos sillas, una mesa y una lámpara es todo el mobiliario. Guyí prefiere la litera superior, al igual que Chuña, así que con Pedro nos acomodamos en las de abajo. Los placares están a ambos lados del ventanal y, mientras ordeno la ropa, observo la superficie del agua y el rústico muelle de Puerto Gross que, istmo mediante, es la contraparte oriental de Puerto Anchorena. En el exterior del marco, adherido a la madera, veo un pequeño recipiente adornado con un trapo rojo. Abro la ventana y compruebo que, en realidad, son varios los coloridos y misteriosos cilindros, otrora envases de rollos fotográficos de 35mm, forrados con trozos de tela roja y amarilla. Pedro devela la incógnita: son bebederos para picaflores. Obviamente algún antecesor de la promoción anterior era también ornitófilo.

A las 18,00, después de la merienda, nos reunimos en el aula con el triunvirato, para acordar tres temas: mantenimiento de las instalaciones, cronograma de actividades y manejo de fondos.

El aseo del edificio corre por cuenta del alumnado. La escuela está dividida para ello en cinco sectores: 1) cocina, comedor y laboratorio; 2) sala de estar y biblioteca; 3) sanitarios y sala de calderas; 4) oficinas, aula y pasillo; 5) habitaciones. Semanalmente un grupo se hace cargo de cada sector. Por fuera de estos grupos queda un integrante de cada pieza, quien debe ocuparse de la limpieza de su propia habitación, y otro aspirante que es designado como jefe de guardia.

El jefe de guardia tiene la responsabilidad de fiscalizar el cumplimiento del cronograma. Es el primero en levantarse y anuncia el inicio de cada actividad mediante un toque de timbre. Además, debe tomar los datos meteorológicos y anotar las novedades en el Libro de Guardia, dando parte al Regente de aquellas situaciones que superen sus atribuciones.

El cronograma establece diariamente, de miércoles a domingo, los horarios de cada actividad. Lunes y martes son días de franco, en los cuales podemos

elegir entre ir a Bariloche, para hacer trámites, compras o al médico; o bien permanecer en la escuela. Creo que mayormente optaré por esta última opción; me muero de ganas por salir a recorrer el bosque y descubrir las aves que lo habitan. Traje todo lo necesario: binoculares, cámara fotográfica, teleobjetivo y la guía de aves bonaerenses de Tito; y sé que aquí, en la biblioteca, hay un ejemplar de la *Guía de Aves Argentinas* de Olrog.

La jornada comienza a las 06,00 horas. Después del aseo personal se iza la bandera y luego cada aspirante, de acuerdo al esquema semanal, realiza la limpieza del sector asignado. A las 07,15 se sirve el desayuno y a las 08,00 comienzan las clases.

A cada alumno le corresponde mensualmente, en concepto de beca, una suma de dinero. De ella una pequeña parte se percibe en efectivo para gastos personales, otra se destina a pagar el sueldo de las dos cocineras, único personal contratado, y el resto pasa a integrar un fondo común para la compra de alimentos. El reglamento del CIG establece que estos fondos deben ser administrados por una comisión de tres aspirantes, fiscalizada a su vez por el Regente, la cual acordamos definir en un par de días.

Por último, nos comentan que la actual conducción del organismo, en virtud de la crisis económica, ha decidido reducir el monto original de la beca de estudio, no sabiéndose aún en qué porcentaje.

Terminada la reunión, los guardaparques se retiran, pero nadie más se mueve del salón. La noticia de que el monto de la beca será menor al acordado generó preocupación. Toda la atención está puesta en un *guarda* de la promoción XIV, que presta servicio en la Seccional de Puerto Radal, ubicada en el extremo norte de la isla. Vino con nosotros en la misma embarcación y pasará la noche aquí, para proseguir camino por la mañana. Su aporte es tranquilizador, aunque no para todos. A su promoción no le faltó dinero, incluso le sobró y pudieron ahorrar para comprar, al finalizar el curso, una campera para cada alumno.

Muchos siguen debatiendo, pero por ahora solo podemos aguardar la resolución del Directorio; recién allí sabremos de cuánto dispondremos y si alcanzará para solventar los gastos del curso. Me parece que no vale la pena preocuparse por algo que está fuera de nuestro alcance. Prefiero aprovechar el tiempo y salir a explorar un poco los alrededores de la escuela.

Desilusionado, advierto que la noche se apoderó del día, y mi primera jornada en la isla pasó sin haber visto un solo pájaro. Pero la frustración dura poco, porque ya estoy pensando en mañana.

Ha sido una larga y excitante jornada la de hoy que, sumada al cansancio del viaje, harán de la noche un breve paréntesis.

Me acuesto y, aún despierto, sueño con mi primer amanecer en Isla Victoria, y en los muchos que me aguardan; porque esto recién comienza.

EL GUARDAPARQUE



CIG, Isla Victoria, año 1984. Cuartetazo. Pedro Moreyra frente al piano, Daniel "Chuña" Alvarez flauta en mano, Sergio "Guyi" Arias trompeteando y el autor con guitarra.



La niña bonita

La varita mágica de Febo enciende el horizonte, delatando crestas rocosas y contornos vegetales. Salvo por ese retazo luminoso, la oscuridad es aún reina absoluta.

Poco a poco, la claridad naciente se expande, se cuele por la ventana y va diluyendo la penumbra interior, permitiendo adivinar el contorno de la mesa, el respaldo de la silla. Hace rato que estoy despierto, esperando que amanezca.

El jefe de guardia comienza la ingrata tarea de levantar, pieza por pieza, a los internos. Escucho sus pasos, el retumbar de los golpes de puño, ahora frente a nuestra puerta, y continuar luego escaleras arriba con los del primer piso. Es Eduardo, lo sé sin necesidad de verlo, porque “*Óleo de mujer con sombrero*” es su carta de presentación, su manera de anunciar, plácidamente, el comienzo de la jornada. Se ha tornado costumbre comenzar el día con música y realmente es bueno despertar con una hermosa canción, como es ésta de Silvio Rodríguez; que combina magistralmente lirismo y melodía. Pero no siempre es así, no todas son caricias, porque el tema musical lo elige quien está de guardia y, ya es sabido, que “*hay de todo en la viña del Señor...*”

La pieza cobra vida. Guyi, el más remolón, recién amenaza con bajar de la cucheta cuando Chuña y Pedro ya están vistiéndose. Salgo al pasillo y me sumo al desfile de uniformadas figuras que van y vienen de los sanitarios. El estallido del timbre, llamando a formación, nos junta a todos en el patio. Tras izar la bandera volvemos dentro para agolparnos, en un coro de bostezos, frente al organigrama semanal.

Después de hacer la limpieza del edificio nos juntamos a desayunar, y luego vamos al aula para una clase teórica. El dictado de estas materias está mechado con actividades prácticas, las cuales se centran en el manejo de equipos y herramientas, desde machetes y palas hasta motobombas y grupos electrógenos. En este rubro ya hemos cursado, en los talleres de la Intendencia del PN Na-

huel Huapi, en Bariloche, mecánica ligera, y aquí en la isla, donde tenemos caballeriza y una tropilla, equitación. La semana pasada estuvimos, durante tres jornadas, trabajando en la ampliación del corral y atendiendo a los caballos. Estar tres días fuera de la escuela, buscar en el bosque postes secos de ciprés, sentir el penetrante olor a resina de la madera recién cortada, herrar y cepillar los montados, no fue trabajo para mí ¡Lo disfruté como un día de campo!

A pesar de que me interesan todas las materias, con las teóricas sufro un poco el encierro, soy renuente a permanecer dentro del aula con tanto verde afuera. En cambio, con las prácticas, estoy en mi terreno.

El régimen de internado es absorbente, pero no lo sufro, como les sucede a otros compañeros, que llegan a compararlo con la “*colimba*”. ¿Será porque no la hice, o porque el entusiasmo compensa con creces cualquier exigencia? Estoy aquí para ser Guardaparque Nacional y cada día que pasa veo mi sueño convertirse en realidad. ¡Esfuerzo y sufrimiento sentía en Buenos Aires! Además, cada rato libre es un verdadero recreo, la oportunidad de disfrutar del bosque o la costa del lago. Siempre deseé vivir en medio de la naturaleza y lo estoy haciendo.

En esta carrera, consagrada a la protección del medio natural, esperaba hallarme rodeado de personas con un marcado perfil naturalista y me sorprendió que solo Pedro y yo, como socios de la AOP y observadores de aves, acreditásemos, en ese sentido, algún antecedente.

Como en todo grupo, en este existen diferentes miradas, pero me fui dando cuenta que aquí esa heterogeneidad esta hermanada por la misma inquietud ante el porvenir de la vida silvestre. Una preocupación exenta de antropocentrismo, sensible ante el daño que provocamos al entramado vital y capaz de vislumbrar que ello conduce a un callejón sin salida.

Todos provenimos de provincias del centro y norte del país, lo que deja en evidencia una llamativa ausencia sureña, siendo que la Patagonia es la cuna del sistema federal de áreas protegidas. De los treinta y tres aspirantes, solo veintiséis engrosaremos las filas del Cuerpo de Guardaparques Nacionales. De los siete restantes, dos volverán a trabajar a sus respectivas provincias de Chaco y Formosa y los otros, cada cual a su país de origen, ya que hay dos paraguayos, un peruano, un uruguayo y un panameño.

Seremos la primera promoción de esta renacida democracia, reestablecida hace pocos meses con la asunción de Raúl Alfonsín. Y, se rumorea, que también la última que cursará en Isla Victoria; las próximas serán en un centro urbano y sin régimen de internado, lo cual permitirá la inclusión de mujeres.

Los de la XV, tal el número que nos tocó en gracia, tenemos por delante el desafío de afrontar el curso más extenso de cuantos se hayan dictado; tres

años. Curso que fue planificado durante la gestión anterior, siendo presidente de Parques Francisco Erize, a quien Tito me presentó en una reunión de la *Ornitológica*; y que se desarrolla bajo la actual presidencia del doctor Jorge Morello, reconocido ecólogo, a quien conoceré esta tarde ya que vendrá de visita a la escuela. ¡Justo ahora que estamos cursando ecología!

Las ciencias biológicas me han interesado siempre, pero aquí, durante estas clases y, más aún, durante las charlas que fuera de ellas compartimos con el profesor; descubrí conceptos que desconocía.

Trasladarse diariamente a Bariloche es caro y engorroso. Algo más de una hora de lancha hasta Puerto Pañuelo y de allí otro tanto en colectivo, con el agravante de que no siempre las condiciones del lago permiten la navegación. Por ello, para evitar inconvenientes, los docentes se alojan en la isla, conviviendo con los alumnos durante el tiempo que dure la materia.

Este profesor es muy accesible y al tenerlo todo el tiempo aquí nos permitió con Sergio, compinche y vecino de la pieza cinco, quien nos bautizó a Pedro y a mí con los apodos de “Pájaro negro” y “Pájaro blanco”, acosarlo con tantas preguntas que ya es casi un ritual quedarnos conversando con él fuera de hora.

La otra noche, después de cenar, surgió el tema de la superpoblación, dado que el *profe* está leyendo un libro de Konrad Lorenz, “*Los ocho pecados mortales de la humanidad civilizada*”. En él dicho autor conceptúa nuestra reproducción desmedida como un rasgo patológico, responsable de la decadencia social y de la destrucción del medio natural. De la mano del aumento demográfico va el crecimiento de las necesidades, cuya demanda provoca la sobreexplotación de los recursos naturales. Este accionar se refleja en una interminable lista de peligros y desastres, como la desertificación, la contaminación, la deforestación, la degradación de los ecosistemas, la extinción de especies, la alteración del clima...

¿Para qué le sirve a la humanidad su multiplicación desmedida?

Esta pregunta me quitó el sueño y pasé la noche en vela, sin hallar respuesta.

Camino del aula observo en el patio un revuelo de gente, entre quienes distingo personas vestidas de ciudad. Por un compañero me entero que se suspendió la clase de ecología, porque se adelantó la visita y nos reuniremos ahora con el presidente. Desconozco quien de todos los trajeados es Morello, y cuál es el motivo de la reunión. Si solo es protocolar o tiene por objeto justificar la quita del 30% que hicieron en la beca de estudio, y que tanta precariedad y malestar nos está causando.

Pero el circunstancial presidente de la APN tiene en mente otra cosa. Vino a comunicarnos la decisión, ya tomada, de acortar la duración del curso a la mitad.

Nos sorprendió a todos, tanto que nadie se acordó de reclamar por la reducción de la beca. En su alocución no dio lugar a preguntas ni cuestionamientos y, aunque igualmente los hubo, los ignoró refiriéndose al otorgamiento de una licencia extraordinaria, al término de la cual solo deberán reintegrarse quienes acaten los cambios impuestos.

A decir verdad, no veo con desagrado la reducción del curso. Si bien me encanta estar aquí, tres años de estudio me parecen demasiado. Creo que uno y medio es suficiente para brindar la capacitación básica que un agente de conservación requiere.

A pesar de ello, me molestó muchísimo la soberbia y desconsideración de su monólogo.

Ninguno de nosotros era indigente antes de ingresar al curso. Para hacerlo no solo debimos aprobar un examen de ingreso, sino también renunciar a familia y empleo, aceptando un compromiso que ahora, este presidente de turno, modifica unilateralmente sin importarle los perjuicios que pueda causar. Y sin siquiera dar explicaciones. Si no acepto los cambios puedo retornar a la casa de mis padres, más no recuperar mi empleo en el banco; volvería como un desempleado.

Antes de que el ronroneo de la lancha, que transporta la comitiva, se diluya en las aguas de Bahía Anchorena, la sala de estar se convierte en un hervidero de quejas y agravios.

En diez días nos licencian por dos semanas, que aprovecharé para estar junto a mi familia.

También servirán para olvidar el sinsabor de esta visita oficial que, a pesar de todo, no llega a empañar la dicha de estar aquí, rodeado de naturaleza y compañeros de ruta.

Catorce jornadas pasarán rápido y al finalizar la licencia volveré. Mi decisión ya está tomada.

LA NIÑA BONITA



Aula del CIG, Isla Victoria. 1984. Aspirantes de la XV promoción junto al profesor de ecología.



Nieve negra

Enmarcado por el ventanal, su estatismo lo hace parecer más un cuadro que un escenario real. Solo el cadencioso ritmo de los copos descendiendo cual diminutos paracaídas, quiebra la pasividad del paisaje y le otorga dinamismo.

En el interior de la escuela también predominan quietud y albura; mis compañeros duermen y la harina del festejo blanquea el piso y las mesas del comedor.

Anoche celebramos la finalización del curso, y la algarabía por el deseo cumplido se extendió hasta tarde. No podía ser de otra forma, había que honrar dieciocho meses plétóricos de vivencias compartidas y una personal experiencia, única e irrepetible, que nos acompañará por siempre.

A mediodía tendrá lugar el acto oficial, con la consabida ausencia del presidente del directorio y la entrega de solo treinta y un diplomas, en lugar de los treinta y tres que debieron ser.

También trasnoché, pero el hábito de levantarme temprano es tan fuerte como placentero. Deseaba salir a recorrer el bosque, disfrutar en silencio, a mi manera, esta última mañana en la isla. Pero la nevada me obligó a permanecer adentro, a reavivar el fogón y contemplar la naturaleza a través del vidrio.

La silente nevisca, en complicidad con el crepitar de los leños, me incita al sueño, pero el malestar de la rodilla contrarresta su efecto. La punzante secuela de aquel accidente, ocurrido durante la travesía al cerro Challhuaco, me acicatea y despabila, como latente recordatorio de que no todas las nevadas son apacibles.

En aquella ocasión, en medio de tanta nieve, me las vi negras.

El pasado invierno de 1984 fue, según los locales, el más riguroso de la última década. Pero como para la mayoría de nosotros la nevada era una novedad, la disfrutábamos como tal. Su abundancia nos permitió estrenar el equipo de esquí, que usaríamos luego en la campaña invernal, la cual prometía ser toda una aventura: cuatro jornadas en plena montaña, durmiendo sobre la nieve y aprendiendo los secretos de esa disciplina.

Llegado el momento de emprender la cruzada nos trasladamos a la base del cerro Challhuaco, para desde allí comenzar la ascensión. Al haber compañeros mejor entrenados que otros, se nos dividió en tres equipos. Con Pedro y Sergio estamos en el último, el de los menos adiestrados. Los tres conformamos a su vez un subgrupo, ya que compartiremos el acampe, debiendo repartirnos los elementos para llevarlos en las mochilas. De ellos, la carpa es lo más pesado y voluminoso, así que uno carga con los caños, otro las estacas y sobre techo, y yo con el habitáculo.

El grupo de los aventajados inicia la travesía. Su meta es llegar hasta el refugio, en la cima del cerro. Además del guardaparque instructor los asiste un gendarme, experto andinista, que tiene en su haber campañas no solo al Aconcagua sino también al Himalaya. El segundo equipo está en la *gatera*. Al igual que el nuestro solo aspira avanzar lo más posible y acampar donde lo sorprenda la noche.

Previo a la largada hacemos algunos ensayos y varios somos los que derrapamos y caemos. Es a causa de la mochila. Cargamos, en promedio, entre veinte y veinticinco kilos de equipo y víveres cada uno, y semejante peso desequilibra. En virtud de ello opto por recurrir a la *piel de foca*, dos largas y angostas tiras de cuero que, adosadas a la base de cada tabla, ofrecen mayor adherencia, aunque restan velocidad.

A la voz de *¡aura!* partimos, y a medida que avanzamos nos vamos separando, dado que los más avezados se adelantan. Al ir ganando altitud el paisaje cambia. Lo que en el pedemonte era un serpenteante camino entre árboles de ñire, pasó a ser una angosta senda que, contorneando la ladera, se adentra en el lengal. Tras varias horas de trepada el cansancio duplica el peso de la mochila. Agotados, llegamos a un claro donde un puñado de compañeros se ha detenido a descansar. Son una mixtura compuesta por adelantados de nuestro grupo y rezagados del segundo que, en ronda junto a los guardaparques, debaten si seguir o acampar. Quedan pocas horas de luz y resta aún llegar la gente que viene detrás nuestro, por lo cual se resuelve esperarlos y pasar aquí la noche. Desde la ladera donde instalamos nuestra carpa vemos cómo van surgiendo sobre el immaculado fondo de la hondonada, cual flores abriéndose al sol, los parches amarillos y naranja de las otras tiendas.

Al día siguiente dejamos la carpa armada, y continuamos la ascensión para sumarnos al resto de los compañeros. La pendiente es cada vez más abrupta, pero alivianados y gracias a la fijación móvil del esquí de travesía, que al dejar suelto el talón permite caminar con las tablas, ascendemos sin dificultad. Llegados al refugio y con el plantel completo, asistimos a una clase teórica que nos

brinda el instructor de Gendarmería, para luego ensayar, bajo su supervisión, lo aprendido.

¡Y retorno al campamento esquiando! Con la sensación de estar cuasi liberado de la fuerza gravitatoria, me deslizo cerro abajo, como levitando sobre el sustrato. En los tramos de mayor pendiente aplico la técnica de hacer “*cuña*” con los esquíes, para reducir la velocidad y no perder el control. Llego junto con el atardecer y, como niño con juguete nuevo, sigo jugando entre las añosas lengas hasta que la última hilacha de luz desaparece.

En la oscuridad de la noche austral la luminosidad del fogón reverbera sobre el albo suelo, generando fantasmagóricos destellos en el boscoso entorno. Amuchados alrededor del fuego, nos regodeamos comentando los momentos vividos. La experiencia de esquiar en medio del bosque ha superado todas las expectativas y, engolosinados, saboreamos por anticipado lo que nos depara mañana.

Amanece nevando. Mientras mateamos al abrigo de la carpa escuchamos el arribo de un grupo de esquiadores. Son nuestros compañeros del refugio, que abandonaron la cima porque allí nevó copiosamente durante toda la noche. Tras una breve deliberación los instructores deciden adelantar el regreso a la base, el pronóstico no es bueno y por precaución es aconsejable retornar.

Un tanto desilusionados, vamos desmantelando el campamento. Aunque entendemos que es por nuestra seguridad, lamentamos tener que abandonar este bosque encantado.

En fila india, detrás de Pedro y Sergio, emprendo el descenso. Nuestro instructor aguardará a que salgan los últimos, para así venir cerrando la marcha.

A pesar de tener nuevamente la indeseable carga de la mochila en la espalda, con lo poco aprendido me siento más seguro sobre las tablas. Me permito, entonces, disfrutar del paisaje que apenas pude apreciar en el ascenso y al que ahora los copos, que continúan cayendo, otorgan un toque mágico. Sin querer me voy retrasando y, al doblar un recodo, ya no veo a mis compañeros.

Llegando al faldeo la nevada se intensifica. El blanco lo cubre todo, uniformando el panorama y borrando los surcos trazados por quienes me preceden. Sin esa referencia, inmerso en la monotonía del bosque de ñires, continúo avanzando por intuición. Todo parece igual, más tengo la sensación de haber perdido el rumbo, y al toparme con un grupo de arbustos cerrando el paso, hallo la confirmación. Perturbado, en el apuro por dar vuelta no advierto la proximidad de una cárcava. Su abrupto desnivel me desestabiliza y derrapo, cayendo cuesta abajo.

En el fondo de la helada hondura, un tanto aturdido por la rodada, empiezo por quitarme la mochila. De los esquíes solo conservo el derecho, y al flexionar la pierna para soltarlo la rodilla rezonga. A pesar del dolor, tras varios intentos logro desprenderlo y compruebo que no hay fractura. ¡La saqué barata! Apoyado en los bastones logro incorporarme, pero me cuesta caminar, así que decido dejar tablas y mochila para subir gateando.

Una vez arriba trato de orientarme para hallar la senda. Debo encontrarla antes de que pase el último grupo.

La suma de fatiga y dolor hacen de cada paso una odisea. Ignoro cuánto avancé, al igual que el tiempo transcurrido, más lo peor es no tener la certeza de hacia dónde tengo que ir.

La nevisca arrecia. Empujada por el viento golpea mi rostro, impidiéndome ver con nitidez. A mi espalda va borrando el rastro que dejo y hacia adelante sepulta la esperanza de hallar la salida.

— ¡Pájaro!

El grito, entreverado con las ráfagas de viento, llega casi imperceptible. ¡Parece la voz de Sergio! No sin esfuerzo, logro fijar la vista y distinguir su figura que se aproxima, abriéndose paso entre la ventisca...

— ¡Pájaro!

Abro los ojos y me encuentro frente al rostro de Pancho, quien risueño me zamarrea.

— ¡Te dormiste pajarraco! Arriba chango, levántate que ya está por comenzar el acto.

Afuera, allende el ventanal, sigue nevando.

Estadísticamente, los compañeros que no volvieron de aquella impuesta licencia constituyen un porcentaje despreciable. Pero afectivamente no lo es. Me costó aceptar la ausencia de Sergio. Por aquel rescate en medio de la tormenta, sin duda, pero también por ser un excelente camarada. Ello tan solo debido a mi extremada cautela para calificar amigos. ¡Y pensar que era uno de los sin *currícula* conservacionista, que miré de reojo al iniciar el curso!

Así como la *Ornitológica*, mi anterior escuela, encauzó y acrecentó mi amor por la naturaleza; en el CIG comprendí qué, para ser un buen guardaparque, no es necesario ser científicista.

Como en todos los órdenes de la vida, lo esencial es ser buena persona. Lo demás se aprende.



CIG, Isla Victoria, junio de 1985. Festejo de fin de curso. De izquierda a derecha, Carlos Rabagliatti, yo, Diego Lucca, Sergio "Guyi" Arias, Daniel "Chuñi" Alvarez, Enrique "Coya" Mariani, Ricardo Druck y Pedro Moreyra. Agachados, Hugo Zapata y Luis Gomez.



Apariencias

Los faros de la camioneta iluminan un cartel de madera con letras amarillas, el cual anuncia que llegamos a la Jefatura de Guardaparques del Parque Nacional Iguazú.

Me despido de Fredi, oriundo de Rosario y de Miguel, cordobés de Río Cuarto, *guardas* de la promoción XIV, quienes fueron a recibirme a la terminal.

Durante el trayecto desde el pueblo descubrimos que, además de la profesión nos une la pasión por las aves, y antes de venir hasta aquí hicimos escala en el ex Hotel Cataratas, donde ellos moran. Esta añosa construcción que servía de alojamiento a los turistas, actualmente funciona como oficina de informes y residencia de guardaparques solteros.

Mientras *picamos* algo, me fueron contando los pormenores del trabajo en esta área protegida que, junto con Nahuel Huapi, son los parques más antiguos del sistema, creados ambos en 1934¹. Así me enteré que Mauricio Rumboll, naturalista descubridor del Macá Tobiano, a quien conocí en la *Ornitológica*; está aquí y es el encargado del Centro de Visitantes y del área de educación ambiental.

Luego de la frugal cena y la extensa charla me trajeron hasta la jefatura, donde pasaré la noche, para mañana reunirme con el jefe. La construcción, en forma de “*ele*” y techo de tejas, está ubicada en un predio profusamente arbolado, detrás del cual comienza un sendero de uso público que se interna en la floresta llamado “*Macuco*”. Además de la oficina la casa cuenta con dos habitaciones, una amplia cocina comedor y una extensa galería exterior, a través de la cual se comunican todos los ambientes.

A medida que el vehículo se aleja, llevándose con él la luz y el ruido del motor, la oscuridad y la quietud retornan. Inmerso en el silencio nocturnal

1 El 8 de abril de 1922, sobre la base de las tierras donadas a la Nación por el perito Francisco Pascacio Moreno en 1903, se crea el Parque Nacional del Sur. En 1934, por medio de la Ley 12.103, se crea la Dirección de Parques Nacionales, el PN Iguazú y el PN del Sur pasa a llamarse Nahuel Huapi.

descubro, entre los negros nubarrones del follaje, retazos de cielo estrellado. Visualmente disminuido, me veo empequeñecido ante una palpitante presencia. La siento en la piel e inhalo en el aire la frescura de su atmósfera impregnada de humedad y misterio.

¡Estoy en la selva!

Y pensar que no había considerado a Iguazú como mi primer destino. Si bien lo incluí en la terna, que cada aspirante debe elaborar al egresar para proponer los parques donde prefiere ir; El Palmar de Colón, en Entre Ríos, era el que puse en primer lugar. Y allí fui destinado, más luego accedí trocarlo con un compañero, a quien le correspondía venir a Iguazú y no quería hacerlo por cuestiones personales.

Esa circunstancia me trajo hasta este extremo del país, a un ambiente que siempre imaginé recóndito e inasible.

El concierto comenzó antes de clarear.

Desde la cama escucho el familiar canto de un Zorzal Colorado, pero acompañado por un coro de desconocidos, que despierta mi curiosidad. Y aunque afuera todo es penumbra, tomo los binoculares y salgo. Cada ignota voz me conduce hacia una opaca silueta, un negativo que se escurre y confunde entre otras sombras. Mi única experiencia norteña son los dos meses de práctica en seccional que, como parte del curso de instrucción, pasé en el Parque Nacional Chaco. Y a pesar de que allí encontré muchas especies de aves nuevas y conocí sus voces, resulta ínfima ante la diversidad alada que alberga este verdadero paraíso subtropical.

Persiguiendo fantasmas llegué, sin darme cuenta, hasta la entrada del sendero “*Macuco*”, que a esta hora del día parece la negra boca de un cubil. A un costado, en la transición entre la vegetación agreste y el parquizado predio de la jefatura, hay un pequeño árbol del cual penden grandes frutos. Al acercarme compruebo que se trata de un mandarino, agobiado por el peso de jugosas gemas anaranjadas. Tomo algunas, dispuesto a saborearlas mientras prosigo caminando, pero el ronroneo de un vehículo que se aproxima aborta mi intención. Guardo la fruta en el bolsillo de la chaqueta y me dirijo a la casa, a tiempo para ver descender de una camioneta oficial a dos personas: uno uniformado y otro con ropa de fajina. El guardaparque me encara diciendo.

— *¿Usted ha de ser Saibene?*

Asiento con la cabeza mientras estrecho su mano.

— *Aníbal. Adelante chamigo, pase. ¡Claudio! prepara unos mates, ordena a su acompañante, mientras me señala el ingreso a la oficina.*

Resultó ser muy campechano el jefe. Entre mate y mate mantuvimos una distendida charla, tras la cual debió hacer lugar a los inevitables formalismos del caso: el cargo y la entrega del arma reglamentaria, una pistola Colt 45, y la comunicación de la Disposición del Intendente del Parque Nacional Iguazú, donde se me asigna como asiento de funciones la Seccional Mboca-í.

Un poco sorprendido y otro tanto perturbado, miro sin ver la hoja de papel que, para que me notifique, acerca el asistente. Inconscientemente me había hecho a la idea de que viviría en el viejo hotel, donde están Fredi y Miguel. Pero es razonable que sucediera esto, dado que los *guardas* nuevos y sin carga familiar, son los indicados para ocupar los puestos alejados.

Terminada la reunión se despide agregando que Claudio me llevará hasta la seccional y también, de ser necesario, debido a que la misma no cuenta con vehículo propio, a Puerto Iguazú para hacer la provista.

La seccional Mboca-í está a la vera de la Ruta Nacional N°12, ancha herida que separa en dos la verde epidermis selvática. Dista doce quilómetros del Centro Operativo Cataratas, donde están el Centro de Visitantes y la Jefatura de Guardaparques, y es la primera dependencia oficial que se encuentra al ingresar al Parque. Así lo anuncia un gran cartel de madera, sostenido por robustos troncos que, pese a su tamaño y por singular hábito humano, es ignorado por todos los turistas que pasan raudamente, ansiosos por conocer los saltos. La vivienda es grande, cuenta con tres habitaciones, cocina y un amplio comedor, pero, a pesar de estar casi debajo la línea de media tensión que lleva energía a Puerto Iguazú, carece de electricidad.

Claudio, antes de irse, me instruye sobre el funcionamiento de la casa, encendemos la heladera a gas y vamos hasta el arroyo para ver el bombeador de agua. Con el grupo electrógeno no hay caso, no arranca. Se despide prometiendo que, llegado a Iguazú, dará aviso al responsable de servicios auxiliares para que venga a repararlo.

¡Al fin solo!

Extrañaba estar conmigo mismo. Necesito quietarme un poco para rumiar tantas sensaciones nuevas, para pensar. Estoy contento, feliz de iniciar mi trabajo como guardaparque y conforme con el lugar que me asignaron. Sin embargo, me apresuro a desembalar los bártulos porque me urge volver a la selva. En la picada que va hasta el arroyo había infinidad de aves, algunos de sus cantos me parecieron similares a los oídos esta mañana, pero no tuve oportunidad de observarlas; no era el momento. Mi equipaje se reduce a una mochila con ropa y un par de cajas de cartón, que la “vieja” me preparó con lo básico: una olla, una sartén, cubiertos y un farol a querosene, que no quería traer. Accedí ante su insistencia, como para darle el gusto ¡y ahora será mí única fuente de luz!

Tras una hora de marcha solo pude recorrer la mitad del trayecto. Con el asistente del jefe fuimos y regresamos en treinta minutos, pero ahora no puedo ni quiero ir rápido, porque cada metro cúbico ofrece infinidad de cosas para ver.

Un vecino, al saber que venía a Misiones, me dijo

— *Vas a cambiar una selva por otra*, refiriéndose a la ciudad como a *la jungla de cemento*.

Nada más errado, en todo caso la urbe hay que compararla con un bosque, porque en los bosques como en las ciudades predomina solo una especie, en cambio la característica de la selva es la diversidad.

En estos sesenta minutos de caminata encontré muchas aves, mayormente en grupos, una asociación simbiótica típica del período invernal, que nuclea individuos de diferentes especies. Con una sola de estas bandadas mixtas estuve más de media hora y apenas pude describir un par de especies. Además de pájaros, hallé también infinidad de mariposas de colores increíbles, y otras que, por su mimetismo con el entorno, me impresionaron a pesar de su modesto atuendo. Una se posa con las alas abiertas sobre la corteza de los árboles, confundiendo de tal forma con los líquenes que la tapizan que cuesta descubrirla. La otra tiene por hábito asentarse en el suelo, entre la hojarasca y con las alas plegadas, las cuales por su color e irregular contorno la hacen parecer una hoja seca.

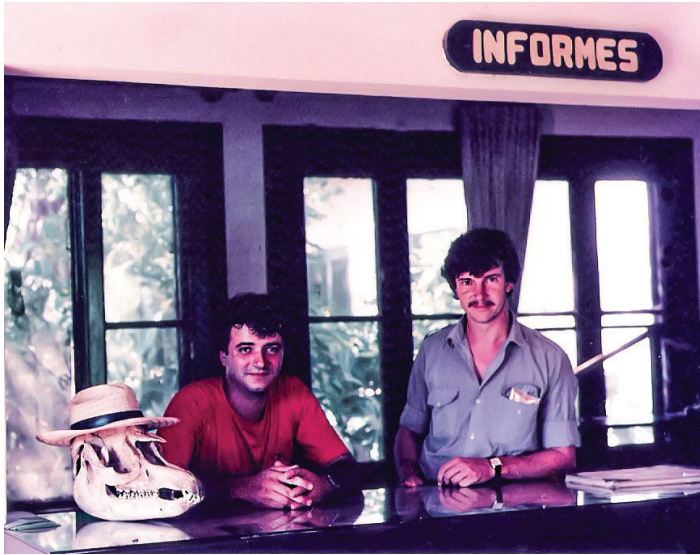
Al llegar al arroyo Mboca-í, que da nombre a la seccional y constituye el límite sudoeste del parque, me siento en la ribera, contemplando el agua que discurre bajo el alero de un cañaveral. El peso en los bolsillos de la campera hace que recuerde las mandarinas y, potenciado por el hecho de no haber almorzado, su anaranjado brillo augura un exquisito festín. Quitándole la piel voy descubriendo los turgentes gajos, pero al hincarles diente me llevo un chasco ¡Su sabor es agrio, como el de un limón! La descarto y encaro otra, con igual resultado; y lo mismo pasa con la tercera. Evidentemente parecen mandarinas pero no lo son.

Consternado por el inesperado sinsabor observo la fruta sin comprender cuando, de soslayo, percibo que algo se mueve a mi lado. Giro la cabeza, pero nada distingo, solo hay hojas y ramas. Seguro de haber visto algo aguardo inmóvil, tratando de fijar la mirada que se extravía en la maraña vegetal; hasta que lo descubro. Se trata de un bicho palo, otro artista del mimetismo que, con sigiloso andar, se traslada entre el follaje. Su camuflaje es tan bueno y tan lentos sus movimientos, que cuesta diferenciarlo de los tallos verdaderos.

Es increíble la adaptación al medio que, a través de miles de años de evolución, han logrado estas especies.

Quizás no estaba tan equivocado mi vecino de Lanús. Porque, en este aspecto, tanto en la selva como en la ciudad, parece ser que no todo es lo que parece.

APARIENCIAS



Parque Nacional Iguazú, febrero de 1986. Con Daniel Luciano en el centro de informes del Área Cataratas. Foto Daniel Luciano.



El ave fantasma

No es la primera vez que paso por aquí. Esta picada la recorro casi a diario para ir hasta el arroyo Mboca-í, desde donde, mediante un bombeador naftero, extraigo el agua necesaria para abastecer la vivienda. Debo venir a ponerlo en marcha, regresar a la casa para controlar que el líquido llegue normalmente y volver para detenerlo una vez completa la cisterna.

Conozco bien el terreno. Y esta *capuera* la he atravesado cientos de veces. La selvática cicatriz remedia el daño causado por la muerte de un gigante arbóreo, que en su caída arrastró lianas, epífitas y arbustos, abriendo este claro del cual emergen, como índices acusadores, los troncos secos de algunas de las plantas que abatió.

Otras veces nada he notado, pero hoy, sobre el extremo de uno de los árboles cercenados descubrí una extraña presencia. La observo apremiado por el atardecer que se avecina. Con binoculares intento captar detalles de esa palpitante extensión que, más que un ser vivo, parece parte del tronco quebrado que corona.

La claridad retrocede ante el avance de las sombras. Dentro de la selva la noche llega con prisa. Aun cuando los últimos rayos de sol doran las copas de los colosos del dosel, debajo, en el sotobosque, ya todo es penumbra. Como la inundación, la oscuridad crece desde abajo, lenta pero constante, implacable. Por más que fuerzo la vista ya no logro distinguir qué es ave y qué árbol.

Lo poco que pude observar me conduce a creer que se trata de un *atajacaminos*, de los que hay muchas especies en la zona, casi todas desconocidas por mí.

En los pocos meses que llevo en Iguazú he visto muchas aves nuevas, y otras tantas tengo pendientes de identificación, engrosando una larga lista de *ovnis*. ¡Qué falta me hace una guía de todo el país! La única existente, la de Olrog, está agotada hace años, y las dos que tengo, *Aves argentinas, guía para el reconocimiento de la avifauna bonaerense*, de Tito Narosky y Dario Yzuruieta y *Aves de ambientes acuáticos de Córdoba y centro de Argentina* de Manuel Nores e Yzuruieta, son excelentes para la región pampeana, pero insuficientes aquí.

Me doy por vencido. Con la última exhalación del día emprendo el regreso. Desandando la picada, que ahora semeja un oscuro túnel, desemboco en el predio de la seccional, donde subsiste esa mortecina claridad preludio del anochecer. En la semioscuridad del interior de la casa busco la linterna, que hallo con rapidez, gracias a la costumbre de guardar cada cosa en su lugar, muy útil a la hora de andar a tientas, y me dispongo a encender el *sol de noche*. El fiel farolito a querosene que mi madre me hizo traer desde Lanús, donde estaba relegado, sin uso, recobró aquí protagonismo. Aprendí a tratarlo con delicadeza ya que las mechas son muy frágiles, se rompen de nada. Y lo aprendí como se aprenden mejor las cosas, a fuerza de equivocarme.

Una vez encendido es cuestión de darle bomba, para que acumule suficiente presión y listo, ¡se hace la luz! Pero, como nada es perfecto, con ella aparecen los insectos y el calor, porque eso también tiene de sol, la temperatura que irradia, poco apropiada para las cálidas noches misioneras.

La falta de energía eléctrica es lo que más me ha costado superar. Más que la soledad. Quizás porque el anochecer ha sido siempre un momento crítico para mí. Soy esencialmente un bicho diurno. Amo estar al aire libre y trato de aprovechar al máximo las horas de luz natural, pero la oscuridad hace que, tarde o temprano, deba recluirme en la vivienda. Entonces me invade una sensación difícil de explicar, una mezcla de inquietud y angustia. Para superarla suelo tener, como as bajo la manga, algunas tareas de escritorio; contestar correspondencia, actualizar el *Libro de Guardia*, redactar algún informe o completar las carpetas de observación de aves con los nuevos registros. La idea es mantenerme ocupado hasta la hora de cenar. Después solo resta descansar hasta el siguiente amanecer.

Afuera es noche cerrada. El farol arde sonoramente sobre la mesa del comedor y una polilla, *caú*¹ de tanta ronda, aterriza bruscamente sobre la hoja en blanco.

Entonces lo escucho.

Es tal la sorpresa que, sin querer, mis dedos dejan caer la birome. Inmovilizado sobre la silla, trato de entender que fue lo que oí, pero solo el siseo del farol y el aletear de la mariposa sobre el papel, rompen el silencio. Instintivamente me acerco a la ventana, más es imposible ver hacia afuera, la negrura exterior convierte el vidrio en un espejo que devuelve mi propia imagen distorsionada. Aguardo, expectante, hasta que suena otra vez. Logro precisar una secuencia de silbos, en escala, donde el primero es más fuerte y los otros decrecientes ¿Cuántos? no sé exactamente, seis, tal vez siete. Los últimos son débiles y casi no se escuchan.

1 Caú: Del guaraní, ebrio, borracho.

Suena como un lamento.

El patrón repetitivo pareciera indicar que se trata de un ave, nocturna, evidentemente; una lechuza tal vez. Pero también podría ser otra cosa. Hay tantos animales desconocidos en la selva, que las probabilidades son infinitas.

Durante una patrulla por el *barrero* del arroyo Santo Domingo, el guardaparque Miranda dijo que el Yaguareté suele imitar las voces de otros animales, para así atraerlos hasta sus garras.

Don *Poilo* es el baquiano más antiguo del parque, un referente para todos, especialmente para los nuevos. Tiene mucho monte en su haber y, a pesar de los años, trajina la espesura con decisión. Fue compañero de Bernabé Méndez. Juntos estaban durante aquella trágica recorrida por el Alto Iguazú, donde Bernabé fue baleado y muerto por cazadores furtivos.

En esa ronda de fogón contó también que el *tigre*, como llama él al Yaguareté, es un bicho muy astuto, tanto que sabe distinguir cuando un hombre anda armado para evitarlo ¡Ojalá sea así! pensaba mientras lo escuchaba ¡Quedan tan pocos en Iguazú! y fuera del parque son acorralados por el desmonte y perseguidos por las balas.

Parado junto a la ventana me asaltó el recuerdo de su relato. Inconscientemente sigo mirando hacia afuera sin ver, cavilando sobre quién será el dueño de tan quejumbrosa voz.

Desatendido, el *sol de noche* languidece, y mi objetividad zozobra ante lo inexplicable, ante lo desconocido.

La noche pasó. Con esa maravillosa constancia que, por cotidiana, suele ser inadvertida, la alborada se hizo presente, disipando sombras e inquietudes. Los primeros rayos de sol me encuentran camino del arroyo, frontera natural del parque.

La floresta me recibe con su húmedo abrazo. Internarse en ella es como ingresar a otro mundo, cuya invasión no pasa inadvertida. Todo se aquieta, enmudece, un sosiego aparente y transitorio en el que cientos de ojos vigilan al intruso. Tras unos minutos de paciente espera, sigilosas siluetas y misteriosos sonidos confirman el restablecimiento del ritmo vital.

Me muevo con lentitud, tratando de hacer el menor ruido posible, cautivo de los sentidos que, ante tanto estímulo, hacen imposible distraerse. ¡Hay tanto para oír y ver! en ese orden, porque en la selva es más lo que se oye que lo que puede verse.

Al llegar al claro me siento feliz. Mi ignoto amigo de la tarde anterior no faltó a la cita. Al igual que en la víspera permanece erguido, con el pico apuntando al cielo, como emplumada continuidad del extremo astillado del árbol.

Es tarde cuando regreso a la seccional.

Enciendo el farol y, conforme con mi estrategia anti anochecer, comienzo por pasar a la carpeta los datos de la libreta de campo. Abro una ficha, pero, aunque gracias a su pasividad hice una minuciosa descripción del ave y la fotografié a gusto, no sé aún de que especie se trata. Nada parecido hay en las guías. Con lápiz anoto, entre comillas, “pájaro-árbol”. Me gusta ese nombre, porque realmente el bicho parece parte del tronco.

Las fotos serán de gran ayuda. ¡Ojalá hayan salido bien! Terminé adrede el rollo, para llevarlo cuanto antes al laboratorio, aunque para tener las imágenes deberé soportar la espera de su revelado. Aún sin fotos, con los datos que tengo, mañana iré a ver a Mauricio, él me ayudará a *descularlo*. De paso le preguntaré también por el otro, el del melancólico canto.

Como respondiendo a un llamado, la decreciente sucesión de silbos surge de las tinieblas

¡Ahí está otra vez!

Linterna en mano voy hacia la puerta y el haz de luz parte hacia la selva distante que, al fondo del predio, parece una negra muralla. Me adelanto unos pasos, pero no es suficiente, y al avanzar un poco más la oscuridad me envuelve. Una parte de mí se niega a seguir. Inquieto por alejarme tanto de la casa, hago desde allí un paneo con la linterna y algo brilla. Un punto, pequeño e intermitente como una brasa, se enciende y apaga, aparece y desaparece. Avanzo con cautela y, a medida que acorto distancia, percibo que no está en el suelo, sino a cierta altura entre el follaje. El minúsculo destello me guía, como un faro. Me atrae.

Por fin la penumbrosa pared vegetal va cobrando forma. Primero distingo la rama del árbol, con las características hojas de un ambay, y luego, sobre ella, surge la conocida silueta de un ave, quien con su ojo rojizo me hace un guiño.

Mauricio tiene una risa peculiar, estentórea, más cuando la suelta con ganas.

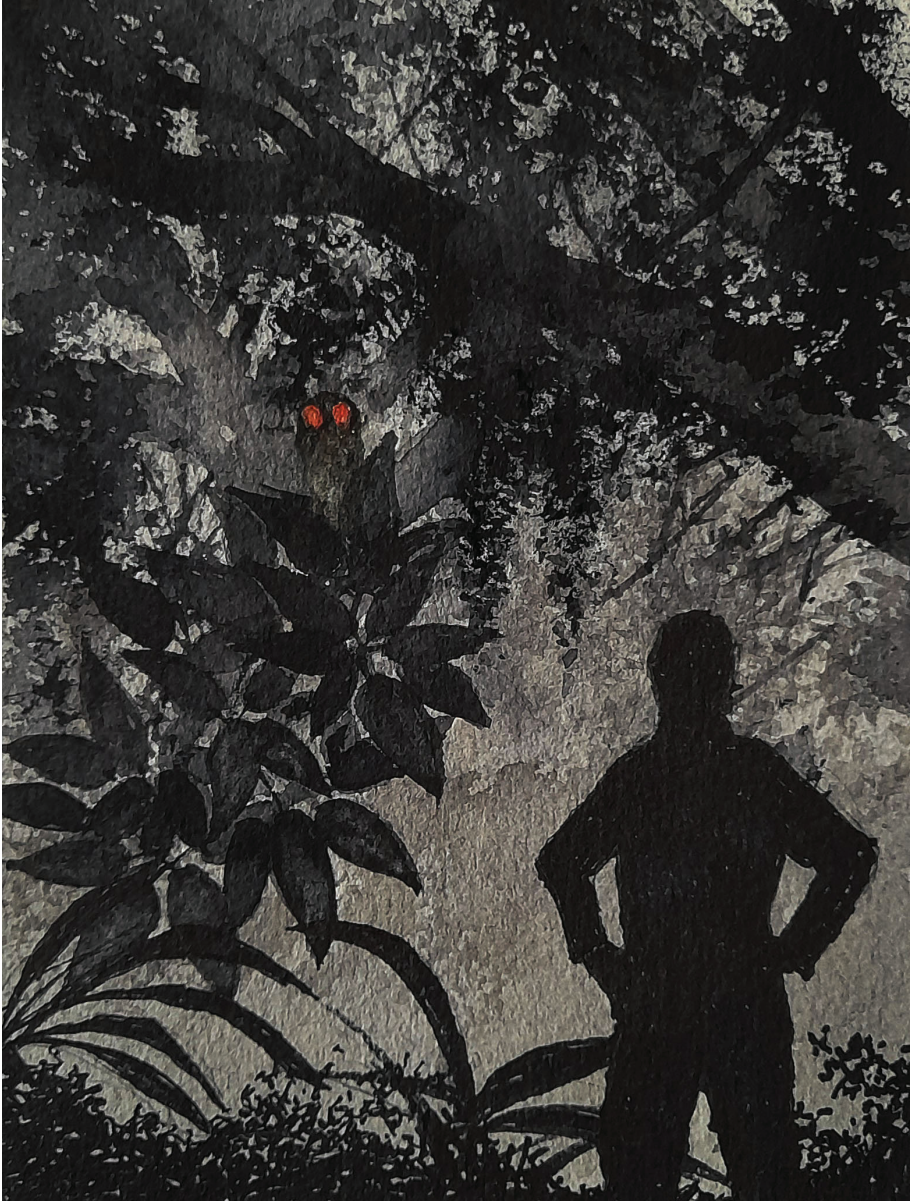
— *¡Así que te julepeaste! Ahora sabes por qué los guaraníes lo llaman el ave fantasma.*

No hizo falta recurrir a ninguna guía. La descripción del “pájaro árbol” y la lúgubre voz del cantor nocturno le bastaron para indicarme que, en ambos casos, se trata de la misma especie.

Las repetidas visitas al arroyo Mboca-í para proveer de agua a la seccional, nunca, por rutinarias, me resultaron tediosas.

La selva no deja de sorprenderme, atesora innumerables secretos, pero ahora, además de ese incentivo, tengo un motivo especial.

En ese recodo donde la muerte del coloso abrió un claro en la espesura, sobre el astillado tronco que resultó ser un nido, mamá Urutaú me aguarda junto a su pichón.



"Urutaú". Ilustración de Eduardo Saibene.



Cazadores

Hago un último repaso del equipo: linterna, radio, pistola, cargador de repuesto, machete, campera, tabaco y papel. El haz de luz de los faros de un vehículo ilumina el frente de la seccional, anunciando que vinieron a buscarme.

Salgo y me encuentro con Arnaldo, que será mi compañero, y con Fredi al volante de la *chata* quien, tras dejarnos en el lugar de caza, retornará a la base de Cataratas para ser nuestro soporte radial durante el procedimiento.

Todos los días se patrulla algún sector del parque, con la doble intención de prevenir y mitigar la caza furtiva. Un flagelo y una realidad que duele aceptar. Nuestra presencia en rutas y caminos internos sirve para desalentar, pero también existe la posibilidad de dar con los infractores, aunque esto último, lamentablemente, casi nunca sucede.

Cuando, durante alguna de las recorridas de rutina, se descubre un sitio de caza hay dos posibilidades; desactivarlo, destruyendo las rústicas atalayas de troncos desde donde los cazadores acechan a sus presas, llamadas localmente *sobrados* y retirando los cebos; o bien no alterar el sitio y vigilarlo para intentar de atraparlos.

Esta última opción se suele realizar solo si el lugar y las circunstancias la hacen viable, dado que requiere un despliegue importante de recursos humanos y materiales, que nunca sobran y limitan, por lo tanto, el tiempo de vigilia. Si se opta por ella, la táctica es colocar dos *guardas*, uno a cada lado de la entrada de la picada, para cubrir las posibles direcciones de llegada de los furtivos, y mantener una vigilancia continua, mediante un esquema de turnos rotativos.

La de hoy es mi primera guardia nocturna. En las anteriores siempre me tocó durante el día, lo cual es mucho mejor, dado que con luz uno ve el entorno, puede elegir dónde ubicarse y se hace más llevadera la espera.

Para coordinar el relevo, Fredi se comunica con los compañeros a quienes debemos reemplazar. Deteniendo brevemente el vehículo en la banquina descendemos y ellos suben.

En silencio penetro en la espesura, y a tientas busco un sitio donde apostarme. Sin saber a ciencia cierta lo que me rodea, tanteo hasta dar con un árbol

de buen tamaño, para que me sirva de apoyo y proteja mi retaguardia. Apenas tengo noción de dónde está la picada y que, del otro lado, está Arnaldo. La minúscula lucecita del radio, encendido, pero con volumen bajo, es lo único que me une a mi compañero.

La oscuridad reinante hace de la vista un sentido inútil. Virtualmente ciego, paso a depender del oído. Toda mi atención se concentra en lo que oigo, tratando de percibir el más mínimo ruido. Un restregar de hojas o el crujir de una rama me ponen alerta, desafiando mi empírico conocimiento, para dilucidar quien será el causante. De la invisible espesura brotan enigmáticos sonidos, atribuibles mayormente a insectos, pero también percibo el metálico tañido de una rana herrero¹ y la voz del Curiango².

Lentamente, la noche pasa sin que nada ocurra. Estamos en la cuarta jornada de este procedimiento y a la madrugada, con nuestro reemplazo, llega la orden del jefe de abortar la vigilancia e ingresar hasta el cebadero, para desactivarlo. En esta ocasión, además de colocar una bolsa de sal, los furtivos han aprovechado como cebo la fructificación de un palito dulce (*Hovenia dulcis*), un árbol originario de Asia, que traído por colonos se ha dispersado y asilvestrado en la selva. A su alrededor encontramos huellas de *mborebí*³ y *pecarí*⁴, pero ningún indicio de la presencia reciente de cazadores.

De regreso en Mboca-í, lo primero es preparar unos mates. Después de tantas horas de guardia debería dormir un rato, pero no tengo sueño. Además, debo ir hasta el arroyo para bombear agua y hacer el mantenimiento del grupo electrógeno, que otra vez anda mañereando para arrancar. Pero, en realidad, lo que me tiene despabilado es la frustración, la bronca de haber hecho tanto esfuerzo en vano. Teníamos buena expectativa en este procedimiento, porque era un sitio de caza nuevo y ubicado sobre un camino secundario, lo cual contribuía a que nuestro despliegue pasara inadvertido.

La existencia de rutas y caminos públicos que atraviesan el parque, sumado a la atracción de las cataratas, donde gran cantidad de gente trabaja como soporte del turismo, implica el diario trajinar de cientos de personas ajenas a Parques: empleados de agencias, concesionarios, personal de bares y restaurantes, remiseros... Más de una vez tengo la sensación de que alguno de ellos es *ojo de vidrio*, un espía atento a nuestros movimientos o, incluso, un cazador.

1 Rana herrero: (*Hyla faber*)

2 Curiango: (*Nyctidromus albicollis*)

3 Mborebí: Tapir (*Tapirus terrestris*)

4 Pecaríes: Dos especies habitan el P.N. Iguazú, el pecarí de collar (*Pecarí tajacu*) y el pecarí labiado o barbiblanco (*Tayassu pecarí*).

No puedo alejar de mi mente la imagen de los furtivos matando, impunemente, a los pobres bichos que debemos proteger, porque están sabiendo cuándo salimos de patrulla y, hasta quizás, por donde andamos.

La caza es una costumbre tan arraigada, que la mayoría de la gente no la considera una mala acción, ni siquiera en este caso, en que se está violando la normativa específica de un área de conservación.

Su práctica es, además, un negocio. Se la promueve a través de programas radiales, artículos, notas y hasta se celebran torneos. Nuestra sociedad la califica como deporte, sin tener en cuenta la desigualdad existente entre los participantes. Un juego donde uno, siempre el mismo, es el victimario que no arriesga nada y tiene todas las de ganar, mientras que el otro, la víctima, no solo es obligada a participar sino también a entregar su vida.

Cuando de chico miraba esos documentales de fauna africana, donde enormes rebaños de cebras y ñus pastan, tranquilamente, a escasos metros de un grupo de leones, además de fascinación por la vida silvestre experimentaba también curiosidad.

¿Como podían convivir tan próximos siendo enemigos mortales?

Más tarde aparecieron series de fauna argentina, que mostraban lo nuestro, y también en ellas advertí esa vecindad entre el predador y la presa.

A través de mi profesión y el contacto directo con la naturaleza, llegué a comprender esa relación donde, tanto africanos leones y cebras como yaguaretés y pecaríes nativos, vistos como especies, no son enemigos sino aliados. Compañeros de ruta que se benefician mutuamente. Segmentos de una inmensa red trófica, donde cada ser vivo es esencial para el sostén de todo el entramado.

Nuestro pasado de cazadores lo llevamos dentro. Como animales originalmente omnívoros y, por lo tanto, predadores, el tener que matar a otros seres para sobrevivir es innato, y sigue sucediendo en la actualidad, solo que de manera indirecta e invisible para el mayor porcentaje de los humanos. Diariamente miles de peces, vacas, corderos, pollos y cerdos son sacrificados para nuestro sustento, siendo sus restos exhibidos en góndolas y mostradores. Meros productos, que muy pocas personas relacionan directamente con el cadáver y la muerte de otro animal. Son criados con este fin y su sacrificio hace innecesaria la cacería de fauna silvestre.

Sigo siendo omnívoro y habitualmente como carne. Acepto, por tanto, la matanza de otros animales, pero solo para alimento. Incluso me cuestiono, muchas veces, si podría seguir siéndolo de tener que matar a otro ser con mis propias manos.

También fui cazador.

¿Disfrutaba entonces matando liebres y perdices?

Realmente no lo sé. Nadie me obligaba a cazar y tampoco recuerdo que lo hiciera a desgano, pero creo que no era plenamente consciente de lo que hacía.

EL GUARDAPARQUE

Por un lado, la cacería despertaba ese ancestral hábito, un impulso similar al que impele a un gato doméstico ante un gorrión y lo lleva a matarlo, no por hambre, sino por instinto. Por otro, amparado culturalmente, seguía la corriente de un imaginado código ético, que hemos inventado para separarnos del resto de los animales, a los que consideramos seres inferiores, determinando de esa forma que esté humanamente justificado y permitido asesinarlos.

Afortunadamente, con el paso del tiempo, fui comprendiendo que no somos una especie superior, y que todos los seres tienen el mismo derecho a la vida.

La única caza admisible es la de subsistencia, y prácticamente no existe en nuestros días.

La gente que se dedica actualmente a las otras modalidades de caza, lo hace simplemente por placer o por codicia, no por necesidad.



De patrulla en el Parque Nacional Iguazú. De izquierda a derecha Ángel "Fredí" Wutrich, el autor, Arnaldo Dalmaso y José Luis Cómita, único que luce correctamente el uniforme. Dada la limitada provisión y para evitar dañar la ropa, era habitual no utilizar la indumentaria oficial durante los patrullajes, siendo reservada para aquellas tareas donde resultaba necesario estar adecuadamente uniformado.



De un trote a la Rosada

No queda más que esperar, e incómoda, como toda espera, se hace interminable.

Impaciente lo miro con insistencia, pero permanece inmutable, seguro de su dominio, suspendido sobre la acera como si nada.

La mixtura de aceite recalentado y gases de combustión, convierte los buenos aires en una emanación tóxica, haciendo de la involuntaria tarea de respirar una consciente incomodidad. Al oído no le va mejor. A la bataola de histéricos bocinazos y rugientes motores, se suma el frenético ulular de una sirena, que crece hasta el clímax, para luego ir perdiendo intensidad a medida que se aleja.

Creí haberme librado, para siempre, de este pandemio, que soporté a regañadientes por largo tiempo.

El reencuentro no solo me enfrenta con estas viejas y desagradables sensaciones, también reflota otras no menos ingratas, como la de viajar diariamente al trabajo. De Lanús a Plaza de Mayo, una exigua distancia, pero que requería hacerla en tres etapas. La primera en colectivo, sacudido y zamarreado por calles prolíficas en baches, con bruscos arranques y violentas frenadas. La segunda en ferrocarril, colgado del estribo de un atiborrado tren eternamente atrasado y, por último, apretujado en el asfixiante *subte* metropolitano, medio de transporte que ostenta la peculiaridad de desvirtuar el principio de impenetrabilidad de los cuerpos.

¿Andará bien este artefacto?

Esta misma esquina, en la que me encuentro ahora detenido, la crucé infinidad de veces en mi anterior vida como peatón. Hoy aguardo que el bendito semáforo, quizás el mismo, autorice el paso. Pero no estoy a pie, sino a horcadas de un matungo prestado.

Todos estábamos de acuerdo. Había que hacer algo para apoyar el reclamo, algo que llamara la atención. Desde Nahuel Huapi propusieron que, al mismo tiempo que nuestros delegados se reunieran con el presidente, un grupo fuera cabalgando hasta la Casa Rosada. ¡Era buena! Pero, ¿dónde conseguir las cabalgaduras? Y suponiendo que las consiguiéramos, tampoco sería fácil coordinar semejante movida, desperdigados como estamos por los cuatro puntos cardinales y teniendo en cuenta la deficiente comunicación que existe entre los parques y la sede central. Sin duda una tarea ciclópea.

Por ello me sorprendí cuando me avisaron que todo estaba arreglado, que había que estar en Buenos Aires el siete de octubre, para movilizarnos el nueve, justo el día del Guardaparque Nacional¹. Pero la sorpresa mayor fue saber que usaríamos, nada menos, que los fletes del Regimiento de Granaderos. Quedaba una semana para organizar el viaje, y pensando en ello, caí en la cuenta del baile en que me había metido ¡Cabalgar por la metrópoli porteña un día hábil, desde Palermo hasta el microcentro!

¡Una locura!

El zaino que me tocó en gracia está inquieto, pero es comprensible. Aunque el pobre animal es un *habitué* del cemento, un condenado a perpetuo asfalto, no es, evidentemente, inmune al batifondo que nos rodea. De tanto en tanto lo sacude un subcutáneo estremecimiento, un temblor que recorre su paleta como un impulso eléctrico. Afortunadamente ya pasamos lo peor.

Trece salimos, en columna de a dos, del Regimiento de Granaderos a Caballo; buenos jinetes y no tanto. Para mi desgracia estoy entre estos últimos, pero me consuela y nos iguala, que ninguno puede jactarse de acreditar experiencia en este tipo de travesía urbana.

La Avenida Libertador es nuestro bautismo de fuego. Una arteria donde los vehículos circulan a gran velocidad. Eso y el volumen de tráfico apabulla al más temerario. Los autos pasan *finito*, casi rozándonos, poniendo a prueba el temple de los montados. Mi mayor preocupación son los grandes colectivos, de sibilante andar y claxon estridente. Sería desastroso que un flete se encabritara y se largara a correr entre ellos. Pero se portan de maravilla. Tenía razón el sargento que nos despidió al salir del regimiento.

1 El 9 de octubre se festeja el día del Guardaparque Nacional, en conmemoración de la sanción de la Ley N° 12.103, que en 1934 creó la actual Administración de Parques Nacionales, las dos primeras áreas protegidas del sistema, los parques nacionales Iguazú y Nahuel Huapi, y el Cuerpo de Guardaparque Nacionales.

— *Vayan tranquilos, dijo, los pingos están acostumbrados al tránsito, han hecho muchas veces ese recorrido.*

A nuestro paso, no pocos transeúntes detienen su andar para observarnos. En su semblante hay una mezcla de asombro y curiosidad. No somos de la policía montada, tampoco parecemos militares, ¿Gendarmería? tal vez; el verde del atuendo es coincidente, pero la barba y el pelo largo no encajan.

Pensar que hasta hace poco era uno de ellos. Uno más, de riguroso saco y corbata, deambulando por las estrechas y encajonadas callejuelas del microcentro; o confundido en el piño humano que, al borde de la acera, aguarda la luminosa señal para cruzar en tropel. Un pulcro empleado bancario.

Mi jornada transcurría en ambiente climatizado, entre débitos y créditos, cheques y plazos fijos. Buen sueldo por siete horas diarias, cinco días por semana. Sin duda un empleo envidiable ¡Para hacer carrera! Pero no para mí.

Laborar sin vocación resultaba frustrante. A ello se sumaba el malestar que experimentaba en la gris y aciaga ciudad. A veces, en la oficina, cuando el crematístico frenesí menguaba, cuando el mostrador desierto autorizaba un respiro, me evadía. Me refugiaba en la acogedora frescura de un amanecer, en la paz agreste de un sendero enjoyado de rocío o en el arrullo del arcano colquio de las gallaretas entre el juncal. Solo así, en comunión con la naturaleza, lograba sentirme verdaderamente vivo.

Casi todos los mediodías, después de engullir rápidamente un *tente en pie* en algún boliche, invertía el tiempo restante de la hora de almuerzo, en reponer otro tipo de energía. Solía ir hasta la plaza, buscando un poco de verde, algo de sol. Me sentaba en un banco y contemplaba el devenir de aves y personas. Aves no había muchas. Algún Hornero de elegante andar y una que otra Calandria de velado plumaje citadino, atareados en la diaria búsqueda del vital sustento. Gente sí. Discurriendo sin prestar atención a las aves, absorta en otras cuestiones. Verdaderos extraños, con quienes sentía que poco o nada me unía.

Al igual que las aves de esta isla urbana era como un náufrago, confinado a sobrevivir en un lugar que no había elegido. Un mundo artificial de acero y cemento que, al igual que un maligno tumor, crece anárquicamente, infiltrándose y destruyendo su entorno. El progresivo deterioro del medio natural circundante es tan evidente, tan palpable, que solo al que mira sin ver, a la mirada indiferente del *nyc*² urbano, no resulta obvio.

Cuando era chico, con la llegada de la primavera, el barrio se poblaba de mariposas. Millares se adueñaban de veredas y calles, fluyendo por ellas en multicolor

2 *NyC*: Nacido y criado.

torrente alado. El bochornoso verano traía el asombro de los bichitos de luz, que semejando diminutas y erráticas estrellas fugaces, alegraban con sus destellos las noches de estío. Hoy ya no están ni unas ni otros. Todos han desaparecido, como desaparece el firmamento estrellado a causa de la desmedida iluminación artificial.

A menudo, casi siempre para ser más exacto, el saberme inmerso en el seno de esta sociedad mercantilista e insensible, incapaz de hacer concesiones en aras de lo natural, hace que reniegue de mi propia estirpe.

En el banco el único que estaba al corriente de todo esto era Manuel.

Lo veía poco, porque su puesto estaba en el tercer subsuelo, un depósito pobremente iluminado, aislado del resto. Debía ir allí periódicamente en busca de formularios, resmas de papel u otros insumos, y mientras él preparaba el pedido, hurgando entre pilas de impresos, conversábamos. Charla tras charla fuimos, a pesar de la diferencia de edad, congeniando. Era un sobreviviente. A lo largo de su carrera se había desempeñado en distintos sectores de la entidad, donde, como pude comprobar, aún era valorado y respetado por sus pares.

¿Cómo había terminado entonces encriptado en ese sucucho?

Él no tocaba el tema y nunca me atreví a preguntar, pero todo indicaba que estaba allí castigado. Ya veía yo, con mi escasa experiencia, que no bastaba ser un buen empleado, cumplidor y responsable para ser tenido en cuenta; había que ser competitivo, ambicioso, obsecuente...

Bajar a ese tétrico socavón terminó siendo un recreo. Si hasta me parece verlo, sonrisa amplia y bonachona, ojos mansos pero vivaces, enmarcados por el grueso borde de los anteojos, y la infaltable pipa. Además, esa costumbre tan particular como incomprensible en ese entonces para mí, de cerrar cada encuentro con el puño en alto.

En toda ocasión me alentaba a no claudicar, a seguir el instintivo deseo de buscar otro ámbito, otra forma de vida. Y sin saberlo, mucho contribuyó para que finalmente lo hiciera. Nunca le confesé, ¿cómo podría? que me atormentaba la idea de terminar como él.

Por fin el verde nos habilita. Atravesamos al tranco la ancha avenida. Un anacronismo. Trece jinetes cruzando ante una impaciente fila de modernos y rugientes vehículos.

Alrededor de la Casa Rosada hay mucho movimiento, policías uniformados y de civil, fotógrafos, reporteros. Varios agentes nos cierran el paso y, con enérgico ademán, indican que nos detengamos allí. Un compañero nos informa que el presidente Raúl Alfonsín está reunido con nuestros delegados.

Formamos en línea, frente al ala derecha de la casa de gobierno, dando la grupa al familiar edificio del Banco Nación. A la izquierda se extiende la depresión

del *bajo*; en primer plano la zona portuaria y más allá la Costanera Sur. A la diestra la Plaza de Mayo, mi antigua zona de descanso, hormigueante, como entonces.

Sin darnos cuenta se ha ido congregando en derredor un círculo de curiosos ¿Estará entre ellos alguno de mis antiguos colegas de oficina? Alguien se aproxima para preguntar que hacemos allí, le explico que estamos solicitando al ejecutivo la aprobación del Régimen de Carrera del Cuerpo de Guardaparques Nacionales.

Por más que busco entre los rostros no hallo a ningún conocido. Ha pasado mucho tiempo, pero confío en reconocerlo si allí estuviera. ¿Me reconocería él a mí? ¿Hallaría en este jinete de verde uniforme y sombrero pajizo indicios de aquel empleado bancario?

La orden de marchar me arranca de las cavilaciones. La reunión terminó, el presidente se comprometió a atender, personalmente, nuestro reclamo³.

Nos ponemos en movimiento. Lentamente, al compás metálico de los herrados cascos, bajamos la explanada. Los caballos se muestran voluntariosos, felices de volver a la querencia y la gente comienza a dispersarse, volviendo cada quien a lo suyo.

Una persona, por alguna razón, se destaca del resto, atrayendo mi atención. El hombre camina a la par nuestra, como acompañándonos, allende la calle. Su figura me resulta familiar, y la densa bocanada de humo que escapa de su boca y se eleva pesadamente, me estremece. ¿Será posible? Me pregunto y me responde el silencio. Quiero aproximarme, pero no puedo abandonar la formación. La distancia se ensancha, nos separa cada vez más, hasta que su individualidad termina desvaneciéndose entre la multitud.

El caballo se maneja solo, avanza a pesar de mí. De pronto se detiene y compruebo que, nuevamente enrojecido, un viejo conocido nos niega el paso. La obligada pausa me da otra oportunidad. Lo busco afanosamente entre el gentío, saltando de uno a otro, de aquel a este, pero la mole de un colectivo se interpone. A través de sus ventanillas, que se suceden una tras otra, cuadro a cuadro, como una gastada cinta cinematográfica, me parece ver al hombre con su brazo extendido y el puño cerrado. Más cuando la masa rugiente pasa, mis ansiosas retinas enfocan el vacío, un desierto atestado de desconocidos.

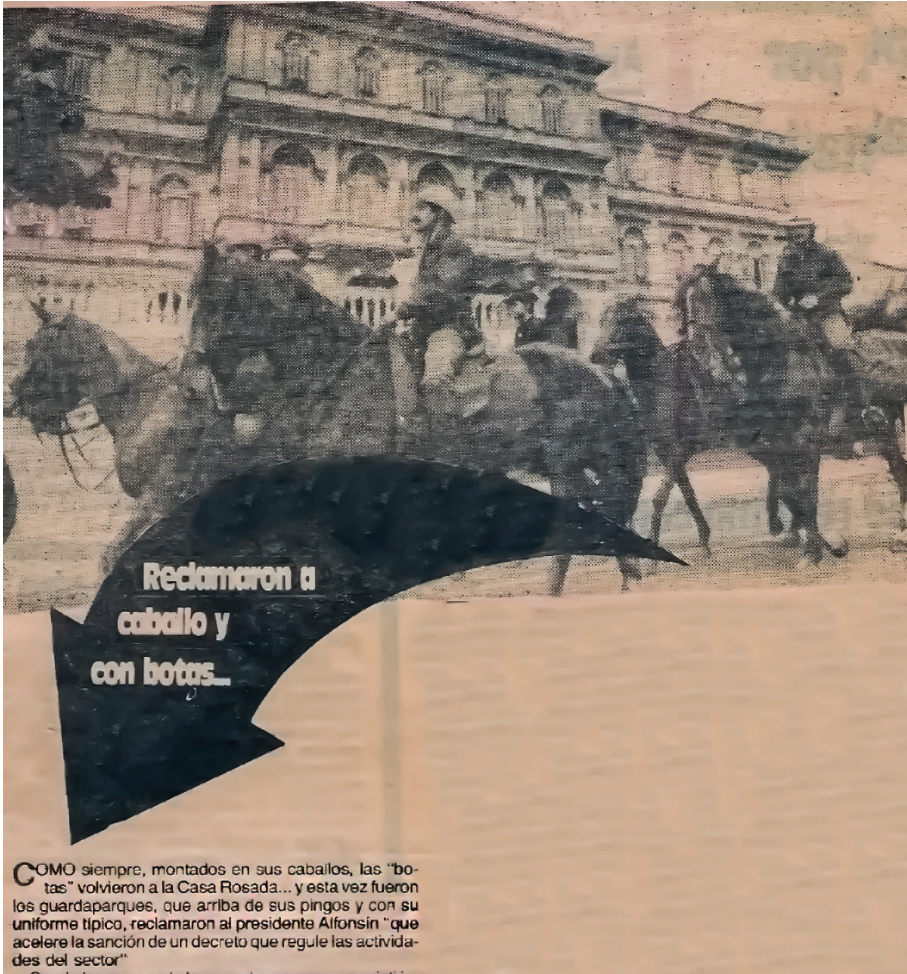
El zaino tira nuevamente hacia adelante, y mientras cruzamos la avenida continúo buscándolo entre el dinámico flujo y reflujo de personas que, como autómatas, se entrecruzan y esquivan en la vereda.

3 El 3 de septiembre de 1987, el presidente de la Nación Dr. Raúl Alfonsín, firmó el Decreto N° 1455/87 reglamentario de la Ley N° 22.351, aprobando el Reglamento del Cuerpo de Guardaparques Nacionales.

EL GUARDAPARQUE

Inmersos en otro torrente, el del caótico tránsito capitalino, nos vemos arrastrados por su inercia. Lejos ya de toda esperanza, me cuestiono si en verdad estuvo allí. Si realmente era él o simplemente he sido yo quien lo ha convocado.

Yo y mi necesidad de que supiera... de poder agradecerle... de querer saldar una vieja deuda.



Diario Clarín, 10 de octubre de 1986.

En primer plano Daniel Vega, detrás el autor y de fondo la Casa Rosada.



Atracción letal

Desde el último asiento observo al resto de los pasajeros. Pocos son turistas, la mayoría de las personas trabajan aquí, como yo; empleados del bar, del comedor, de la empresa que hace la navegación con gomones, fotógrafos.

Hoy día me toca estar en la zona de Garganta del Diablo, y voy hacia allí en el “Transporte Cataratas”, empresa de ómnibus que presta servicio entre el parque y Puerto Iguazú. Hace un tiempo que contamos con escasa movilidad propia. De los automotores afectados al área solo una camioneta está en condiciones, y se la reserva para tareas de control y vigilancia.

Aquí, como en los otros circuitos que recorren los saltos, no es imprescindible contar con vehículo. Lo primordial es atender los requerimientos de los visitantes y velar por su seguridad, aunque también, como en todo el parque, debemos fiscalizar que se respete la normativa vigente, y más aún en esta época del año en que arriban los dorados. Este pez, como todo salmónido, remonta los ríos donde vive para alcanzar sus nacientes y reproducirse. Los cardúmenes que ascienden por el Iguazú encuentran en las cataratas un escollo insalvable, un abrupto desnivel que detiene su peregrinación y los obliga a concentrarse al pie de los saltos. Esto atrae a los pescadores furtivos, quienes, aprovechando el aglomeramiento, los capturan fácilmente utilizando *robadores*, un garfio triple de afiladas puntas atado al extremo de una soga, que es arrojado al agua y recogido velozmente, ensartando a los ejemplares que encuentra a su paso.

Llegamos a Puerto Canoas. Desciendo del colectivo, cruzo el estacionamiento e ingreso a la pasarela. Luego de caminar unos cientos de metros me detengo para observar la costa. La recorro con los binoculares buscando indicios de actividad humana. Este tramo superior del río, aguas arriba de las cataratas, posee una fauna ictícola diferente del curso inferior. No llegan aquí los dorados, ni tampoco otras especies típicas de la cuenca paranaense, como el surubí o el pacú, pero igualmente hay pesca furtiva, siendo la especie más buscada un tipo de bagre llamado localmente *moncholo*.

Sin detectar signos de furtivismo abandono el monitoreo de la ribera y continuó atravesando el río, rumbo a la vaporosa columna que marca el final del recorrido, donde el sol, al inmiscuirse entre el sin fin de acuosas partículas que pueblan el aire, pinta retazos de arco iris.

En los dos balcones en que remata la pasarela, pocos visitantes gozan de la majestuosa vista. Al igual que ellos, a pesar de ser asiduo concurrente, contemplo extasiado el cautivante espectáculo, como si fuera la primera vez. La inercia del agua hace que me resulte imposible apartar los ojos de su turbulento derrotero, que incansablemente se precipita hacia el abismo. Tras una caída libre de setenta metros surge allá abajo, entre la niebla que oculta el fondo, el Iguazú inferior. De angosto curso y enmarcado por verticales paredones, corre al encuentro del Paraná.

Al igual que en el superior, reviso sus márgenes con ayuda de los prismáticos, sin hallar tampoco aquí indicios de pescadores.

Entre la bruma que asciende del endiabrado caldero, cual enjambre de insectos, acrobáticamente maniobran cientos de Vencejos de Cascada. Cada tanto, como acatando una trágica orden, algunos de ellos se lanzan en picada contra la acuosa cortina, perdiéndose en el torrente.

Un turista, imaginando que las aves son arrastradas por la caída de agua, pregunta.

— *¿Qué hacen esos pájaros? ¿se suicidan?*

Ciertamente su conclusión es lo que parece ser, creemos percibir que se estrellan contra la cascada, pero en realidad no es así. Su habilidad voladora aunada a una excelente visión, les permite distinguir intersticios invisibles para nosotros, e introducirse por ellos para acceder a la pared rocosa del acantilado. Ese lugar, inaccesible para sus enemigos naturales, les brinda seguridad y cobijo para construir nidos y criar pichones. Es contrariamente a lo que piensa el turista, un sitio de procreación y no de muerte premeditada.

Viene a mi mente, con relación a esto, la imagen del varamiento de ballenas piloto, especie que, en las costas patagónicas de nuestro país, suele salir del mar y morir sobre la playa. No se sabe, con certeza, por qué lo hacen, a qué obedece tal comportamiento. Como otros cetáceos, las ballenas piloto se desplazan mediante la emisión de ondas sonoras, pero la ecolocalización puede verse alterada por diversos factores, naturales y antrópicos. La hipótesis más aceptada es que, como la manada responde a un líder, si éste se desorienta y se dirige hacia la costa el resto lo sigue, siendo conducido a una trampa mortal.

Creemos que los otros animales, con quienes compartimos el planeta, no tienen conciencia de sí mismos. Un pájaro que pelea contra su propia imagen

reflejada en el vidrio de una ventana, nos lleva a pensar eso. Ahora bien, si no son capaces de reconocerse como individuos, ¿podrían planear poner fin a su vida?

A los otros animales no les sobra tiempo, como a nosotros, para pensar en suicidarse. Cada minuto de cada día lo invierten en vivir. En obtener alimento, defender su territorio, procrear y evitar ser predados. Nacer y morir es parte de la cotidianeidad, etapas de un todo que es la vida.

Creo que el suicidio no existe en la vida silvestre, que es inherente al ser humano. Y aquí he podido comprobarlo.

La tarde de aquella víspera de navidad, había transcurrido sin sobresaltos. Al desaparecer los últimos visitantes dimos por concluida la jornada laboral, cerramos el centro de informes y Fredi y Miguel se retiraron a descansar, cada uno a su departamento. Tras haber vivido un año en Mboca-í, y pagar así el *derecho de piso*, comparto ahora con ellos la residencia de solteros del viejo hotel.

Sin ganas de *siestear* decido quedarme en la galería, aguardando que se haga la hora de ir a casa de Mauricio, donde nos reuniremos para celebrar la Noche Buena. Sentado en un peldaño de la escalera, acompasado por la voz del río, contemplo los algodanosos cumulonimbos que desfilan contrastando con el azul cielo.

La placidez del atardecer es quebrada por el retumbo de un puño contra el cristal. Alguien está golpeando la puerta de la oficina. Me dirijo hacia allí para ver qué sucede, y al acercarme un hombre viene a mi encuentro. No logro entender lo que dice, no solo porque habla en portugués, sino porque está muy exaltado. Tras varios intentos fallidos de comprender que le sucede, opto por buscar ayuda.

Ninguno de mis compañeros habla bien el portugués, pero si *portuñol*, el dialecto de la zona fronteriza. Tras un breve y enrevesado diálogo, del que poco alcanzo a comprender, y mientras seguimos al sujeto, me entero que se trata de un taxista de Foz de Iguazú. Acaba de dejar a su pasajero, otro brasileño, en Puerto Canoas, quien al bajar del taxi y junto al dinero del viaje, le dejó una carta. La sorpresa le impidió reaccionar, y cuando lo hizo ya era demasiado tarde, el muchacho se había alejado rumbo a Garganta del Diablo.

Llegados al puerto, el chofer prefiere quedarse en el estacionamiento. Nos internamos en la pasarela y, tras recorrer a la carrera los más de mil metros que nos separan del salto, accedemos a los balcones. Ingreso en el derecho mientras Fredi hace lo propio en el izquierdo. No hay nadie aquí, pero bajo el barandal veo un atado de ropa, prolijamente doblado sobre el piso de cemento,

junto a un par de zapatillas. Hago señas a mi compañero y, abrumado por el hallazgo, miro el insondable abismo. Fredi, más experimentado y por tanto más sereno que yo, revisa cada prenda, hallando en un bolsillo del pantalón el documento de su dueño. Se trata de un hombre joven, guía de turismo del vecino país.

No es la primera persona para quien la atracción de las cataratas resultó fatal. Sé que ha habido otros suicidios en este lugar, más ello no mitiga el malestar que me embarga.

¿Por qué querría alguien quitarse la vida? Me pregunto sin dejar de observar la rugiente garganta, cuyo tibio y ascendente aliento empapa mi rostro.

Un enérgico palmeo sacude mi hombro y al darme vuelta veo a Fredi, señalando con su otra mano hacia el río. Sobre el agua, a centímetros del precipicio, está la persona sentada sobre una piedra. Su aparición me deja alhelado.

Sin duda nos ha visto, pero se hace el desentendido, no responde a las señas ni a los gritos con que tratamos de llamar su atención. Inesperadamente, Fredi traspone la baranda e intenta aproximarse, pero al ingresar al agua trastabilla. Si bien el cauce no es profundo, su lecho es muy irregular, lo cual, sumado a la turbulencia y la inmediatez del acantilado, hacen que atravesarlo sea una tarea riesgosa.

En el apuro olvidamos traer los elementos de rescate. Buscando desesperadamente algo que pueda sernos de utilidad, descubro el mástil donde diariamente ondea la enseña patria. Con la driza atada a la cintura, mi colega se adentra en el río. Buscando apoyo en las rocas emergentes y evitando así los canales profundos, poco a poco va acortando distancia. Ensondecido por el bramido del torrente, imagino que está llamando al sujeto, y por sus ademanes, creo entender que es correspondido.

La tarde se escurre hacia el poniente y la soga se tensa, ya no queda resto. Iluminada por la última claridad del ocaso, la humana silueta se yergue al borde del precipicio. Quedo sin aliento presintiendo lo peor, más tras un instante que parece eterno, abandona el rocoso pedestal para dirigirse hacia el brazo extendido que lo reclama.

Durante el trayecto hacia el estacionamiento el joven parece calmado, aunque no sé realmente si presta atención a las palabras de mi compañero. Lingüísticamente imposibilitado de intervenir, los sigo en silencio.

El taxista nos recibe alborozado, abraza a su recuperado pasajero y, como quitándose un enorme peso, le devuelve la carta.

No sé cuánto tiempo permanecemos allí, sumidos en la oscuridad, charlando ellos, escuchando yo, entendiendo palabras aisladas que luego en boca de

Fredi, quien a ratos traduce, cobran sentido. Finalmente subimos al vehículo y, tras descender nosotros frente al centro de informes, los dos brasileños continúan rumbo a su país.

El rescate fue tema central durante la cena. Especialmente la actitud de Fredi quien, sin medir peligro, puso en riesgo su vida para lograr que el joven desistiera. La suerte estuvo también de nuestro lado, por el hecho de que no me acostara, y de esa forma pudiera ser hallado por el taxista.

Más un invitado de Mauricio, a quien no conocemos, toma la palabra haciendo hincapié en la intervención divina. Para él, nada de lo ocurrido fue azaroso, sino producto del accionar de un ángel guardián. Se explayó sobre el tema y, si bien no todos compartimos su forma de pensar, nadie lo contradijo. Fuera como fuera, lo importante es que una muerte fue evitada.

Pasada la navidad, las primeras luces del día 26 me encuentran caminando rumbo a mi puesto de trabajo. Acompañado por la matinal algarabía silvestre llego al portal de ingreso, donde está Emilio “cebollita” Aranda. El calvo cobrador de turno me recibe con un mate, y con la novedad de que ha ingresado, hacía Puerto Canoas, el móvil de bomberos. Al preguntarle cuál es el motivo, me responde asombrado.

— - *¿No te enteraste?, ayer tarde se tiró un brasileño por la garganta. Un pibe joven, dicen que era guía de turismo.*

A medida que relato a Emilio lo sucedido la tarde del 24, me invade una sensación de culpa. Mi mente recrea su figura, erguida al borde del precipicio, y me estremece imaginarlo arrojándose al abismo.

¿Qué lo llevó a tomar esa decisión? ¿Qué puede ser tan intolerable para no poder enfrentarlo? ¿Una desilusión amorosa, una enfermedad terminal? Sin duda algo que arrasa con las ganas de vivir y transforma entusiasmo en sufrimiento.

Evidentemente no hicimos lo necesario para que esta persona recapacitara. Creímos haberlo logrado, pero nuestra intervención no sirvió para que renuncie a su intención, sino solo para demorarla. Fallamos, como falló también su ángel custodio. ¿O será que el querube claudicó ante la perseverancia?

Nuestra historia, la humana, esta jalonada por acontecimientos que denuncian su ausencia. Es un muestrario donde se revela que, por mucho que se esfuercen los ángeles guardianes, no siempre es posible llegar a tiempo para salvarnos de nosotros mismos.

EL GUARDAPARQUE



Intendencia del PN Iguazú, año 1986.

De camisa amarilla Cacho, guía de turismo. Uniformados de izquierda a derecha, Pedro Moreyra, Sergio Larosa, Daniel Vega, Sergio Bikauskas, Aníbal Arce, el autor, Ricardo Bignotti, Arnaldo Dalmasso, Angel "Fredí" Wutrich, Miguel Castelino, Santiago Belliti, "Poilo" Miranda y Antonio Temporetti con su hijo.



Verdadera o falsa

¡Informes, informes para portada!

La voz resuena áspera y vibrante en la radio VHF del Centro de Informes. Descuelgo el micrófono y respondo.

— *Adelante portada, aquí Guardaparque Saibene.*

— *Hola Carlos, me llamaron de la Planta Educativa. Apareció una coral en la zona de cabañas; voy para allí.*

— *Bueno Fabricio, avisa si necesitas ayuda. Igual en cuanto pueda me arrimo.*

Tres egresados de la promoción XVI fueron destinados a Iguazú. De ellos, Fabricio es con quien tengo más afinidad. Nadie lo puso bajo mi ala, pero, como hicieron Miguel y Fredi conmigo, tácita y unilateralmente asumí el compromiso de acompañarlo en sus primeros pasos.

La portada de acceso, donde se cobra el ingreso al área cataratas, está a pocas cuerdas de la Planta Educativa, por lo tanto, él puede ir caminando. Desde aquí es conveniente solicitar un móvil para llegar hasta allí, ya que el Centro de Informes dista varios kilómetros del lugar.

Que aparezca una coral no es de extrañar, considerando que el albergue está rodeado de selva, más no por ello el hecho deja de revestir gravedad. Quien visita un Parque Nacional debe saber que se expone a situaciones de riesgo, inherentes al ámbito silvestre, que por ser fenómenos naturales resultan impredecibles. Sin perjuicio de ello, se hace todo lo posible por prevenir y, llegado el caso, para mitigar los efectos.

De todas las serpientes venenosas que habitan el área, la coral puede considerarse la menos peligrosa. Si bien la potencia de su veneno neurotóxico es temible, no es un animal que se caracterice por ser agresivo y el llamativo colorido la hace por otra parte muy detectable. Además, su boca pequeña y el ser

proteroglifa, es decir que los colmillos con que inyecta veneno son acanalados y por ende menos eficientes que los huecos de yararás y cascabel, hacen que la probabilidad de morder e inocular a un ser humano sea baja. Por lo menos la estadística así lo demuestra, siendo raros los accidentes, uno en mil aproximadamente, comparados con los ocasionados por las otras serpientes.

Los guardaparques estamos preparados para atender este tipo de situaciones, tenemos nociones de primeros auxilios y manipuleo de animales ponzoñosos. Además, cuando la serpiente capturada es una yarará o cascabel, podemos hacerla llegar al Instituto Malbrán, de Buenos Aires, quien nos provee de suero antiofídico liofilizado, esencial para los patrullajes, dado que no requiere ser conservado en frío.

La Planta Educativa “El Yaguareté” es un complejo que, si bien está en jurisdicción de Parques, es manejada por el Ministerio de Educación. Recibe contingentes de alumnos de todo el país, de nivel secundario y profesorados de educación física; rara vez de escuelas primarias. Para nosotros es una excelente oportunidad pues nos permite interactuar con los jóvenes estudiantes y transmitirles la importancia de proteger y conservar nuestro patrimonio natural. Cuando llega un grupo le ofrecemos la posibilidad de realizar actividades, las cuales no son obligatorias. De acuerdo a las características y tiempo de permanencia hay diferentes opciones, pero comúnmente proponemos un *paquete* que incluye: recorrida por el sendero “Macuco”, caminata nocturna a Garganta del Diablo, visita a los circuitos de Cataratas y charla sobre fauna, flora y conservación, ilustrada con diapositivas.

Esta última actividad estaba a cargo de Mauricio Rumboll, a quien solía acompañar y asistir, especialmente en la proyección de las fotos; por ello, al ser él trasladado a Salta, me la delegó. En la proyección se comienza mostrando algunas de las especies animales y vegetales que habitan la selva, comentando costumbres y adaptaciones. Luego se van tratando los principales problemas de conservación que las afectan y, finalmente, se reflexiona sobre ellos, poniendo énfasis en la responsabilidad del hombre, como causante y posible mitigador de los mismos.

Esencialmente sigo el mismo esquema utilizado por Mauricio, habiendo agregado algunas fotos y cuadros estadísticos, extraídos de la *Estrategia Mundial para la Conservación*¹. De la cual también adopté un párrafo como cierre, porque es muy claro y conciso: *“Hay dos características que distinguen a nuestra era. Una es la capacidad casi ilimitada para construir y crear; con su contraparte de poderes de igual magnitud para destruir y aniquilar. El impacto destructor combinado de la mayoría de pobres que luchan por subsistir, y de la minoría rica que consume y derrocha la mayor parte de los recursos del globo, está socavando los medios que permitirán a todos los pueblos sobrevivir y florecer. Los seres humanos, en su bús-*

1 Estrategia Mundial para la Conservación, UICN, PNUMA, WWF. 1980.

queda del desarrollo económico y del goce de las riquezas naturales, deberán hacer frente a la realidad de lo limitado que son los recursos naturales y la capacidad de los ecosistemas, y deberán tener en cuenta las necesidades de las generaciones futuras.”

Este párrafo contundente, que recito de memoria mientras proyecto la foto de un bebé durmiendo en su cuna, cala hondo en la sensibilidad del auditorio.

Transcurrida media hora sin recibir noticias, tomo el micrófono y llamo nuevamente a Fabricio, quien responde rápidamente.

— *Está todo en orden Carlos, era una falsa coral, te espero aquí así te la llevas.*

Por fin consigo una camioneta y mientras me dirijo hacia allá recreo en mi mente la escena, el valiente y arriesgado guardaparque salvando a las niñas del colegio “Nuestra Señora del Huerto”, de una monstruosa y temible serpiente. ¡Que resultó ser una culebra!

Ayer, casualmente, le dimos a este grupo la charla sobre conservación, durante la cual, el ahora heroico salvador, colaboró manejando el proyector. En ella, al hablar de la evolución y las adaptaciones, el caso de la falsa coral justamente es tomado como ejemplo. Su parecido con la verdadera es un atributo que le sirve para evitar el ataque de predadores, los cuales desisten al confundirla con la serpiente venenosa. Mostramos fotos de ambas, verdadera y falsa, y señalamos las diferencias. Básicamente las verdaderas poseen anillos negros impares entre los anillos rojos, uno o tres según la especie de que se trate. En la falsa los anillos negros son pares.

Santiago, al volante de la *chata*, mira intrigado mi sonriente semblante. Durante el trayecto le cuento lo sucedido y, al llegar al “*Yaguareté*”, hallamos a Fabricio bajo la sombra de un timbó, rodeado de alumnas y profesoras. A su lado veo el tacho, donde encerró la serpiente, y junto a él un lazo corredizo, artefacto casero consistente en un caño con un cable que corre en su interior, que utilizamos para atrapar y sujetar a las víboras.

Sin perturbar su alocución me aproximo y levanto la tapa del balde, en cuyo fondo veo una hermosa coral, pero de las verdaderas...

El encargado de la planta se acerca a saludarnos, mientras el auditorio retiene el aliento ante el relato de Fabricio. Está contando un encuentro con furtivos sucedido hace pocas semanas. Fue una noche lluviosa en que, volviendo al parque desde Puerto Iguazú con su novia, halló al llegar al cruce con el acceso al área cataratas a dos personas cargando cogollos de palmito. Sin uniforme ni armamento, y sin dudarle, los encandiló con las luces altas del vehículo y, aprovechando la semioscuridad reinante, bajó sujetando un paraguas a la altura de la cintura, cual si se tratara de una escopeta. Mientras, Patricia, haciéndose oír, simulaba hablar por radio con un ficticio refuerzo que estaba llegando al lugar.

EL GUARDAPARQUE

Conozco la historia, pero igual me quedo escuchándola, porque, a pesar de parecerme una locura, que pudo haber salido mal, ¡salió bien! Como ha sucedido en otras tantas situaciones, donde empeño y dedicación primaron sobre la razón, encubriendo el peligro.

Sin ir más lejos, Santiago, aquí a mi lado, fue quien junto con Antonio y ante un asombrado grupo de bomberos, descendió en rapel el escabroso acantilado de Garganta del Diablo, para recuperar el cuerpo de aquel suicida navideño.

Tampoco asumo lo que hacemos como una mera obligación laboral. Las tareas que realizo las disfruto, tanto que podría hacerlas sin que mediara pago alguno. Pero es necesaria la compensación económica dado que, si tuviera que desempeñar otro oficio para mantenerme, no dispondría del tiempo que requiere y dedico a la conservación.

Me considero afortunado por haber tenido la posibilidad de elegir, de adoptar esta forma de vida que me permite canalizar mi pasión por la naturaleza. Y si bien amo esta profesión, soy consciente de que ningún idilio implica un estado emocional permanente.

Por ello a veces caigo y me arrastro en el lodazal de nuestra humana cotidianeidad, hasta que el contacto con la vida silvestre renueva mi energía, otorgándome alas para volver a despegar.



En "El Yaguareté" junto a Santiago a mi izquierda y Miguel a la derecha, coordinando actividades con profesores del Instituto de Educación Física de Mar del Plata.



Yasiyateré

No es conveniente hablar, pero tampoco hace falta; nos entendemos por señas y hasta con la mirada.

Transitamos cada cual por una selvática banquina, separados por el rojo tajo de la ruta Nacional 101, bordeando las cañas tacuarembó que, cual costra cicatrizante, cubren los laterales de esta antrópica herida.

Su entramado de tallos y hojas es una barrera vegetal, que dificulta el libre acceso hacia el interior de la selva, al mismo tiempo que protege el suelo, permitiendo que la lesión restañe. Para atravesar esta valla los animales abren *carriles*, vías de acceso que, irónicamente, suelen ser aprovechadas también por quienes los persiguen para matarlos. Por ello, periódicamente, recorreremos rutas y caminos, buscando indicios del ingreso de cazadores.

Una delgada pluma amarronada con punta blanca, que pende del cañaveral, despierta mi curiosidad. Al aproximarme y tomarla descubro, debajo de ella, la entrada de un *carril*, y mientras lo examino buscando indicios de huellas o cortes de machete, resuena el llamado de un Yasiyateré Chico. Quizás sea el dueño de la pluma. No es una especie rara, la he escuchado muchas veces, más nunca he podido verla, pues vive oculta en la espesura. Debido a este comportamiento críptico y a su voz, que semeja un silbo humano, se ha ganado un lugar en la mitología guaraníca.

Se lo describe como un duende con aspecto de niño, que deambula por la selva provisto de un bastón de oro y un silbato. Se dice que suele merodear a la hora de la siesta, atrayendo a los *gurises* para jugar con ellos y, tras entreteñerlos un tiempo con frutas y miel, finalmente liberarlos. El halo de misterio y superstición que rodea a este personaje, lo convierte en un eficaz protector de la selva, ya que intimida a muchas personas cuya intención es causar daño, quienes al escucharlo desisten de invadir sus dominios.

Hurgando entre el mantillo vegetal que cubre el suelo veo huellas de pezuñas, que se adentran en la fronda y, de soslayo, percibo algo que se mueve en

el claroscuro interior. Apartando cuidadosamente un tallo tras otro, me introduzco en la espesura hasta que, a pocos metros, lo descubro. Semidesnudo, de piel curtida y sombrero de paja, escudriña el suelo encorvado sobre un dorado bastón. Su juvenil rostro parece ensombrecido, afligido por un inmenso dolor o sumido en profunda preocupación. Levanta la cabeza e, instintivamente, me agacho ¿Me habrá visto? Aguardo un instante, oculto por la maraña del sotobosque, y al volver a mirar ya no lo encuentro.

El peso de la mano en la espalda me provoca tremendo susto, dejándome casi sin aliento.

— *¿Qué pasa que no seguís?* exclama Daniel.

Aliviado, lo observo por sobre el hombro. No sé qué decir, no hallo respuesta, solo atino a mostrarle la pluma que aún tengo en la mano. Sin prestarle atención sonrío y, por inercia, pregunta.

— *¿De qué pájaro es? ¿Lo pudiste ver?*

— *Apenas*, respondo.

Lleva menos tiempo que yo en Iguazú, pero más en Parques. Es una buena persona, con quien he desarrollado una estrecha amistad. Lo aprecio y sé que puedo confiar en él, pero ¿cómo explicar lo inexplicable?

Salgo del entuerto enseñándole el *carril*.

— *Estaba revisando esta senda, parece que algo ha entrado.*

Lo cual es cierto. Las hojas de los helechos, inclinadas hacia el interior, delatan el paso de un cuerpo que las ha arrastrado en esa dirección. Puede ser un animal, probablemente alguna corzuela o una piara de pecaríes, por las pezuñas marcadas en el suelo, pero hay que asegurarse.

Agazapados, atravesamos el tacuarembosal. Una vez dentro de la floresta y nuevamente erguidos, avanzamos unos metros sin toparnos con las habituales y molestas telarañas. Detesto llevármelas por delante, más aún si es de noche, porque sentir las pegarse a mi rostro me hace imaginar cientos de arañas corriendo sobre mí. Pero su ausencia a nuestra altura significa solo una cosa, el que ingresó es un animal muy alto. Además, como los arácnidos dependen de la telaraña para obtener su alimento, al romperse ésta suelen reconstruirla con rapidez, en pocas horas, lo cual indica que quien pasó lo hizo hace poco. Más adelante, una huella de calzado estampada en el barro, confirma las sospechas.

Deliberamos si continuar o solicitar refuerzos. Esto último es lo más prudente, pero podría hacernos perder la oportunidad de apresarlos. Decidimos continuar.

Imitando a Daniel, desenfundó el arma reglamentaria, verifico que cargador y seguro están en orden y, como para convencerme, vuelvo a mirar la pisada.

¿Los duendes no dejan huella?

Debe ser. Porque no hay rastro de sus pies desnudos junto a la del calzado. Y sin embargo es aquí donde lo vi, apoyado sobre el bastón observando la pisada del cazador, preocupado por la suerte de sus selváticos amigos.

Callados, con felina sigiliosidad, avanzamos a paso lento, oteando alternativamente suelo y dosel. Debemos evitar que la quejosa hojarasca nos delate, y a su vez buscar en lo alto el *sobrado*, el sitio donde debe estar apostado el furtivo. Cada tanto nos detenemos y prestamos oído a los sonidos.

Me cuesta concentrarme. Su imagen me persigue, lo presiento observándonos... Más debo estar atento, no puedo distraerme y poner en riesgo la vida de Daniel por mi ineptitud.

Siguiendo la picada llegamos a un *barrero*¹. Del pantanoso suelo sobresalen varios tocones, restos de árboles jóvenes que han sido cortados a machetazos, claro indicio de que el *sobrado* está cerca. Verlo encaramado entre el follaje y estallar a mi lado el grito de Daniel, sucede todo al mismo tiempo.

— ¡Alto, guardaparques! ¡Suelta el arma, tirela al suelo!

Sorprendido, el sujeto titubea unos segundos, pero finalmente obedece.

Sin dejar de apuntarle nos acercamos, recojo el rifle y, mientras baja del improvisado andamio, el crujir de ramas atropelladas nos advierte de la existencia de alguien más.

— ¿Estás con alguien? lo increpa Daniel. El tipo asiente con la cabeza. Lo registramos y, tras quitarle un arma corta y un cuchillo, seguimos por la picada hasta hallar otro *sobrado*, ya vacío.

A pesar de escaparse un cazador la jornada fue exitosa. No solo por la captura, sino por haber llegado a tiempo y evitar la matanza.

Como los elementos de caza secuestrados, tanto rifle como revólver, entran por su calibre en la categoría de arma de guerra, debemos dar intervención a Gendarmería Nacional.

1 Barrero: Tierra salitrosa, encharcada o pantanosa, asociada generalmente a las nacientes de cursos de agua, lugar buscado por los animales para lamer el salitre.

EL GUARDAPARQUE

Terminado el papeleo con los gendarmes, regresamos al lugar para dismantelar los *sobrados*. Estos rústicos mangrullos de troncos y lianas, son armados sobre dos árboles rectos y paralelos. Desde su altura y a escasos metros del cebadero, los furtivos acechan a sus víctimas, disparándoles a quemarropa. A veces aprovechan la fructificación de alguna planta como cebo natural, pero lo más frecuente es que coloquen sal, como en este caso, dado que atrae a todo tipo de animales.

La tarde se bate en retirada, pronto la noche reclamará la escena para sí bajando su oscuro telón sobre las ramas y lianas que fueron cortadas para armar los elevados cadalsos. Un daño lamentable, pero que afortunadamente la naturaleza se encargará de remediar.

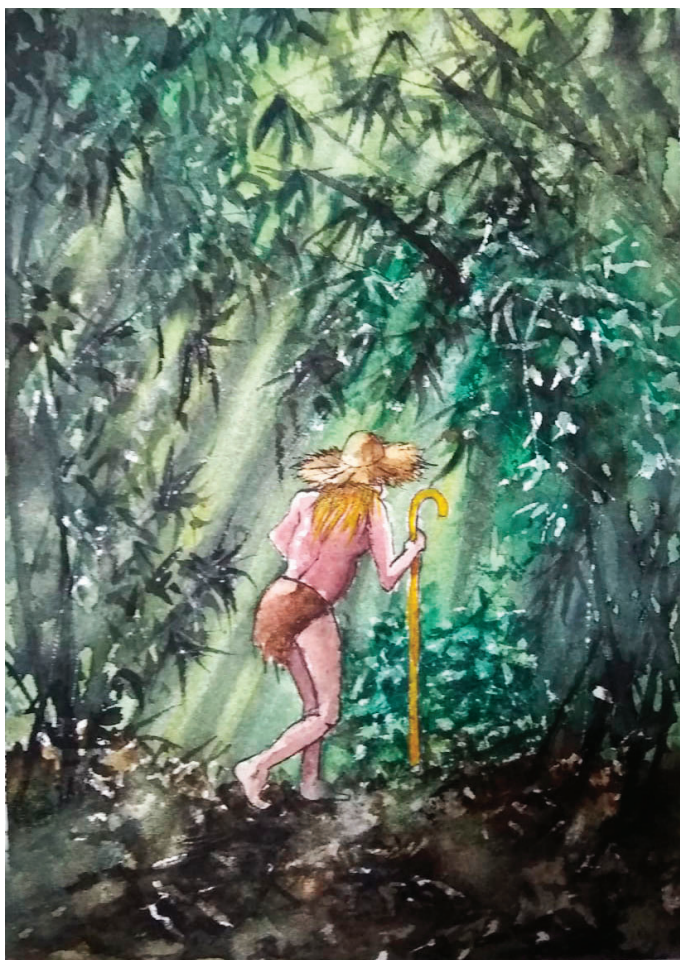
Cansados pero satisfechos, desandamos por última vez la picada, que ya tiene nombre propio, “la pluma”.

Desde la profundidad del sotobosque, colmando el atardecer misionero, surge la onomatopéyica vos del Yasiyateré Chico.

Podemos descansar tranquilos.

El guardián de la selva mantiene su vigilia.

YASIYATERÉ



"Yasiyateré". Ilustración de Eduardo Saibene.



Algo personal

La luz nos precede. Como un ariete etéreo y amarillento horada el manto nocturno, creando una brecha angosta y efímera por la cual discurrimos. De ambos lados desfilan, a nuestro paso, fugaces retazos del entorno forestal.

Pasado el puente del arroyo Santo Domingo disminuimos la velocidad y, lentamente, escudriñando cada banquina, buscamos un lugar donde poder salir de la trocha y dejar oculta la camioneta. Los faros de la vieja *chata* no ayudan demasiado, pero alcanzan para descubrir una “espinas de pescado”, hecha por los viales para desagüe pluvial, que nos brinda el espacio necesario.

Escondemos lo mejor posible la “F100”. Controlamos las armas, la frecuencia y el volumen de la radio y, aunque es noche cerrada, me cuelgo los binoculares, para cuando amanezca.

Ciertamente abrigo pocas esperanzas de que la patrulla rinda los frutos esperados. Hace meses que andamos tras los *palmiteros*, siempre a la grupa, descubrimos los sitios de corte cuando ya han cortado. Ni el control de ruta sorpresivo ha dado resultado. En más de una ocasión encontramos vehículos llevando palmitos, pero todos con guía de transporte, la cual, si bien no garantiza la procedencia de la carga, nos impide actuar. Las guías de extracción son extendidas por la Dirección Provincial de Bosques, para explotaciones privadas ubicadas fuera del Parque, siendo sus propios inspectores quienes pueden y deben controlarlas. Pero como los controles son casi inexistentes, una guía no fiscalizada puede volver a ser utilizada para “blanquear” palmitos obtenidos de forma clandestina. Hecha la ley, hecha la trampa...

La única solución es agarrarlos con las manos en la masa. Y estamos poniendo todo el esfuerzo en ello, más allá del compromiso laboral, porque nos subleva el daño que provocan y la impunidad con que se mueven. Para colmo son muy astutos. Al ingresar al monte se cuidan de no dejar ningún indicio

que pueda ser visto desde la ruta. Se adentran sin romper nada, abriéndose paso con las manos, y una vez dentro, recién allí cortan los arbustos del sotobosque para formar un claro, donde irán acumulando los cogollos. Llegado el momento de sacar el botín abren la salida de la picada hasta la ruta. Por eso, en las recorridas de rutina, no detectamos nada hasta que ya es tarde.

Entrar a un sitio de corte es enfrentar un panorama desolador. Hace un nudo en la garganta ver cientos de palmas abatidas, decapitadas. En el suelo queda, por un lado, el otrora enhiesto estípite, por otro la cabellera y en el medio, donde estaba el cogollo, el vacío. Para tumbar un palmito solo hacen falta un par de machetazos, y otro tanto para separar el segmento comestible, que no es otra cosa que la yema de crecimiento de la planta. Un machetero experto despacha varias decenas en una jornada. Centenares, que a pesar de quedar sus raíces aferradas al rojo sustrato, no podrán volver a la vida porque, como toda palmera, solo posee un único brote ubicado en el ápice del tronco, del cual ha sido despojada.

Además, este esbelto vegetal, que alcanza los doce metros de altura, no prospera en cualquier parte de la selva. Solo lo hace en determinados sectores bajo el dosel arbóreo, el techo forestal, formado por las copas de los árboles más altos, a cuyo amparo se generan las condiciones de temperatura, luz y humedad que requiere para crecer y desarrollarse.

Caminando, acompañamos la suave pendiente hasta la hondonada, luego de la cual, en la siguiente loma, comienza la zona más densa del bosque de palmitos.

Nada se ve y poco se escucha. El cuchicheo de ignotos insectos, un lejano coro de ranitas del zarzal derramando su acuosa melodía y nuestros propios pasos sobre la arcilla. Al contrario de lo que se puede imaginar o muestran series y películas, la floresta suele ser bastante silenciosa durante la noche.

Ya en pleno *palmital* y a pesar de mi poca fe en la empresa, no puedo evitar los nervios. La oscuridad hace que toda la atención esté puesta en los sonidos, para poder detectar algún ruido que delate la presencia de los furtivos. Tras una larga y tensa caminata, sin que nada ocurra, la voz de un Halcón Montés Grande nos advierte que falta poco para el alba.

Cuando el día comienza a desperezarse y la incipiente claridad de la aurora delata las formas que permanecían ocultas, descubro a mi derecha un palo rosa. Su silueta se va definiendo a medida que avanzo, surgiendo entre sombras cual corpulento titán. Unos minutos más de marcha y el sol enciende las cúspides de los emergentes. Es hora de dar por terminado el patrullaje. Habrá que volver a intentar otro día, y otro, tantas veces como sea necesario.

Mientras mi compañero vuelve para recuperar la camioneta, continúo caminando. Quiero aprovechar la ocasión para recabar información de esta zona, menos monitoreada que otras por lo distante, pero de suma importancia para el inventario de aves del Parque.

Relajado, aspiro con placer la vaporosa frescura matinal, cargada de esencias subtropicales, mientras admiro el espectáculo del sol colándose entre la fronda. Me conmueve la algarabía con que las aves saludan el nuevo día. Cantos y voces de contacto se repiten por doquier, se entrelazan; un Carpintero Grande tamborilea sobre un tronco hueco, que cual silvestre bombo *legüero* amplifica y expande su llamado. Entre la sinfonía alada escucho una voz desconocida, ineludible invitación, que surge desde un tacuarembosal. Entreverado en la urdimbre de tallos vislumbro, apenas, la silueta de un pequeño pájaro de cola larga. Podría tratarse de un pijuí, pero ninguno de mis conocidos canta de esa forma. Me introduzco un poco entre el follaje, para adaptar mi visión a la penumbra, y descubro que son dos las aves, una pareja de Tiluchí Estriado, pequeño y escurridizo habitante del sotobosque.

Para verlos mejor intento apartar una caña que dificulta la observación cuando, desde la espesura, me llega el retumbo de un golpe. Paralizado por el ruido, aguardo expectante unos segundos hasta que se repite, seguido del estrepitoso desplome; un aluvión de follaje aplastado cuya onda expansiva injuria la mañana. No puedo precisar de dónde proviene, si de la izquierda o de la derecha de la ruta, y para complicar las cosas escucho que un vehículo se aproxima. El ronquido del motor llega nítido en su esfuerzo por repechar la cuesta; viene del naciente, del lado de Yacuy, así que no se trata de mi compañero.

Contrariado, miro en derredor buscando un lugar donde ocultarme. En ese instante los pájaros deciden abandonar la seguridad del cañaveral, y temerariamente sortean el abismo antrópico que divide su refugio. Para muchos habitantes de la selva, habituados a vivir en medio del umbrío follaje, los caminos y rutas constituyen una barrera, un ámbito hostil que altera y sectoriza su hábitat. Los sigo con la mirada, como alentándolos en su aventura, hasta que desaparecen del otro lado, justo donde se abre la entrada de una vieja picada de extracción.

Parece un buen escondite, y acuciado por la proximidad del vehículo, me zambullo en ella. Presuroso por alejarme de la ruta me adentro unos metros hasta que, abruptamente, me topo con una parva de cogollos. A su lado, un hombre con rollizo al hombro y machete en mano, me mira azorado. Alguien más grita desde la espesura y desencadena una estampida. El estrépito de follaje atropellado y ramas quebradas indica que son varios los que huyen, pero

este no se mueve, sigue ahí, frente a mí. Nos une y paraliza el mismo asombro. Esos segundos de vacilación me permiten reaccionar y lograr aprehenderlo.

— *Tirá el machete, le grito, mientras lo encañono con la “45”.*

Al tiempo que la hoja metálica cae al suelo la selva enmudece.

Un extraño e inquietante silencio reina ahora en el ambiente.

Me faltan ojos para vigilarlo y escudriñar la espesura. Trato de serenarme, de pensar. No tengo manera de sujetarlo. Si decide correr nada podré hacer, y perseguirlo, con sus compinches escondidos por allí, sería una locura. Le ordeno que se siente en el suelo y obedece. Sin perderlo de vista, tomo la radio de la cintura y llamo a Pedro.

Mi camarada no tarda en llegar, pero los minutos que demoró me parecieron horas. En pocas palabras lo pongo al corriente de lo sucedido. Ambos estamos extrañados de que estuvieran cortando nuevamente en un sitio donde ya habían extraído. Luego, tras varios intentos fallidos, logramos comunicarnos con la base de Cataratas, para pedir refuerzos; y también hablamos con la Seccional más próxima, Yacuy, ubicada a pocos quilómetros en el límite este del parque.

Mientras aguardamos decidimos trasladar al sujeto a la camioneta, donde es más fácil controlarlo.

Como era de esperar por la distancia que nos separa, el móvil de la seccional es el primero en aparecer. Al detener su marcha vemos que trae gente en la parte trasera; dos paisanos.

— *Los agarré en la ruta, dice con satisfacción. Sobre el Yacuy. Se ve que no lo pudieron vadear y estaban cruzando por el puente.*

¡No podemos creer semejante golpe de suerte!

A apoyado contra un árbol, saboreo el mate mientras observo a nuestro jefe hablando con los furtivos. Finalizada la charla se aproxima y, mientras alarga la mano reclamando un amargo, nos comenta el resultado del interrogatorio.

— *...Dicen no saber que estaban dentro del Parque Nacional. Se conchabaron para cortar palmitos en una chacra. Los trajeron ayer al anochecer y nada tenían que sospechar; la picada estaba abierta y era un lugar donde se había cosechado antes. Al atardecer vienen a recoger lo cortado. Les dije que si colaboran será considerado como atenuante.*

La idea del jefe es que sigan adelante con su plan, que carguen los cogollos cuando los vengán a buscar, como estaba pactado, y ahí les caemos encima. Deteniendo al transportista quizá podamos llegar al siguiente eslabón.

La espera es siempre lo peor; nunca es breve. Pero recién ahora puedo prestarle atención a los furtivos, en especial al “mío”. Parece de mediana edad, unos cuarenta y pico, calculo, a juzgar por lo tordillo; aunque es difícil acertar con esta gente. La precariedad y rudeza de la vida rural que llevan, sometida al rigor y la intemperie, suele avejentarlos prematuramente. Sentado en el suelo, con los codos sobre las rodillas y el rostro entre las manos, en clara señal de abatimiento, no representa al enemigo tan odiado que pergeñó mi imaginación. Y si además es verdad lo que declararon, él y sus compinches son el pato de la boda.

El ruido del camión me saca de las cavilaciones.

El jefe hace señas para que se apronten a cargar apenas frene. Sin apagar el motor el vehículo se detiene frente a la picada, y comienza la carga...

Envuelto en una fina nube bermeja, el móvil de Gendarmería Nacional se aleja hacia Puerto Iguazú. En él, junto a los gendarmes, van los cuatro detenidos. El transportista es la clave para llegar al cerebro de la banda. Sospechamos, desde hace tiempo, de un empresario local dueño de una procesadora y envasadora, pero eso escapa a nuestras atribuciones siendo competencia del Juzgado Federal. Lamentablemente en estos casos, la justicia es reticente a la hora de aplicar la Ley. Actúa antropocéntricamente. Basa su criterio en la separación que hemos creado entre nosotros y el resto de los seres vivos, una línea divisoria donde matar solo constituye asesinato si ocurre del lado humano.

De no atrapar al cabecilla todo este esfuerzo caerá en saco roto. La impunidad es el combustible de estos delincuentes, los alienta a reincidir, y brazos humildes, necesitados de trabajo, abundan y son fáciles de hallar.

No debería preocuparme por algo que está fuera de mi alcance, pero no puedo evitarlo. El pequeño éxito de hoy solo será un respiro, una tregua, en este incomprensible conflicto donde todos, aunque algunos cortos de vista no lo vean así, somos perdedores.

El día se bate en retirada. Pronto la noche se adueñará de la escena, tendiendo su negra mortaja sobre los verdes despojos.

Una última mirada al saqueado bosque revela, sobre el húmedo y mullido suelo vegetal, la silueta de una plántula que, tímidamente, se asoma entre la hojarasca. Al agacharme para ver de qué se trata, noto que no está sola, a su lado hay otra y otra más; es un minúsculo bosquecillo de pequeñas cabelleras verdes. Una nueva generación de Palmitos que se abre a la vida.

La naturaleza es terca.

EL GUARDAPARQUE



Seccional Yacuy, límite este del Parque Nacional Iguazú, 1986.
De izquierda a derecha el autor, Antonio Temporetti, don "Poilo" Miranda y Pedro Moreyra.



La casa de las aves

Espero haber llegado a tiempo.

Si bien la distancia desde cataratas al Aeropuerto Internacional Iguazú es corta, la urgencia la hizo parecer interminable. En la entrada me esperan Ricardo y Jorge quienes, tras un escueto saludo y mientras a paso vivo cruzamos el amplio salón, rumbo a la oficina de la Policía Aeronáutica, me terminan de poner al tanto de la situación.

Ricardo es un ex colega que, tras laborar varios años en Parques, renunció en procura de un mejor jornal e ingresó como personal del aeropuerto. Pero, a pesar de no lucir exteriormente el uniforme, lo sigue llevando dentro junto a su vocación parquera.

A Jorge lo conocí gracias a él. Cuando nos presentó quedé sorprendido por su peculiar medio de trabajo, un emprendimiento familiar que se llama “*Control ecológico de aeropuertos*”.

Las aves, si son absorbidas por la turbina de un avión, pueden causar serias averías e incluso desencadenar accidentes. Esta circunstancia motivó que, por prevención, se procure evitar su permanencia y proliferación en los aeropuertos, para lo cual se han ideado diferentes métodos. Lamentablemente el más empleado es la colocación de sebo tóxico, que ciertamente resulta muy efectivo para matarlas, más no para alejarlas o evitar que regresen. Gran cantidad de ejemplares mueren envenenados, pero muchos más son los que siguen acudiendo al lugar, atraídos inocentemente por la abundancia del mortal alimento.

Jorge junto a su esposa Silvia y sus dos hijas, hace menos de un año que se instaló con una casilla rodante en la periferia del predio aeronáutico, al borde de la selva y cercano al límite con el parque. Desde su hogar-campamento, este matrimonio de cetreros sale varias veces al día para hacer volar sus halcones, y evitar de esta manera la presencia de otros seres alados durante aterrizajes y despegues.

El Halcón Peregrino es predador natural de aves, las cuales constituyen la base de su dieta. De allí que su sola presencia las ahuyente de la pista, constituyendo un método muy eficaz e inocuo.

El Tero es aquí el principal problema. El predio de la terminal aérea, una amplia planicie de césped corto en medio de la densidad selvática, no solo constituye el ambiente ideal para su estadía y reproducción, sino que es el único sitio abierto en quilómetros a la redonda.

Esta es su labor principal y su forma de vida, para la que fue contratado pero que demanda una dedicación exclusiva. A pesar de esta exigencia, saca magistralmente de la galera el tiempo necesario para atender otros asuntos. La mutua afición por las aves fue el nexo, pero a medida que lo fui conociendo me cautivó cada vez más su personalidad, el entusiasmo que lo impulsa y el apasionamiento que pone en cada proyecto que encara. Y como es inquieto, y habilidoso, entre aquellos que él mismo cavila y los que le adosan, tiene muchos y variados asuntos que atender. Ahora está abocado a la construcción de una réplica en escala de un *Douglas A4*, cazabombardero utilizado por la Fuerza Aérea y la Armada Argentina en la Guerra de Malvinas, que será instalada en el acceso al aeropuerto, al conmemorarse otro año del sangriento conflicto. También se dedica a filmar videos de fauna silvestre y a colaborar con investigadores y guardaparques en todo lo referente al monitoreo y protección de la fauna. Su ojo, entrenado en la observación de rapaces, ha sido de gran ayuda para el “Inventario de las Aves del Parque Nacional Iguazú”¹, relevamiento que estamos realizando con Miguel Castelino y otros camaradas, habiendo aportado valiosos registros.

Dentro de la oficina la tensión es tangible. Tras la breve y protocolar presentación nos dirigimos a la aeronave que, en pista y con los motores en marcha, aguarda la autorización para decolar. En su bodega un empleado nos conduce hacia el sector destinado al transporte de animales, donde una gran caja de cartón es nuestro objetivo. La misma procede de la provincia de Salta y fue despachada con el rótulo de “mascota”. Su destino final es Buenos Aires.

Cuando Ricardo, como hace habitualmente, fue a la bodega a controlar los bultos embarcados, escuchó la vocinglería que emanaba de su interior. Al solicitar el registro de embarque y verificar que se declaraba el transporte de un ejemplar de pavo real, le causó extrañeza la discrepancia y pensó que podría tratarse de un contrabando de aves.

1 Carlos A. Saibene, Miguel A. Castelino, Nicolás Rey, Justo Herrera y José Calo. 1996. Inventario de las Aves del Parque Nacional Iguazú, Misiones, Argentina. Pp. 68 Editorial L.O.L.A Monografía N°9 Buenos Aires. Argentina.

El tráfico de fauna es, junto a la alteración de hábitat y la caza, un terrible flagelo para la vida silvestre. Irónicamente, a pesar de ser una actividad cuestionada y prohibida mundialmente, sigue existiendo. No solo por la codicia de algunos sino también por la ignorancia de muchos compradores y, lo que es peor, por la ineficacia de los controles fronterizos y la desidia de organismos estatales.

Al salir de la bodega alertó de lo sucedido a la Policía Aeronáutica. Más su jefe le aclaró que solo podía actuar si el hecho configuraba un ilícito, y para tener certeza de ello era necesario saber lo que había dentro de la caja. Para complicar aún más las cosas, poder abrirla requiere la autorización de un juez y, siendo una carga en tránsito, es imposible retener el vuelo durante el tiempo que demanda conseguirla.

Encerrado en este círculo vicioso, donde la única opción es dilucidar que aves hay dentro, pero sin dañar el embalaje, Ricardo optó por solicitar ayuda a sus viejos colegas del Cuerpo de Guardaparques.

A medida que me acerco al rectangular objeto voy asumiendo que, observar a través de sus pequeños orificios con la tenue iluminación de la bodega, es una tarea condenada al fracaso. Por otro lado, el creciente cotorreo que emerge de la acartonada mazmorra, parece confirmar la sospecha de Ricardo.

Una primera inspección delata, detrás de la pared de cartón, los barrotes de una jaula. Dentro de ella apenas alcanzo a distinguir opacas figuras, aves de mediano porte, con seguridad ninguna del tamaño de un pavo real. Con la ayuda de una linterna alumbró por uno de los agujeros y observo por otro. El rayo de luz descubre, entre un amasijo de verdes plumas, robustos y ganchudos picos, característica que, sumada a las voces, confirma que se trata de psitácidos. De qué especie y si todos son loros, sigue siendo una incógnita.

Pero una sola linterna no alcanza para apreciar detalles. Jorge aporta otra más potente y entre ambos, triangulando los haces, logramos que la observación mejore sustancialmente. Girando alrededor de la caja vamos cambiando de posición, para observar desde distintos ángulos, apreciando colores y formas. Asombrado, voy recorriendo con el aro luminoso una estilizada silueta ¡un guacamayo! Enseguida descubro tres en total, que por tamaño y colorido pertenecen a dos especies distintas: uno es más grande, de intenso color celeste con pecho y vientre amarillos y los otros dos son de cuerpo verde con la frente roja. Además de ellos hay otros loros más pequeños, de cola corta y frente celeste, casi con seguridad individuos de Loro Hablador.

Ante la evidencia del fraude la renuencia de la Policía Aeronáutica cede, procediendo a formalizar el secuestro preventivo y a requerir la intervención del Juez Federal. Los tres estamos eufóricos, pero no podemos relajarnos hasta que llegue la orden de allanamiento y se pueda abrir la caja.

Extasiado ante la belleza y proximidad de los guacamayos intento, con el libro de Helmut Sick “*Ornitología Brasileira*” en el regazo y la tan ansiada guía criolla “*Aves de Argentina y Uruguay*” de Tito Narosky y Darío Yzurieta en las manos, ambas publicaciones de reciente aparición, desentrañar el ornitológico entuerto.

Al abrir la caja aparecieron cinco jaulas bajo el cartón, una con cuatro individuos del identificado Loro Hablador (*Amazona aestiva*), otra con la novedad de tres ejemplares de Loro Alisero (*Amazona tucumana*) y las restantes cada una conteniendo un guacamayo; pero ninguno de la misma especie. Los dos que pensé eran iguales resultaron ser diferentes; uno es un Guacamayo Verde (*Ara militaris*) y el otro un Maracaná Lomo Rojo (*Ara maracana*). El de color celeste, el mayor y más bello, es un Canindé (*Ara ararauna*), el único de todas las especies que no habita nuestro país, estando presente en los vecinos estados de Bolivia, Paraguay y Brasil.

Luego de tomar algunas fotos, para el informe que deberé presentar a la jefatura, las aves vuelven a sus jaulas. Y lo lamentable es que continuarán así, encerradas. Ahora porque deben ser trasladadas a un zoológico para cumplir la cuarentena, y luego seguirán prisioneras allí o en otro sitio de reclusión similar, pues no existe en la provincia ningún centro de rehabilitación, que les permita recuperar su libertad.

Tanto empeño en rescatarlas de las garras del traficante para que sigan siendo prisioneras, víctimas inocentes de esta especie auto investida de supremacía.

Las observo partir, con el amargo sabor del fracaso en la garganta y la opresiva sensación de haberlas defraudado estrujando el pecho.

Jorge Anfuso se acerca y apoyando su brazo en mi hombro, dice.

— *¿Te conté de mi próximo proyecto? Quiero organizar un centro para rehabilitación de fauna silvestre.*

Su voz suena entusiasta y prometedora, como siempre.

Haber impedido su comercialización es importante, pero me desilusiona este anunciado final que no supe vislumbrar. Lo miro a los ojos, agradeciendo la empatía y entonces, como si adivinara mi pensamiento, agrega.

— *¡Es en serio! Lo tengo charlado con Juan Carlos Chebez y la gente del Ministerio de Ecología. Y hasta tengo el nombre.*

— *Se llamará “La casa de las aves”, pero en guaraní.*

— *“Güirá-Oga”.*

LA CASA DE LAS AVES



Cartel de ingreso sobre la ruta nacional N° 12.



Historia de un naufragio

Salgo de la casa y siguiendo la huella voy atravesando el pajonal, que prospera sobre el desmontado predio donde otrora funcionó el aeródromo de Cataratas. Infinidad de redecillas cargadas de rocío penden de tallos y ramas, cual cristalinos collares que destellan con el sol matinal. No habrá desayuno para estas arañas, pienso mientras sigo camino hacia el Centro de Investigaciones Ecológicas Subtropicales (CIES), para encontrarme con Andrés y Guillermo.

El edificio ubicado cerca de la entrada del Sendero Macuco, fue anteriormente la oficina de la Jefatura del Cuerpo de Guardaparques, lugar donde pasé mi primera noche en Iguazú. Ahora dichas instalaciones sirven de laboratorio y alojamiento para los profesionales que desarrollan estudios en el área.

El parque siempre fue un sitio frecuentado por investigadores de toda índole, pero, desde la apertura del CIES, su afluencia ha crecido. Los proyectos son aprobados desde la sede central de Parques, en Buenos Aires, pero en el terreno deben ser fiscalizados por nosotros, que además solemos oficiar de colaboradores. Ambas tareas, fiscalizar y asistir, forman parte de nuestras funciones, pero la segunda se ejerce mayormente a voluntad. Es decir, la realizan aquellos agentes con inclinación hacia el estudio de la flora y la fauna.

Mi pasión por las aves no es excluyente. Animales, plantas e incluso la geografía, han acicateado siempre mi curiosidad, lo cual hace que me acople a cuanto investigador anda por aquí. Tal es así que, desde hace dos años, colaboro activamente en un proyecto sobre el mono capuchino o caí, monitoreando quincenalmente las fenofases de centenares de plantas que forman parte de su dieta,

a lo largo de un recorrido que abarca los senderos Macuco y Yacaratiá. En aves trabajo en el relevamiento del parque, un proyecto conjunto de mis dos amadas entidades; la Asociación Ornitológica del Plata (AOP) y la Administración de Parques Nacionales (APN).

En la galería del CIES me aguardan mis ocasionales compañeros que, aunque jóvenes, son viejos conocidos de la AOP. En esta gestión se desempeñan como personal técnico de la Dirección General de Conservación y, como tales, han venido para evaluar la marcha de las investigaciones en curso.

Como buenos *pajarólogos*, les encantó la propuesta de acompañarme durante el Censo Neotropical de Aves Acuáticas, un programa de monitoreo a largo plazo basado en dos conteos anuales, que se realizan en febrero y julio. En esta ocasión vamos a relevar un tramo del curso superior del río Iguazú, comprendido entre la Seccional Hidrómetro y las cataratas. Contamos para ello con una canoa canadiense, veterana de innumerables campañas que, como todos los móviles de Parques, es de color verde. Binoculares, cámaras fotográficas y las planillas para registrar las especies avistadas, completan el equipo. Miguel, el compañero habitual de estos censos anuales, será hoy quien nos lleve hasta el punto de partida.

Salimos de la ruta asfaltada e ingresamos al camino de tierra que, contracorriente, va bordeando todo el tramo del río que bajaremos *a camalote*. Dejamos atrás Puerto Tres Marías, que será nuestro destino final, luego pasamos frente a Puerto Canoas donde inicia la pasarela que llega hasta Garganta del Diablo y, finalmente, cruzando el puente del arroyo Ñandú, ingresamos al área intangible; sector del Parque denominado así por no estar abierto al uso público.

Cargamos los bártulos en la canoa y descendiendo por la empinada pendiente la llevamos a pulso hasta la orilla. Botamos la nave y nos ubicamos; Andrés a popa será el timonel, Guillermo en el medio estará a cargo de las planillas y yo en la proa, para visualizar mejor los canales por donde cruzar las *correderas*.

Antes de precipitarse en la falla que da origen a los saltos, el río se ensancha y encorva, formando un pequeño delta. Su cauce principal se divide en riachos de distinto porte, que discurren entre islotes densamente vegetados. Una característica de este tramo son los rápidos, localmente denominados *correderas*; un serio obstáculo para la navegación que para ser sorteado requiere conocer los pasos, que varían a su vez de acuerdo al caudal existente.

No podíamos pedir un día mejor. Es una mañana espléndida, perfumada de esencias silvestres. El agua discurre mansamente transportando sobre

su piel hojitas rojas y amarillas que, cual pequeñas balsas, van bogando río abajo. Como una gran hoja también nos dejamos llevar, deslizándonos casi sin esfuerzo, con apenas algún toque de remo para mantener la dirección. Extasiados pero atentos a movimientos y sonidos, evitamos hablar innecesariamente. Tras el primer recodo aparece la silueta del Hocó Colorado, agazapado sobre las ramas de un sangre de drago. Basta señalarlo para que Guillermo lo registre, al igual que el Playero Manchado que hallamos más adelante.

Al frente, a cierta distancia, la encrespada superficie del agua anuncia que nos estamos aproximando a la *corredera* del arroyo Ñandú. Sobre el pedregoso escenario una pareja de Yacutingas, que busca alimento entre las piedras, posa para que la fotografiemos. Superado el rápido sin inconveniente llegamos, minutos después, a Puerto Canoas. Pasamos debajo de la pasarela, congestionada de gente que se dirige a Garganta del Diablo, y rebasamos un gomón con turistas que, al igual que nosotros, boga flotando río abajo. A lo lejos la brumosa columna marca el sitio buscado por los visitantes, donde el Iguazú superior cae abruptamente. Garganta del Diablo es el salto principal de las cataratas, por su desnivel y caudal, le sigue en importancia el Salto San Martín, a cuya altura está el próximo rápido que debemos salvar, el más difícil de todo el recorrido.

Remamos con fuerza para alejarnos del bullicio humano, hasta que el río vuelve a ser nuevamente un paraíso silvestre. Ingresamos en el tramo final del censo y superada la expectativa de los primeros momentos, distendidos fantaseamos imaginando lo magnífico que sería cerrar esta excursión con el avistamiento de un Pato Serrucho o de un lobito gargantilla, especies de las que no se tiene registro desde hace muchos años. Pero el hervidero en que se convierte de pronto la placida superficie, anuncia que la *corredera* del Salto San Martín ya está al frente, siendo visible a mi diestra la vaporosa nube que emana del caldero.

Hago señas a Andrés para que se despegue de la costa buscando el centro del cauce, mientras evalúo por donde pasar el pedregoso obstáculo. La línea blancuzca, originada por la turbulencia, parece no tener solución de continuidad. A un centenar de metros descubro entre dos rocas lo que parece ser un angosto canal. No es lo ideal, pero somos arrastrados con rapidez y no veo otra opción mejor.

Urgidos por la correntada encaramos hacia allí. A medida que nos acercamos el ímpetu fluvial se intensifica, haciendo que ganemos velocidad y confirmando que es un paso estrecho pero profundo. Faltando pocos metros para llegar la canoa deriva hacia la izquierda. Remo enérgicamente

de babor para enderezarla, al tiempo que le grito a Andrés que corrija el rumbo. Más nos seguimos desviando y al darme vuelta para ver qué pasa observo, perplejo, que en lugar del remo el timonel tiene entre sus manos la cámara fotográfica.

¡Vamos a chocar!

Antes de que la proa impacte logro interponer la punta del remo, más la fuerza de la correntada es tal que nos empuja de popa, recostando la embarcación contra las rocas. Al unísono resuenan gritos y crujido, la canoa se parte por su centro. Guillermo escapa hacia mí mitad y Andrés queda en la de popa. Instintivamente, manoteando lo que podemos, saltamos sobre las piedras. Haciendo equilibrio en medio de la turbulencia vemos como las dos mitades de la canoa, flotando merced a los asientos estancos, son devoradas por el salto San Martín. Andrés, del otro lado del zanjón, nos mira azorado. A su lado emerge el lobito de río, quien tras observarnos con curiosidad y sin ser ahora *foteado*, desaparece nuevamente bajo el agua.

Por suerte estamos bien y poco es lo que perdimos, habiendo logrado salvar lo más valioso del equipo.

Es imposible salir de este entuerto por nuestros propios medios, y aunque me turba tener que pedir auxilio, no queda otra. Reviso el radio que, afortunadamente, no sufrió golpes ni mojadura, y me dispongo a llamar cuando el bullicio de voces humanas me detiene. Alzo la vista y me encuentro con un gomón, cargado con turistas, que se aproxima...

Al tocar tierra en puerto Tres Marías agradecemos al timonel, una vez más, por habernos rescatado, y entre bromas y risas nos despedimos de los turistas. Una pareja de japoneses se acerca y, mediante señas, hacen entender que desean tener una foto con nosotros.

Poseen una sofisticada cámara, con la que seguramente han obtenido hermosas imágenes de las cataratas y de la selva, y con esta completarán la serie que nos sacaron desde el gomón, cuando nos hallaron a los tres varados sobre la *corredera*. De regreso en su lejano país les servirán para mantener a flor de piel la experiencia vivida en este paraíso subtropical, y para ilustrar la historia de este singular naufragio.

HISTORIA DE UN NAUFRAGIO



“Naufragio” Ilustración de Eduardo Saibene.



Selva por esteros

A vuelo de pájaro pareciera como si un gigantesco espejo se hubiese hecho trizas sobre el campo, y sus fragmentos, esparcidos aquí y allá entre tonos verdes y ocráceos, reflejaran la luz del sol.

El futuro Parque Nacional Mburucuyá abriga en su seno una gran lomada arenosa, salpicada por decenas de lagunas y coronada con isletas de monte higrófilo, pastizales y palmares de Yatay. Este paisaje enmarcado al sudeste por los esteros del Río Santa Lucía y al noroeste por la cañada Fragosa, fue modelado miles de años atrás por las aguas del Paraná.

El triángulo noroeste de Corrientes, sector donde se ubica el parque, se caracteriza por tener un relieve suavemente ondulado, impuesto por la presencia de albardones arenosos. Resabios de su historia geológica, cuando *el padre de las aguas* surcaba la mitad occidental de la provincia, transformándola en un delta interior. El gran río, históricamente, cambió varias veces su derrotero hasta que, bajo el influjo del plegamiento andino, se encausó en la falla que constituye su curso actual.

Siguiendo los pasos del Perito Francisco Pascasio Moreno, quien el 6 de noviembre de 1903 donó al Estado Nacional tierras de su propiedad, que dieron origen al primer parque nacional y luego a la actual APN; el matrimonio Pedersen, oriundo de Dinamarca, cedió las estancias Santa María y Santa Teresa. El convenio de donación, que establece un periodo de transición de ocho años para desafectar el establecimiento ganadero y concretar el parque, fue firmado en septiembre de 1991.

Cuando me propusieron, con apenas nueve años de antigüedad como guardaparque, ser nombrado responsable del área, lo tomé como un estimulante desafío. Acompañar la metamorfosis de este diamante en bruto implica no solo un compromiso, sino también un reconocimiento; extensivo a Silvana, esposa

y biólogo, quien asumió la responsabilidad de coordinar las tareas de investigación y educación ambiental.

Al aceptar el cargo comprobé que, a pesar de haber transcurrido casi dos años desde la fecha en que se concretó la donación, poco se avanzó para hacer efectiva la presencia de Parques. Resolver dicho atraso es prioritario, más para lograrlo es necesario contar con un lugar donde residir y para ello la opción elegida fue reconstruir un viejo puesto de la estancia.

Daniel De La Torre, guardaparque y jefe de Obras del P.N. Iguazú, tomó el desafío. Juntos viajamos desde Misiones, cada quince días para fiscalizar los avances de la futura seccional y para hacer otras gestiones, tendientes a concretar obras básicas para el funcionamiento del futuro parque; como traer energía eléctrica desde Mburucuyá mediante un tendido monofásico de veinte kilómetros y la reconstrucción del puente de la ruta Provincial 86 sobre el arroyo Portillo.

En estos viajes quincenales nos alojamos en Santa Teresa que, junto con Santa María, fueron adquiridas a principios de siglo por el padre del actual Pedersen. Ambas estancias conforman un emprendimiento de unas quince mil hectáreas, dedicado a la cría extensiva de ganado bovino. Pernoctamos en la “casa vieja”, típica construcción colonial con techo a dos aguas, gruesas paredes y amplia galería, que fuera la residencia original de los primeros propietarios. A su lado, contrastando por tamaño y nórdico estilo, se halla la casa principal, construida en 1945.

Alrededor de ambas viviendas se observan diversas dependencias que, aún hoy, a pesar del paso del tiempo y el lógico deterioro, sorprenden por su cantidad y calidad: la usina con cuatro generadores diésel; una carpintería con toda la maquinaria pero actualmente sin carpintero; el taller mecánico con fosa y herramientas para mantenimiento y reparación de vehículos; la carnicería con cámara de enfriamiento y hasta un almacén, decorada en su interior con vistosos murales ecuestres del estilo de Molina Campos, donde se provee de mercadería a los trabajadores. Además, están la caballeriza, el galpón de acopio, la cuadra para los peones solteros, un garaje e innumerables casas desperdigadas por todo el establecimiento, donde moran los empleados que tienen familia. Algo retirado, pero a pocas cuadras del casco y a la vera de la ruta, está el edificio donde funcionó la escuela rural, el cual proyectamos reciclar como centro de informes y área de acampe.

Santa María, ubicada más al sur y en proximidad del arroyo Portillo, es donde reside el administrador y tiene un casco más modesto.

Con el traslado a Mburucuyá mi vida laboral cambió radicalmente. En Iguazú era un guardaparque más, aquí soy el único. A lo que era mi quehacer habitual en las rojas tierras lateríticas se sumó la responsabilidad de ser el encargado de un área protegida peculiar, un Parque Nacional en formación conviviente con una estancia. En consecuencia, además de velar por la protección y conservación

del patrimonio natural, debo realizar tareas administrativo contables, atender las relaciones con Pedersen y Cía. y gestionar ante autoridades municipales y provinciales la aceptación y consolidación del futuro parque.

Al momento de aceptar el cargo el entusiasmo prevaleció sobre la razón, no tuve real noción de lo que dicha responsabilidad implicaba. Con el paso del tiempo me di cuenta que, al no ser Mburucuyá un Parque Nacional creado por Ley, no gozo ni del soporte ni de las atribuciones de un verdadero Intendente, pero si me alcanzan idénticas obligaciones. De ellas la que más me pesa es llevar la contabilidad del área. Además de aprender la normativa que rige el sistema contable de la Administración Pública, tuve que elaborar el presupuesto anual, porque sin presupuesto no hay fondos y sin fondos no es posible llevar adelante ninguna gestión. Pero el mayor sufrimiento es hacer, semanalmente, la rendición de cuentas de lo gastado. Insume tiempo que debo restar a las tareas de campo, más gratas e inherentes a mi condición de guardaparque; más no puedo dejar de hacerla porque no percibiría el reintegro de lo gastado.

Estar enredado otra vez entre el “debe y haber” parece una ironía del destino, más a pesar de ello no me agobia la apatía que experimentaba cuando trabajaba en el banco. Aunque gasto horas asentando operaciones en el Libro Diario y llenando a máquina, por triplicado, las planillas de rendición, lo hago rodeado de naturaleza y consciente de que todo ello tiene por objetivo su conservación.

Me siento útil.

En pocos días, al equipo que formamos con Silvana, se sumarán dos peones de la estancia que fueron contratados como baquianos; Alcides Vallejos y Julio Sotelo. Su ingreso si bien no aliviará mi carga oficinesca, es fundamental. El conocimiento que poseen del terreno permitirá elaborar y ejecutar el plan de control y vigilancia, ampliar el monitoreo de las especies de fauna de valor especial y evitar que el guardaparque encargado se vuelva a extraviar durante las recorridas...

Además, su experiencia ecuestre es esencial en este lugar, donde el caballo es el medio de locomoción por excelencia. La mía en este aspecto es limitada y se remonta a lo aprendido en Isla Victoria, durante el curso, ya que, en Iguazú por su condición selvática, no era posible el uso de equinos.

Cada unidad de conservación del sistema nacional es única. Sin duda existen semejanzas entre aquellas que comparten una misma región biogeográfica, pero su creación implica peculiaridades.

En este sentido, Mburucuyá no solo amerita ser la primera área protegida bajo manejo de la APN en la provincia Corrientes, sino que además posee la particularidad de su concepción.

Original atributo, inherente solo a pocos parques nacionales.

EL GUARDAPARQUE



Parque Nacional Mburucuyá, año 1996. Foto aérea.
En primer plano zona de lagunas y bosque higrófilo, al fondo la Cañada Frágosa.



Ángeles somos

El amanecer me sorprende una vez más. No hay dos iguales. Y en esta oportunidad me encuentra camino a la civilización. A medida que la claridad va develando el enigmático entorno, voy jugando a descubrir entre incoloras formas las identidades vegetales.

Por su estilizada silueta, que se recorta nítidamente en el horizonte, tanto el yatay como la palma caranday son las más fáciles de identificar; la péndula cabellera de la primera contrasta con la erizada melena de la segunda.

Asomado en el horizonte el consagrado pintor comienza a colorear de celeste el cielo, y gradualmente va empujando la oscuridad hacia el poniente. Luego, descarga de su paleta el verde, oscuro en los mogotes y agrisado en los palmares, y por último llega el turno del pastizal, barnizado de ocre amarillento.

El paisaje correntino no posee la exuberancia de la selva misionera, pero no le va en zaga. En Iguazú fui nueve años cautivo de su diversidad. La aparente homogeneidad del panorama selvático es solo eso, apariencia; en su interior cada metro cúbico encierra una variedad alucinante. Aquí el paisaje es cambiante, carece de monotonía, no se anda mucho sin pasar de un ambiente a otro: palmares de yatay y caranday, esteros, isletas de monte higrófilo, lagunas, pastizales y bosques chaqueños, se combinan armoniosamente en un agreste rompecabezas.

Mburucuyá, localidad cabecera del departamento y sede del Festival Provincial del Chamamé, haciendo honor a su nombre, es una comunidad con gran apego a su tierra, que cultiva y defiende el acervo cultural correntino. Derrama correntinidad. Quizás por ello no deja de sorprenderme que, una gran proporción de sus habitantes, sean inmigrantes sirio-libaneses o descendientes directos de ellos. Su castellano mechado con guaraní, las acriolladas costumbres y actitudes, los mimetizan hasta tal grado que solo los delata el apellido. Salvador Miqueri, el chamamecero local más famoso, consagrado en toda la provincia y también fuera de ella, es un claro ejemplo.

Será así por el “payé” que dicen tiene esta tierra.

A Pedersen, sin duda, también lo ha embrujado la naturaleza correntina. Ha dedicado su vida al estudio de la flora nativa y para salvaguardarla, generosamente donó su propiedad para la creación del parque. Paradójicamente, su entrega a la naturaleza no tiene parangón con el escaso interés que evidencia por el funcionamiento del establecimiento. Si bien la cría de hacienda bovina es su medio de vida, invierte tiempo y esfuerzo en aras de la investigación, las vacas son cosa del administrador.

Cuando conocí Santa Teresa y Santa María descubrí otro mundo, un espacio donde el tiempo parece no haber transcurrido. Se vive una realidad del pasado que, en muchos aspectos, me hizo recordar la triste historia de “La Forestal”. La vida del peón transcurre, mayormente, dentro de los límites del campo. Algunos apenas frecuentan Mburucuyá y la mayoría no conoce la capital provincial. Todo se lo provee la compañía: casa, comida, vicios. Solo son dueños de algún pingo y de su *recado*, el cual cotidianamente y sin reparos, ponen al servicio del patrón, mientras que la comida de cada mediodía y los vicios engrosan la libreta y son descontados rigurosamente del jornal.

Nunca imaginé que, a las puertas del siglo XXI, subsistiera semejante resabio de colonialismo.

Ya falta poco para llegar al pavimento de la Ruta Provincial N°5 que, pasando por Lomas de Vallejos, me conducirá a la capital, atravesando parajes de sabana donde subsiste el urunday. Yendo por aquí hago más quilómetros de tierra, pero recorro una geografía agreste, menos urbanizada y más grata.

Ya de chico geografía era una de mis materias favoritas. Aunque poco aprendí de la nuestra, en una escuela tan desasociada de la realidad. Nada me enseñaron de la correntina y poco de la Argentina, en comparación con lo visto de la europea. ¡Y de la sudamericana, menos que nada! Igual historia con la historia. Atiborrado de conocimiento universal salí ilustrado en edad media, Grecia antigua e imperio romano, pero ignorante de incas, guaraníes y tehuelches; ni que hablar de mayas y aztecas.

Este desequilibrio educativo lo consolidan y acrecientan, día a día, los medios de difusión y desinformación masiva. En la televisión abundan las series y películas extranjeras, norteamericanas principalmente. Desde Hollywood se nos inculca no solo su geografía e historia, sino también sus costumbres y todo aquello que les interesa que asimilemos. Porque así, con el *cerebro lavado*, somos consumidores adictos del “made in” y despreciativos detractores del “Industria Nacional”.

Este adoctrinamiento tan eficaz nos hizo creer, durante el conflicto de Malvinas, que Norteamérica estaría de nuestro lado, cumpliendo con el compromiso asumido en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR)...

En silencio voy rumiando estos pensamientos con la sola compañía del motor. De todas las emisoras que puedo sintonizar, que no son muchas, ninguna

pasa música nacional. Insistí durante un rato, paseando de izquierda a derecha la aguja del dial, hasta que me cansé y desistí. Y no es que me disgusten las canciones en inglés, porque, a pesar de no comprender lo que dicen puedo apreciar la melodía. Pero deseo escuchar estrofas que tengan que ver conmigo, con mi vida, con mi entorno; acordes que armonicen con el paisaje, con el aire que respiro.

Mburucuyá ha contribuido a la consolidación de mi gusto y respeto por la música folclórica. Especialmente por esos chamamés, tan correntinos, de Pochero Roch, que pintan poéticamente costumbres y personajes; como el ladrillero o el mariscador. Precisamente esta noche, como lo describe magistralmente en un tema de su autoría, los *gurises* mburucuyanos y de toda la provincia saldrán a la calle vestidos de querubines, y casa por casa, pregonando “ángeles somos” recibirán golosinas y dejarán bendiciones.

La noche de los angelitos la conocí aquí, en Mburucuyá, en Corrientes.

Nunca había escuchado hablar de esta tradicional celebración. Ni en Buenos Aires ni en ningún otra parte del país, donde sí se llenan páginas y gargantas alabando, e imponiendo, el foráneo *Halloween*.

Finalmente llego a la rotonda de ingreso al aeropuerto. Debo recoger a un investigador estadounidense. Un especialista que viene a estudiar el “mal de caderas”, enfermedad que afecta a los carpinchos y que provoca periódicamente grandes mortandades.

Hay que reconocer que los *gringos* tienen claro el valor, y el poder, que otorga la ciencia. Por algo lo fomentan y la apoyan, a tal punto que éste *yanqui* puede venir hasta aquí, a investigar una parasitosis que ataca a una especie silvestre inexistente en su país.

¿Y qué de los nuestros? Los investigadores locales a duras penas consiguen financiamiento para trabajar dentro de su propio terruño y suelen tener que emigrar, porque no falta algún gobierno *cipayista* que los expulsa. Después nos enteramos de sus logros, de sus triunfos en el exterior, por los diarios. Afortunadamente algunos de los que triunfan vuelven, para devolver a sus paisanos lo recibido a través de la universidad pública; como aconteció con el Dr. René Favalaro.

Al ingresar a la estación aérea soy recibido por la frialdad de una máquina expendedora. Un hecho que me resulta tan contradictorio. Estoy harto de escuchar “*hay que crear fuentes de empleo*” y ver como se fomenta el uso de la tecnología en reemplazo y desmedro de la mano de obra local.

La robótica voz me indica que apriete un botón y retire el *ticket*. Con el boleto en la mano avanzo, buscando el estacionamiento, pero no hallo ninguna indicación al respecto, nada que me guíe hacia él.

Solo visualizo al frente un enorme cartel blanco con letras negras, que dice *Parking...*

EL GUARDAPARQUE



Estacionamiento aeropuerto.



El Túnel

La “Zurda” pide rienda. Sabe que vuelve a la querencia y eso la excita. Rechinando diente contra metal cabecea y resopla, pero la mano, firme en las riendas, hace que el freno duela en su boca obligándola a seguir al tranco.

A pesar de ir a la par somos invisibles. Cabalgamos a tientas, confiando en la orientación de los montados. La senda que transitamos serpentea, cual curiyú, entre esteros, lagunas, palmares de yatay y montuosos mogotes con esencias misioneras. No es cualquier camino, tiene historia y música propia: “...de Caá Catí a Mburucuyá más de quince leguas hay que atravesar...” Antes de que Albérico Mansilla lo retratara en las estrofas de “Viejo Caá Catí”, el naturalista francés Alcides D’Orbigny había recorrido esta arenosa huella, parajes por ese entonces habitados por el hoy extinto “Araracá” o guacamayo violáceo.

De tanto en tanto una indecisa luna, que juega a esconderse tras las nubes, da piedra libre, derramando su luz sobre el entorno vegetal y rescatándolo del anonimato.

Llevamos varias horas de marcha. Lo que hasta hace un rato era mañana ya es hoy, y el madrugador frío nos castiga. Lo siento en la mano con que sujeto las riendas, y para entibiarla la voy alternando debajo del cojinillo. Alzo el cuello de la campera, acomodo el sombrero y miro hacia donde sé que está Alcides. Sin llegar a verlo lo adivino, imagino su silueta.

Hace casi un año que nos conocemos. Que dejó las faenas rurales para trabajar como baquiano del futuro Parque Nacional Mburucuyá, y aunque seguramente, al comienzo, pudo parecerle un *mboyeré*¹ su nuevo empleo, lo asumió con seriedad y entusiasmo. De entrada, nos hallamos. Es un buen paisano, como suele serlo la gente de campo, la verdadera, no la que se dice de campo por usar boina y bombachas. Sencillo, franco, responsable y extremadamente

1 Mboyeré: Término guaraní que significa revuelto, enredo.

reservado; habla tan poco que, como a una botella de vino, hay que sacarle lo de adentro con tirabuzón.

Ha pasado rato ya desde que el concierto de desenclavadas tablas, denunció nuestro paso sobre el puente del arroyo Portillo. Y si bien la cerrazón no permite que me ubique con precisión, estimo que debemos estar cerca del *túnel*. Los lugareños han bautizado así a este pasaje, por lo cerrado de la vegetación. Los árboles que crecen a los lados del camino, mayormente grandes timbó, entrelazan sus copas en lo alto, enmarcando la huella y generando así un corredor estrecho y umbrío.

Muchas son las historias que se cuentan sobre este lugar, atractivo durante el día pero que, bajo el dominio de la invisibilidad nocturna, se vuelve tan lúgubre e inquietante que suele exacerbar los sentidos.

Hay versiones complejas y sencillas, pero todas confluyen en lo mismo: hay fantasmas en el *túnel*. La aparición que tiene más adeptos es, por lejos, “La novia”. Dama de obligatorio y largo atuendo blanco, que levita ante los horroizados transeúntes.

No soy proclive a creer en cuentos de aparecidos ni luces malas, siempre trato de encontrarle la lógica a estos asuntos, y generalmente lo logro. Generalmente... Por eso tampoco me cierro. En el pago, en cambio, se suelen aceptar estos hechos esotéricos sin cuestionarlos.

Fiel a su costumbre Alcides va callado. Conocedor del terreno, sabe mejor que yo que nos estamos aproximando. ¿Qué pensará? ¿estará inquieto por tener que pasar por el *túnel*, o su mente seguirá ocupada, repasando los sucesos de la víspera?

Esta patrulla que estamos concluyendo fue bien planeada y ejecutada en el momento propicio, no podía fallar; pero falló.

La necesidad de hacerla surgió al notar que, cuando Julio Sotelo, el otro baquiano, no se halla trabajando, hay gente que se nos mete a cazar por el límite que él vigila. Por ello decidimos que al corresponderle salir nuevamente de franco cubriríamos con Alcides su sector, para tratar de sorprender a los furtivos.

Cuando Julio rumbeó para el pueblo, como hace habitualmente en sus días libres, nosotros ya estábamos apostados en el *rincón* donde el arroyo Portillo desemboca en los esteros del Santa Lucía. Al abrigo del monte, tras aflojar cinchas y quitar el freno a los matungos, esperamos que anoheciera, contemplando el paso de las agudas bandadas de cuervillos sobre el ardiente horizonte. Instalada ya la oscuridad y sin nada que ver, los minutos se ensanchan y la vigilia se hace menos llevadera.

Primero escuchamos lejanos ladridos, seguidos por el eco de un disparo.

— *¡Eso sonó para el lado del vado! Dije pensando en vos alta.*

Tras ensillar a tientas nos encaminamos hacia el lugar donde estimo deben andar los furtivos. Un centenar de metros antes de llegar desmontamos, dejamos los pingos maneados y nos acercamos a pie, apostándonos junto al curso del arroyo. En silencio, bajo el estrellado manto nocturno, aguardamos algún indicio que delate la proximidad de los cazadores. Después de estar más de una hora en alerta y al expresar mi extrañeza de que no aparecieran, recién allí abrió la boca.

— *No, si para mí que ya se fueron, habrán salido costeano el estero. Para ese lado ladraron los perros.*

— *¿Qué? ¿pero por qué no lo dijiste antes? vinimos para acá al cuete. Le increpé.*

— *Es que usted dijo que ladraban para este lado...*

Conociéndolo, sabiendo esa característica suya de permanecer callado, tendría que haberle pedido, explícitamente, su opinión. En cambio, tomé silencio como aprobación; creí que su mutismo avalaba mi parecer.

Sin querer, me brota una sonrisa.

Ahora que ya pasó, recrear los hechos me causa gracia, pero, en el momento, si bien no perdí los estribos, me molestó mucho.

Debo hacerle notar que las cosas son diferentes. No va a ser fácil, soy consciente de que su cohibición es el producto de años de paternalismo laboral. Sobre eso no tengo dudas, porque la sumisión es el común denominador de toda la peonada. El administrador *gringo* no admite objeciones, tampoco pide opiniones; entonces ¿para qué darlas?

La cuestión es que los furtivos huyeron costeano el estero, como él dijo.

Pocas palabras intercambiamos desde el altercado. Preferí no abordar el tema en caliente, solo hubiese servido para desahogarme. Dejar pasar el momento, rumiarlo, como la vaca hace con el pasto y luego charlarlo tranquilo es lo más aconsejable. Quiero hacerle saber que, en nuestra relación laboral, su punto de vista, lo que él piensa, es esencial.

Finalmente llegamos a la boca del *túnel* y arrastrados por la fuerza animal nos adentramos. La oscuridad nos envuelve. Atrás va quedando, como una aureola, el tenue vestigio de la claridad satelital.

La ausencia de luz amplifica el taconeado de los cascos, haciendo más evidente, casi palpable, el silencio circundante. Podría cerrar los ojos y nada cambiaría, pero en lugar de ello aguardo a que la vista se amolde a la penumbra. Una

vez que las pupilas se dilatan, poco a poco, algunas formas comienzan a destacarse del homogéneo entorno, y al frente, por contraste con la luminosidad exterior, se recorta, distante, la salida.

Avanzamos. El trajinar de las cabalgaduras así lo indica, y sin embargo tengo la sensación de estar siempre en el mismo sitio. Nunca, en las anteriores ocasiones que lo he cruzado, me pareció tan largo este trayecto.

En algún lugar del monte canta un Alilicucu Común, me alegra escucharlo y lo imagino mirándonos, posado en lo alto de alguna rama del vegetal cielo-raso. Vuelvo a fijar la vista en el frente, hacia la salida, que afortunadamente parece menos lejana, y sobre un costado creo distinguir algo. Algo difuso pero brillante, que se menea suavemente.

¡Caramba! La sorpresa se transforma en sobresalto. Inconscientemente tiro de las riendas y la pobre yegua, desconcertada, se encabrita. Recupero el control del montado, pero, para mi desconcierto interior, compruebo que la etérea figura sigue allí, meciéndose como si flotara.

¿Es una ilusión óptica? ¡Tiene que serlo! Me resisto a aceptar que esté sucediendo, que sea cierto. Cierro los ojos, esperando que al abrirlos todo vuelva a la normalidad, pero no.

¿Y Alcides? ¿La habrá visto? ¿Por qué no dice nada?

Es imposible que no la haya visto, mas no quiere demostrar temor delante de mí. ¡Y yo! yo no puedo aflojar, soy el jefe, el que no cree en estas cosas...

No queda otra que continuar.

Estoicamente prosigo, viendo con creciente inquietud como la fulgurante silueta se agiganta.

Mi instinto, todo mi ser, me grita que no siga, que retroceda ¡si estuviera solo ya lo habría hecho! Pero la “zurda” sigue avanzando, y también el matungo de Alcides.

No hay retorno.

Al pasar junto a la péndula hoja del yatay, que reluciente de luna y rocío se mece cadenciosamente con la brisa, como saludándonos, respiro aliviado y agradecido.

Bañada por la misma luminosidad, la silueta de Alcides surge a mi derecha. Cabalga en silencio el baquiano.

EL TÚNEL



Parque Nacional Mburucuyá año 1995. Con Alcides Vallejos en la zona de "El quebrachal".



Planetas distintos

El repiqueteo de las gotas sobre la chapa se intensifica, obligándome a subir el volumen. Cuando termine el turno de los muchachos de Orcadas será el mío y debo estar atento para no perderlo, más también me tiene expectante la posibilidad de escuchar a alguno de mis colegas que andan por esas heladas latitudes¹.

Afuera, repentinamente, la noche se esclarece. La efímera luminosidad hace visible por un instante el espejo de la laguna, y casi inmediatamente después llega el atronador estremecimiento. ¡Este sí que cayó cerca! Así lo indica el breve espacio de tiempo que medió entre la claridad del rayo y el ruido del trueno.

Afortunadamente la luz no se ha cortado.

Las descargas eléctricas suelen ensañarse con el tendido monofásico que trae la energía desde Mburucuyá, y también son una seria amenaza para los electrodomésticos que, por precaución, es prudente desconectar de la red.

Pero esta noche no lo hice con la radio, porque estoy solo y necesito saber cómo está mi familia. La única manera de hablar con ellos desde aquí es por medio del BLU. El equipo radial de Banda Lateral Única, existente en todas las áreas protegidas del sistema, no solo garantiza la comunicación entre las seccionales más remotas, también permite hacer llamadas telefónicas de larga distancia. Esto último es posible gracias a la intermediación de una central de radiotelefonía, ubicada en Pacheco, provincia de Buenos Aires, la cual recepciona los pedidos radiales y hace la interconexión con el usuario telefónico solicitado.

1 Todos los años la APN, en función del convenio de colaboración suscripto con el Instituto Antártico, destina Guardaparques Nacionales a la base Orcadas, para colaborar en las tareas de investigación que allí se desarrollan.

Mientras aguardo mi turno percibo como la tormenta arrecia. Que siga lloviendo no es de extrañar dado que estamos en plena estación húmeda, más la abundancia si es excepcional. Con los 40mm que medí esta mañana en el pluviómetro de la estación meteorológica, abril alcanzó un total de 550mm. Las cuantiosas precipitaciones no solo han provocado el crecimiento de esteros y lagunas, como la que amenaza a nuestra vivienda, sino también el desborde del arroyo Portillo y la rotura de un puente al norte de Palmar Grande, cortando en ambos sentidos la ruta provincial 86, única vía de acceso al parque.

Quedar aislado no fue algo inesperado, lo veía venir, y previendo tal situación es que solo hemos permanecido dentro del área unas pocas personas, siendo el resto evacuada.

En nuestro caso, Nacho fue el primero que debió asilarse en el pueblo. Para llegar a la escuela debe recorrer, diariamente entre ida y vuelta, cuarenta kilómetros de deteriorado camino rural. Y al tornarse el mismo intransitable por las precipitaciones, hubo tardes en que no fue posible que regresara a nuestra casa. Por ello decidimos que permanecería allá, para evitarle trastornos y la pérdida de días de clase. Luego, ante la amenaza de desborde del arroyo, Silvana y Eira se le unieron, y juntos los tres viajaron a Buenos Aires buscando cobijo en casa de los abuelos.

Eira aún no tiene edad para ir al colegio, pero el año próximo sería conveniente que concurriera a jardín, y su madre, en virtud de las dificultades que enfrenta Nacho, ya está preocupada por ello. Nació al año de habernos trasladado aquí, y dado que su hermano vino al mundo por cesárea, para que ella viera la luz no había más opción que repetir la cirugía. Como el hospital de Mburucuyá no contaba con quirófano, siendo las operaciones derivadas a Corrientes, llegado el momento deberíamos recorrer los ciento cincuenta kilómetros que nos separan de la capital provincial. En virtud de ello y para no correr riesgos, tomamos ciertos recaudos. Siendo la fecha estimada del parto el 15 de agosto, se programó dos días antes la internación y, para evitar cualquier imprevisto, decidimos que nos instalaríamos en la ciudad desde el día 7.

La lluviosa noche del 30 de julio desperté, súbitamente, con la novedad de que Silvana había roto bolsa.

¡Al diablo con todo lo planeado!

Para complicar las cosas hace dos jornadas que diluvia y ninguna de las camionetas, ni la propia ni la de parques, es de doble tracción. Ante la posibilidad cierta de quedar empantanado en medio de la noche, decidí comunicarme antes de salir con el cuartel de bomberos voluntarios de Mburucuyá, y

solicitarles que estuvieran atentos por si no llegábamos a tiempo. Además, les pedí que ubicaran al director del hospital, para que al arribar al pueblo pudiese atender a Silvana.

A excepción de las arenosas lomadas el resto del camino está bajo agua, haciendo que la huella parezca el curso de un arroyo. Aferrado al volante intento adivinar por donde transitar y a pesar de la urgencia debo hacerlo con lentitud, pero manteniendo altas las revoluciones del motor a fin de evitar que el agua obstruya la salida del escape. Por suerte nuestra *chata* es gasole-
ra, y el no tener distribuidor hace que las salpicaduras no comprometan su funcionamiento.

Superado el bajío de la Cañada Fragosa, me distiendo al vislumbrar los destellos de alumbrado público, y un poco más adelante hallamos el móvil de los bomberos. Ellos nos conducen hasta la casa del médico quien, tras revisar a la parturienta, indica que todo está en orden y tenemos tiempo suficiente para continuar hacia la capital.

Tras dejar a Nacho al cuidado de una familia amiga seguimos viaje, llegando de madrugada a la clínica, donde Eira Daniela nació a las 07,30 horas del 31 de julio.

Pegado al vidrio la contemplo en la cuna, agradeciendo que, merced a la solidaridad pueblerina, todo haya salido bien.

Ayudarse mutuamente es moneda corriente en estos *pagos*, donde la otra cara es la desasistencia social. En varias ocasiones me ha tocado auxiliar a vecinos que, por razones de salud, requerían ir a Mburucuyá, y también habitualmente, cada vez que voy al pueblo, llevo a quien lo necesita.

Si bien somos animales gregarios y por tanto buscamos la cercanía de congéneres, a lo largo de nuestra evolución cultural hemos ido transgrediendo normas que, en el resto de las especies, continúan regulando el comportamiento social. La territorialidad, cuya finalidad es evitar una vecindad demasiado compacta, apenas existe en las modernas colmenas humanas, y la masificación a que ello conduce no solo provoca la pérdida del espacio vital, condiciona también nuestro comportamiento, llevándonos, en el mejor de los casos, a ser indiferentes para con el prójimo.

El hacinamiento, como se ha demostrado en diversos experimentos con otros animales, despierta y acrecienta la agresividad intraespecífica. Y de sus consecuencias nos enteramos, día a día, a través de los medios de prensa, en cuyas portadas hospitalidad y cortesía son difíciles de hallar, más abundan tropelías y desmanes.

Una ventaja de la civilización es que, en las grandes urbes, la densidad demográfica posibilita la diversidad de productos y servicios. Algo que no ocurre en el campo, debido a que la escasez de consumidores no lo hace redituable.

Más la variada oferta de los mercaderes no apunta a suplir solo requerimientos básicos, los supera ampliamente, promocionando insumos que no son indispensables, pero que merced al adoctrinamiento terminan siéndolo; porque a la larga comodidad y lujo tienden a ser imprescindibles.

La consigna dentro de los confines citadinos es crecer sin límite, producir cada vez más. Y la industria crece, pero siguen faltando puestos de trabajo; la ciudad crece, pero cada vez es más difícil tener vivienda propia; la población crece y los amigos escasean...

En ese ámbito, que fue el mío durante un cuarto de siglo, el nacimiento de Eira no hubiese corrido los riesgos impuestos por la ruralidad. Tampoco Nacho sufriría por la ausencia de amiguitos en la vecindad, ni el cotidiano vía crucis que debe afrontar para acceder a la educación primaria.

Elegí vivir fuera de ella pues comencé a ver a la ciudad como otro mundo. Un planeta distinto, de cielo nocturno carente de estrellas y lluvia sin aroma a tierra mojada, con calles atestadas de gente donde se mira sin ver, se tiene sin ser, y se experimenta la soledad en compañía.

Atraído por los tesoros agrestes desaparecidos bajo la urbanización desmedida vine al campo, donde, al igual que en los pequeños poblados, se vive sencillamente. Con una simplicidad plétórica de sensaciones reales, no inventadas, que permiten ver y sentir la vida tal como es.

La espera se ha hecho larga, y con cada segundo que la acrecienta crece también mi inquietud por tener la radio encendida. Comprendo a quienes están en la base antártica, nos une la misma necesidad, más ruego que liberen pronto la frecuencia para poder hablar con mi familia. Necesito saber que se encuentran bien porque, aunque soy consciente de que no era seguro que permanecieran aquí, tampoco me deja tranquilo que estén en Buenos Aires.

Allende la ventana nuevamente percibo que la noche empalidece, y tras el parpadeante relampagueo se va también con él la luz interior.

La oscuridad se adueña de todo.

Envuelto en sombras veo la zigzagueante estela de otro refusilo rasgando el telón nocturno, cual incandescente lazo que une el cielo con la tierra, y en silencio aguardo la voz del trueno.

PLANETAS DISTINTOS



PN Mburucuyá, ruta provincial N°86. mayo de 1998.



Agua brillante

El sol, un círculo dorado sobre el nuboso telón purpúreo, se sumerge lentamente en el agua llevándose con él la claridad. Nuestra última jornada en la laguna Iberá ha llegado a su fin.

En el marco del estudio faunístico de los esteros, encarado por la Universidad Nacional del Nordeste (UNE), tenemos como objetivo relevar su avifauna. En esta etapa estamos recorriendo la margen oriental de la cuenca y comenzamos por su extremo sur. Durante cinco días estuvimos acampados en tierras de la estancia Rincón del Diablo, recopilando información en la zona donde inicia su derrotero el río Corrientes, que transporta las aguas brillantes hacia el Paraná. De allí vinimos a la laguna Iberá, donde también monitoreamos tanto las tierras altas de la franja costera como la superficie anegada, y mañana dejaremos Colonia Carlos Pellegrini para proseguir rumbo al norte, hacia Galarza, donde al igual que aquí, haremos base en un destacamento de los *guardas* provinciales.

Hace seis años que estoy en Corrientes, pero, de no haber sido por el Tape, no sé si hubiera llegado a conocer Iberá. Hay tanto por hacer en Mburucuyá que resulta difícil ausentarse. Afortunadamente la reciente incorporación de otro guardaparque y el afianzamiento de Alcides y Julio como baquianos, lo ha permitido. Quizás hubiera venido antes de ser trasladado a otro parque, como ocurrió con Moconá, cuyos saltos conocí antes de mudarme de Iguazú. Más de ninguna manera habría recorrido sus entrañas, como lo estoy haciendo en esta investigación que él dirige.

Con Alejandro "Tape" Giraud nos conocimos en 1991, a causa de otro relevamiento faunístico; el de las tierras que inundaría en la provincia de Misiones la presa de Yacyretá. El área de estudio estaba comprendida entre las localidades de Garupá y San Ignacio, y contábamos con la coordinación de

la Dirección Provincial de Fauna y Flora, a cargo de Miguel Rinas y el apoyo logístico de Gendarmería Nacional.

En ese momento, al igual que ahora, no solo se trataba de registrar aves sino toda la fauna, puesto que el objetivo final del estudio era localizar áreas en buen estado de conservación, para proponerlas como reservas compensatorias de lo que quedaría bajo las aguas del embalse. Por lo tanto, el grupo de investigadores dirigido por Julio Rafael Contreras, reconocido profesional del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), era multidisciplinario.

Era la primera vez que me tocaba participar en un relevamiento de tal magnitud, y si bien, empezando por Silvana y siguiendo con Rinas y Contreras, la mayoría de los convocados eran gente conocida, me sentía cohibido, temeroso de no estar a la altura de las circunstancias.

A pesar de no ser científicos, no es raro que los guardaparques colaboremos en estos estudios. Cuando en 1985 llegué a Iguazú, Miguel y Fredi lo estaban haciendo en Urugua-í, cuya presa se estimaba que inundaría unas 8.000 hectáreas de selva. Viviendo en Mboca-í pude visitar varias veces el arroyo, y con el correr de los meses fui también testigo de su transformación. En poco tiempo, comparado con lo que demoró la naturaleza en desarrollar tanta diversidad y belleza, el verde valle desapareció bajo la monótona superficie de un lago artificial.

Me siento mal cuando, al transponer la frontera del parque, me hallo frente a situaciones como ésta, u otras más comunes, como un basural a cielo abierto. Supongo que ello es consecuencia de vivir dentro de un área protegida, verdadero paraíso terrenal, pero también estimo que se debe a que el accionar humano atenta cada vez más, y con menos consideración, contra la naturaleza.

Aquella vez, antes de comenzar el trabajo de campo, tuvo lugar en la ciudad de Posadas una reunión donde me presentaron al Tape. Su campechana personalidad hizo que, espontáneamente, nos enredásemos en una charla que nos aisló del resto, llevándonos por sombreadas y estrechas picadas.

Experto en canotaje, durante la campaña se encargó, especialmente, de relevar los cursos de agua afluentes del Paraná, remontándolos hasta sus nacientes. El primero fue el arroyo Yabebirí, lugar donde instalamos inicialmente el campamento, luego le tocó al Chuño y después llegó el turno del Santa Ana y el San Juan, sitio éste donde hicimos base por última vez. Si bien dicha tarea lo mantenía alejado durante toda la jornada, al caer la tarde solíamos juntarnos para compartir un mate e intercambiar opiniones y hallazgos.

En los años siguientes nos seguimos viendo con frecuencia, ya fuera en Iguazú o en otro lugar, donde algún evento o circunstancia nos convocara. Y las vueltas de la vida hicieron que, finalmente, ambos recaláramos en Corrien-

tes, él como investigador del CONICET y yo como encargado del futuro PN Mburucuyá.

En Galarza nos recibe Mingo Cabrera, oriundo de Pellegrini quien, antes de ser guardaparque provincial, fue cazador y pescador. Un *mariscador*¹, como se los denomina localmente, de los tantos que con canoa y *botador*² surcaban el esteral en busca de yacarés, lobitos de río, carpinchos y garzas. Animales que además de *parar la olla*, les permitían obtener alguna moneda a través de la venta de cueros y plumas. Pero, como le ocurre a todo predador, su actividad comenzó a declinar al ir mermando sus presas. Cuando en 1983 la crítica situación del humedal llevó a que la provincia creara la Reserva Provincial Iberá, algunos *mariscadores*, en función de su baquía, fueron incorporados como agentes de conservación del área protegida.

En canoa y bajo su guía nos internamos en las someras aguas, cuerpeando *embalsados*, sobre los cuales se asolean yacarés. Estos flotantes islotes vegetales son característicos de los esteros y los hay de diferente tamaño, pudiendo sustentar de acuerdo a su superficie y calado, comunidades de plantas que van desde pajonales y matorrales hasta verdaderos bosques.

Al final de un laberíntico recorrido desembocamos en el espejo de la laguna Galarza. Silenciosamente, impulsada por el rítmico envión del *botador*, la proa de la embarcación cual filoso machete, corta la piel del cuerpo de agua, generando brillantes surcos que se diluyen a nuestra espalda. Un Gallito de Agua pasa rasante con vistoso aleteo y el capuchón rojizo de un Federal descuella sobre el *pehuajó*³. Cual faro, marca la boca del *Isarí*⁴, estrecho canal que nos conduce hacia la dilatada placidez de la laguna Luna. Nadie se atreve a hablar, no queriendo alterar con foráneos sonidos la armonía silvestre.

Terminado el reconocimiento y superada la embriaguez del elixir natural, preguntamos a Mingo sobre los parajes que nos recomienda muestrear. En los días siguientes, embarcados o caminando, monitoreamos la avifauna de la zona. A las observaciones asistemáticas se suman los datos obtenidos con el método de censar por puntos, que consiste en permanecer diez minutos en

1 Mariscador del Iberá: Recolectores de cueros y plumas que vivían cazando en los esteros

2 Botador: Pértiga de caña con un triángulo de madera en su extremo utilizada en Iberá para para impulsar canoas.

3 Pehuajó: *Thalia geniculata* hierba palustre y perenne que habita zonas pantanosas.

4 Isarí: Pasaje o canal natural que comunica las lagunas Galarza y Luna.

un sitio, registrando visual y auditivamente las aves presentes, dentro de un círculo de doscientos metros de radio.

Excepcionalmente recurrimos al empleo de redes de niebla, en sectores de monte denso y juncales, a los fines de detectar especies de esquivo comportamiento. Utilizar esta técnica, tan efectiva como traumática, requiere permanecer muy cerca y atento para, apenas cae un ejemplar en la red, correr a desenredarlo con sumo cuidado. Quedar sorpresivamente atrapado en una invisible trama, expuesto a las garras de un enorme predador, debe ser lacerante para cualquier ave. Y lo es también para muchos de nosotros que, al manipular esos temblorosos capullos, hallamos consuelo pesando que el sufrimiento provocado redundará en su propio beneficio.

Como en aquellos atardeceres misioneros de Puerto San Juan, el crepúsculo nos encuentra con el Tape junto a la cálida compañía de un *amargo*, comentando las novedades diarias.

Iberá no deja de sorprendernos. Pero también advertimos que su inmensidad y riqueza no le confieren inmunidad.

Sobre él se ciernen serias amenazas, como las grandes forestaciones de pinos y eucaliptus, especies exóticas que lo van acorralando. Y Yacyretá, que extiende hasta aquí sus tentáculos en forma de visibles líneas de alta tensión que atraviesan los esteros, o el silente transvasar subterráneo de agua desde su embalse, que provoca un aumento significativo en el nivel de la cuenca, de imprevisibles consecuencias.

En 1991, al colaborar en aquel relevamiento, no imaginé que Iberá caería también bajo la negativa influencia de la hidroeléctrica binacional, una obra que, por su magnitud, debió tener un minucioso estudio previo de impacto ambiental...

Diez años han pasado desde entonces.

Y aquel monitoreo cuya finalidad era promover la creación de áreas protegidas compensatorias, modesto remedo ante la destrucción de la riqueza silvestre condenada a muerte por la monumental obra, aún no ha dado fruto.

Gozo participar de los estudios de flora y fauna, de compartir experiencias con personas comprometidas con la defensa de la naturaleza, de aprender a desentrañar los misterios de la vida silvestre, y seguir asombrándome con cada descubrimiento, pero no soy insensible al percibir que tales esfuerzos suelen caer en el saco roto de la intransigencia.

Observar y analizar nos hace conocer, y conocer es imprescindible para valorar y respetar. Pero, en nuestra sociedad, pareciera ser que tanto reconocer el valor de algo como preocuparse por el impacto antrópico, son conceptos cuyo alcance se limita, exclusivamente, al interés humano.



Laguna Iberá, mayo de 2000, sobre un embalsado.
De pie de izquierda a derecha, Mario Chatellenaz, Ernesto Krauczuk,
Alejandro "Tape" Giraudo y el guardaparque provincial Roque Bocalandro.



Legado

Cercano ya el mediodía porteño, desde los ventanales de la Dirección de Conservación y Manejo de Recursos Naturales de la APN, Juan Carlos observa la isla verde de Plaza San Martín que, más que nunca, parece un fresco oasis. Los dorados ramilletes que coronan las ramas de los ybirá pitá, le provocan misionera nostalgia.

La puerta se abre y un hombre maduro, de alta y estilizada figura, se encamina hacia él con paso resuelto. Haciendo un saludo reverencial más propio de otra época y en un enrevesado castellano con fuerte acento extranjero, dice:

— *Buenos días Sr. Chebez. Soy dueño de una estancia en Mburucuyá, Corrientes, y la quiero donar para hacer un Parque Nacional ¿Es con usted con quién debo hablar?*

Seguramente el hecho revistió mayor formalidad y toda una tramitación, no exenta de burocracia, que culminó en septiembre de 1991 con la firma de un convenio, por medio del cual se donó a la Nación las estancias Santa María y Santa Teresa, con el objetivo de crear con ellas un Parque Nacional. Pero me gusta imaginarlo así, directo y sencillo, porque va más con el perfil del Troels Myndel Pedersen que conocí.

Al mediar la Segunda Guerra Mundial y estando Dinamarca bajo ocupación alemana, Troels decidió tomar las riendas de la propiedad heredada de su padre. Profesionalmente abogado en su país natal y botánico de alma en cualquier parte, derramó en ella su pasión por las plantas, anteponiendo en el manejo de la estancia el respeto por la flora y la fauna.

Incentivado por la cautivante naturaleza correntina y, quizás, estimulado también por el entusiasmo de sus colegas y amigos argentinos, los botánicos Ángel Cabrera y Arturo Burkart, quienes visitaron varias veces el campo, amplió su superficie incorporando sectores valiosos desde el punto de vista florístico. Algunas adiciones, como la del potrero “Rincón”, allende la Cañada

Fragosa, resultaron un dolor de cabeza para el administrador, al ser un sector de difícil acceso y por lo tanto inconveniente para el manejo de la hacienda. Pero es que Troels no pensaba en las vacas, ni invertía su tiempo en el manejo del establecimiento.

Cuando, finalmente en 1994, terminada la reconstrucción del viejo puesto de la estancia, pude trasladarme a Mburucuyá, el Doctor Pedersen estaba en Dinamarca. Habitualmente pasaba parte del año en Europa, visitando museos y herbarios, especialmente el Real Jardín Botánico de Kew, en Inglaterra. Solían referirse a él de esa forma no solo por su título de letrado, sino también porque la Universidad de Corrientes le ha otorgado, en mérito a su trayectoria, el título de “Doctor Honoris Causa”.

Regresó a Corrientes con la floración de los lapachos y resultó ser una persona sencilla y cordial, aunque distaba de ser dicharachero.

Él y Nina Sinding, su esposa, moran en la casa principal de Santa Teresa, cuya construcción finalizaron en 1945. Imponente residencia, de grandes ambientes, pero austera. Su interior esta mínimamente amueblado, sin lujo, acorde con el espartano modo de vida que llevan sus dueños.

Mi casa dista unos cientos de metros de la suya. Esa circunstancia y el interés que siempre tuve por la flora nativa, que en Iguazú se vio robustecido gracias al contacto con muchos botánicos, nos acercó más que la obligada relación laboral. Con Don Miguel, el administrador, quien reside en Santa María distante varios quilómetros de Santa Teresa, trato cuestiones vinculadas con el manejo ganadero y su impacto ambiental; con Pedersen el temario es sobre plantas y conservación.

A pesar de su avanzada edad se esforzó por llevarme a conocer cada rincón del campo, y en trasmitirme su mayor preocupación. ¿Qué sucederá cuando, finalizado el convenio de donación, se retire la hacienda? ¿Cómo evolucionara el ecosistema sin la presión de pastoreo de los vacunos?

Fue así como, aprovechando el período de transición de estancia a parque, decidimos con Silvana plantear la realización de un estudio que permitiera evaluar cambios y prevenir consecuencias.

Las reuniones de trabajo tenían lugar en su gabinete, enmarcado por altas estanterías nutridas de bibliografía, o en el herbario donde, prolijamente resguardadas dentro de vitrinas de guatambú, atesoraba su colección botánica. Esbozado el proyecto, personal técnico de Parques y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) desarrollaron la metodología para monitorear la dinámica de las comunidades vegetales, sometidas a la presión del ganado y al efecto controlado del fuego.

Mis pasos retumban amplificadas por los grandes espacios vacíos. Pocos eran los muebles cuando la casa estaba habitada y casi nada quedó ahora que Doña Nina y Troels ya no están en ella.

Nunca me animé a preguntarle porqué estableció en el convenio de donación un plazo de ocho años. ¿Por qué ocho años y no seis o diez? Lo deduje cuando su vitalidad comenzó a flaquear a causa de la enfermedad terminal que lo afectaba.

Atravieso la sala de estar y observo desde sus grandes ventanales, una tropa de carpinchos que retoza y se alimenta a orillas de la laguna. A mi derecha e izquierda se extienden dos amplias galerías. La primera va hacia el ala correspondiente a las alcobas, solo tres, pero enormes, como todas las dependencias de la casa. La de la izquierda conduce al estudio y biblioteca, donde solíamos reunirnos. Hoy dicho gabinete está desmantelado, pero me consuela saber que los libros, al igual que el herbario, están en las mejores manos, las del Instituto de Botánica del Nordeste (IBONE).

Paradójicamente en este año 2000, de incumplidas profecías, aquello que parecía imposible sucedió. La provincia de Corrientes cedió por Ley la jurisdicción de las tierras donadas en 1991. ¡Y no solo debió hacerlo una vez, sino dos! Porque la constitución provincial establece que la cesión de territorio debe ser tratada dos veces por la legislatura. Sin embargo, lo que debería ser más factible no ocurrió todavía. Vencido el plazo acordado en el convenio de donación, ese que Pedersen, haciendo honor a su nórdica idiosincrasia, calculó tan fríamente, el Estado Nacional no aceptó aún la cesión de la provincia.

Troels falleció el 5 de febrero y el parque no ha sido creado. Doña Nina regresó a Dinamarca y yo, en pocos meses, estaré a miles de quilómetros de Mburucuyá. Me trasladaré a la Patagonia, al PN Los Alerces.

Adormecidas, como los yacarés que guardan las costas de lagunas y esteros, las arenosas tierras de Santa Teresa y Santa María esperan la decisión política que las transforme en el primer Parque Nacional del Taragüi.

EL GUARDAPARQUE



Parque Nacional Mburucuyá, agosto de 1994. Costa del estero Santa Lucía, junto a Silvana Montanelli y Troels Myndel Pedersen.



Distopía

Agrego un tronquito al fogón de la cocina económica y regreso a la silla. Los chicos continúan pegados a la ventana, hipnotizados por el ingrátido descenso de cristalinos vilanos, que se van acumulando cubriendo el suelo. Para Ignacio y Eira, ambos litoraleños de nacimiento, misionero él y correntina ella, la nieve era hasta hoy una abstracción, algo que solo existía en cuentos y películas.

Silvana aparece con los abrigos y en tropel corren al patio, para emprender la construcción de su primer muñeco de nieve. Una ramita hace de puntiaguda nariz y algunas piedras son los botones del immaculado vestuario, que completan con un gorro de lana y una bufanda. Empilchado, el rechoncho hombrecito sonrío complacido.

Hace un mes que estamos en Alerces.

Los traslados son eventos habituales en Parques, organismo que tiene personal desperdigado por todo el territorio nacional, desde Tierra del Fuego hasta Jujuy y Misiones. Consecuentemente, existe una normativa que los regula y la logística requerida para concretarlos. Pero, a pesar de ello y de estar el mío autorizado y consensuado, al llegar a la Villa Futalaufquen, la casa que debíamos recibir estaba en refacción y, por lo tanto, no era habitable. Sin vivienda nos vimos obligados a amontonar la mudanza en un galpón y amucharnos, también nosotros y casi con lo puesto, en un cuarto de la sede administrativa. Cuatro personas más *Neike*, nuestro mburucuyano ovejero alemán, en una minúscula habitación rodeada de oficinas.

Podría haber requerido el pago de viáticos y alojarnos en un hotel, hasta tanto solucionaran el problema. Reglamentariamente era viable, en virtud del incumplimiento oficial al no disponer, en tiempo y forma, de la vivienda asignada. Pero no lo hice por considerar que el estado, es decir nosotros, no tiene por qué pagar, en casos como este, por la inoperancia de un funcionario.

Aguantamos una semana el hacinamiento. Sin vislumbrar ninguna solución y saturado de promesas incumplidas, decidí adoptar la sugerencia de un

compañero y ocupar esta casucha, precaria cabaña destinada para alojamiento de ocasionales visitantes. Apenas un monoambiente, pero independiente y alejada del trájín de la Intendencia. Y afortunadamente, para alegría de los chicos, llegó la nieve, y su desbordante entusiasmo contribuye a mitigar mi malestar.

Otra sorpresa tampoco agradable fue que, al presentarme oficialmente ante el Intendente del parque, fui recibido con dos nombramientos; el de jefe de Zona Centro y jefe de Operaciones. Al primero, como su nombre lo indica, le cabe la responsabilidad de fiscalizar la zona centro del parque, la más complicada, pues incluye la Villa Futalaufquen y la mayoría de los complejos hoteleros; al segundo le compete asistir logísticamente a todas las Seccionales del área protegida, incluyendo las de las zonas Sur y Norte.

Por este motivo ayer tuve que ir hasta Lago Verde, al norte de la villa, a llevar un tambor de combustible para el guardaparque allí destacado. No podía no ir más tampoco consideré no hacerlo, simplemente no lo pensé. Fui desprevenido, sin atender aquella sentencia de Joaquín Sabina que advierte “...*Al lugar donde has sido feliz, no deberías tratar de volver...*”. Y me di de bruces con la realidad.

La picada que transité de joven como mochilero, se ha transformado en ruta y en sus márgenes prosperan numerosos emprendimientos turísticos. La agreste pampita frutillera donde acampamos aquella vez, ha desaparecido sepultada por un pinar, un bosque de árboles exóticos, oriundos del hemisferio norte, bajo cuya sombra solo crecen cabañas para alojar turistas.

Cuando vinimos con Lalo y Magdalena éramos los únicos visitantes en torno al lago, cuyo espejo esmeralda podíamos contemplar desde el campamento. Ahora las edificaciones y el bosque implantado ocultan la joya lacustre. Claro que, por aquella época, no era sencillo llegar hasta aquí y también éramos menos, unos 4000 millones en todo el planeta. Hoy no solo ha mejorado la accesibilidad, la población mundial ha crecido superando los 6000 millones.

En la jerga *parquera* los sitios destinados al uso público suelen rotularse como *áreas de sacrificio*, porque se asume que tal destino los condena a modificación y deterioro. Lago Verde lo era ya en 1975, cuando lo conocí, pero entonces la presencia humana no tenía casi incidencia. En este 2001 la presión antrópica ha inclinado sustancialmente la balanza y el impacto sufrido es notable.

Es el progreso. Aunque me cuesta muchísimo aceptarlo, mi razón me dice que debo admitir ciertas transformaciones. Y me consuelo pensando que, quizás, son necesarias. Para que los habitantes de las islas humanas, cada día más distanciados de la naturaleza por el medio artificial en que pululan, conozcan, disfruten, e incluso obtengan algún beneficio de estas bellezas naturales, y de esa manera puedan llegar a valorarlas y respetarlas.

Después de veintiséis años, haber vuelto al lugar y hallarlo tan modificado, a pesar de estar dentro de un Parque Nacional, me produjo una profunda desazón. Aquí despertó mi adormecida vocación. Una pulsión que me llevó por selvas y esteros. Una llamita que se fue convirtiendo en hoguera, pero que ahora, con el paso de los años, siento menguar, asfixiada por el acoso de nuestra civilización extremista; noble y abyecta, generosa y egoísta, creadora y destructiva.

Por alguna circunstancia y a pesar de la influencia del entorno artificial en que nací, mi ser animal no sufrió nunca grandes alteraciones, y acorde a su genoma, 98 por ciento similar al de un chimpancé, mantuvo la empatía con los hermanos silvestres. Quizás por eso, cuando comprendí que les habíamos declarado la guerra, inmediatamente me puse de su lado, para protegerlos, para ayudarlos a subsistir, con la esperanza de que, siendo monos tan inteligentes como somos, reaccionaríamos tomando conciencia de nuestro equivocado accionar; y lo revertiríamos.

Pasé todos estos años custodiando áreas naturales, semilleros que asegurarían la continuidad de la vida, aguardando mientras tanto algún indicio de rectificación. Y si bien sigo esperando, y creyendo en que la existencia de los reservorios naturales es fundamental, la humanidad me estremece día a día y cada vez más, con su indiferencia y sus abruptos cambios. Abruptos en relación a la evolución de la naturaleza, cuyo ritmo si bien es dinámico y cambiante, a excepción de ocasionales cataclismos transcurre de manera gradual. Antagónicamente a ello nuestra civilización promueve súbitas modificaciones, a las que los organismos vivientes están imposibilitados de adaptarse, y otras no tan bruscas, pero extremadamente radicales, como el cambio climático, patología global inmune a cualquier remedio o esfuerzo local, capaz de poner en jaque incluso la idoneidad de las áreas protegidas.

¿Será que todos estos años perseguí una utopía?

Y si es así, si es la utopía un futuro ideal y por lo tanto inalcanzable ¿qué es la realidad que vivimos?

A pesar de avisos y llamados de atención el impredecible *Homo sapiens* sigue, impertérrito, su alocada carrera.

Hay quienes, la mayoría me atrevo a decir, creen ciegamente que la tecnología proveerá las soluciones para superar cualquier obstáculo. Tal fanatismo les hace ver el futuro como un paraíso tecnológico.

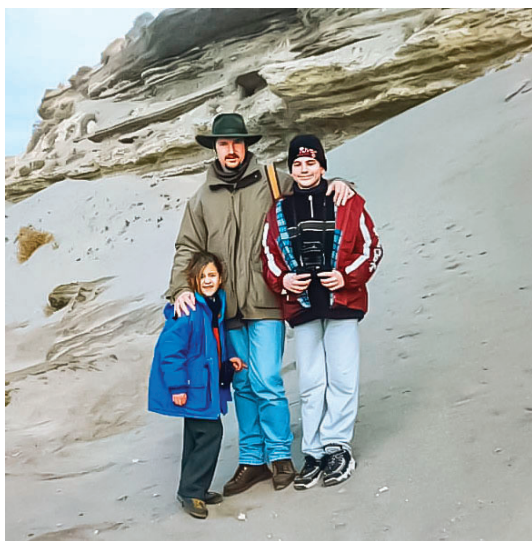
*Un mundo feliz*¹ donde no imagino qué lugar quedará para la vida silvestre.

Aunque cueste creerlo, todo pasa por lo que creemos. Somos lo que creemos. Y nuestra sociedad consumista nos inculca creer en el dinero, en el poder, en la tecnología; en el hombre y su preeminencia.

Siempre creí en la vida. En la vida como un todo. Por ello y a pesar de todo, la seguiré defendiendo hasta mi ocaso.

1 Novela de Aldous Huxley

EL GUARDAPARQUE



Con Eira y Nacho, julio de 2001.



Acerca del autor

En enero de 1984 ingresó al Centro de Instrucción de Guardaparques “Berbabé Mendez” de Isla Victoria, del cual egresó en junio de 1985. Desde entonces y hasta el 2013, trabajó en los parques nacionales Iguazú, Mburucuyá, Los Alerces, Reserva Natural Otamendi (actual PN Ciervo de los Pantanos) y la Reserva para la Defensa Punta Buenos Aires en Península Valdés.

En dos períodos; marzo/2004 - agosto/2005 y mayo/2007 - junio/2011 se desempeñó como personal técnico adscripto a la Subsecretaría de Turismo y Áreas Protegidas de la provincia de Chubut, a los fines de elaborar e implementar el Estatuto Reglamentario del Sistema Provincial de Guardafaunas, el cual fue aprobado por Decreto 1462/2007.

Observador de aves desde 1981, sus comunicaciones integraron parte de diversas publicaciones como *El Hornero* y *Nuestras Aves*.

En 1996 publicó el *Inventario de las aves del PN Iguazú*, trabajo realizado con Miguel Castelino y otros colegas; en 1997 con Silvana Montanelli el *Mapeo de las comunidades vegetales leñosas del PN Mburucuyá*, y en 2010 como coautor el *Inventario de las aves del Parque Nacional Mburucuyá*.

Material fotográfico de su autoría ilustró revistas como *Fauna Argentina*, libros como *Los que se van* y guías de identificación como *Aves de Argentina y Uruguay*, *Aves del Uruguay*, *Aves del Noroeste Argentino*, etc.

A lo largo de su carrera ha tenido participación en relevamientos faunísticos y congresos ornitológicos, así como en talleres de educación ambiental y cursos para guías de turismo.

La Fundación de Historia Natural Félix de Azara (Fundación Azara) –creada el 13 de noviembre del año 2000– es hoy una de las instituciones dedicadas al estudio y conservación de la naturaleza más importantes de América Latina. Con origen en la Argentina, sus actividades crecen en Chile, Paraguay, Bolivia, Uruguay y sur de Brasil, además de algunas incursiones en Ecuador y Cuba.

En sus años de vida, la institución alcanzó, con actividades de exploración, estudio y popularización de las ciencias naturales, ambientales y antropológicas, logros y una proyección internacional casi sin antecedentes para las entidades latinoamericanas de su tipo.

Sus investigadores han aportado 161 especies nuevas para la ciencia, tanto fósiles (94) como vivientes (67), desde diminutas plantas hasta enormes dinosaurios. Desde sus laboratorios y gabinetes se publican anualmente más de ciento cincuenta artículos científicos, aceptados por las revistas más prestigiosas, incluyendo en la nómina *Nature* o *Science*.

Su importante producción científica –cerca de un millar de artículos, un centenar de libros y de informes técnicos y una veintena de tesis de grado y posgrado– es el reflejo del trabajo comprometido y vocacional de setenta científicos y naturalistas de campo, algunos de los cuales son referentes mundiales de su especialidad.

La Fundación Azara desarrolló y apoyó más de doscientos proyectos propios de investigación y conservación, una veintena en cooperación con investigadores e instituciones de otros países. Brindó apoyo a proyectos de más de cuatrocientos investigadores y naturalistas externos y pertenecientes a diversas universidades, centros de investigación y otras organizaciones no gubernamentales de América Latina. Y firmó, además, un centenar de convenios de cooperación, algunos de ellos, para integrar recientemente consorcios con algunas de las universidades e instituciones científicas más importantes del mundo.

Con un equipo humano cuyo denominador común es la vocación, logró, en materia de conservación y manejo de la fauna silvestre, rescatar y atender siete mil animales víctimas principalmente de accidentes viales y del tráfico ilegal.

La Fundación se destaca por su labor en la creación e implementación de reservas naturales, así como en la creación, puesta en valor y gestión de museos regionales de ciencias naturales y antropología, centros de interpretación, geoparques, sitios paleontológicos y arqueológicos, habiendo sumado ciento cincuenta mil hectáreas en áreas naturales protegidas provinciales, municipales y privadas.

En la Argentina propició, entre muchos otros proyectos, la refuncionalización del Centro de Rescate, Rehabilitación y Recría de Fauna Silvestre “Güirá Oga”, en Puerto Iguazú, provincia de Misiones, con el Ministerio de Ecología de esa provincia; la creación del Paisaje Protegido “Delta Terra” (hoy transformado en una reserva natural municipal del partido de Tigre) y su pequeño Centro de Rescate de Fauna Silvestre Rioplatense, en la primera sección de islas del delta del Paraná, provincia de Buenos Aires; la creación de un Centro de Investigación en Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas con la Universidad Maimónides, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; la puesta en valor del sitio arqueológico incaico “El Shincal de Quimivil”, en Londres, provincia de Catamarca, con el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación, el Ministerio de Turismo de la Nación, el Gobierno Provincial y el Municipio de Londres; la creación del Centro de Información de Fauna Marina del Golfo San Matías, en Las Grutas, provincia de Río Negro y la restauración de la “Casa Jacobacci” para su inauguración como Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas de la Costa Patagónica “Ing. Guido Jacobacci”, en San Antonio Oeste, provincia de Río Negro, en ambos casos con el Municipio

de San Antonio Oeste; la creación del Museo Folklórico de Londres, en la provincia de Catamarca, con el Municipio local; la puesta en valor del Parque Arqueológico “La Tunita” en Ancasti, provincia de Catamarca, con el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación, el Gobierno Provincial y el Municipio local; la reinauguración del Museo de Ciencias Naturales y Arqueología “Prof. Manuel Almeida”, en Gualaguaychú, provincia de Entre Ríos; la creación del nuevo Museo de Ciencias Naturales de Miramar “Punta Hermengo” y de la Estación Científica de Centinela del Mar “Dr. Eduardo P. Tonni” en la provincia de Buenos Aires, con el Municipio de General Alvarado; y la creación del Museo de Historia Natural de San Martín de los Andes en la provincia de Neuquén.

En el año 2004 creó, en la Argentina, los Congresos Nacionales de Conservación de la Biodiversidad, que desde entonces se realiza cada dos años. Organizó además decenas de congresos nacionales y latinoamericanos en otras especialidades.

En su red de colecciones científicas —abiertas a la consulta de investigadores de todo el mundo— resguarda doscientos mil objetos de geología, paleontología, botánica, zoología, arqueología y etnografía.

La divulgación de la ciencia ha sido también un área de trabajo clave de la institución que apoyó importantes documentales como “*Jane y Payne*”, filmado en la Patagonia Argentina, junto con los defensores del ambiente de reconocimiento mundial, Jane Goodall y Roger Payne. Ha coproducido distintas series audiovisuales con señales educativas, por ejemplo: “*Naturalistas viajeros*” y “*Creando bestias prehistóricas*”. Ha desarrollado material didáctico para establecimientos escolares y organizado o auspiciado exhibiciones itinerantes de temática científica que recibieron la visita de más de diez millones de personas en Chile, Bolivia, Ecuador, Perú, Uruguay, Brasil, Colombia, Costa Rica, Estados Unidos, España, Países Bajos, Grecia, Rusia, Bulgaria, Singapur, Estonia, Tailandia, Israel, Hungría y desde luego, la Argentina.

Quinientos mil jóvenes participaron de sus diferentes actividades educativas (talleres, charlas, visitas guiadas, clubes de ciencia). Unos cuatrocientos estudiantes de doce universidades latinoamericanas fueron pasantes y voluntarios en sus actividades científicas y de extensión.

Su denominación rinde homenaje a Félix de Azara, un auténtico ilustrado español del siglo XVIII, precursor de los naturalistas sudamericanos, que se mostró deseoso de adquirir conocimientos y mejorar el mundo que lo rodeaba, como lo manifestó durante su actuación en la región rioplatense entre 1782 y 1801.

El campo de acción de la Fundación Azara en las ciencias naturales, ambientales y antropológicas es concebido de manera integral y con una mirada actual: incluye la exploración, investigación, gestión y conservación de una parte importante del patrimonio natural y cultural latinoamericano. Su objeto de trabajo es la diversidad natural y cultural de uno de los lugares más atractivos de nuestro planeta, el extremo sur de América, el mismo al que Félix de Azara le dedicara casi veinte años de su vida.

<https://fundacionazara.org.ar>
secretaria@fundacionazara.org.ar

 VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES

DELIVERY de LIBROS:

Comprá online el libro que quieras y recibilo cómodamente en tu domicilio. Envíos a todo el mundo.

www.vmeditores.com.ar

Carlos Saibene no siempre fue guardaparque.

Su vida comenzó en el trájín urbano, entre papeles, oficinas y la gris rutina de la ciudad. Pero algo en su interior –una vocación silente, una añoranza de verdes profundos– lo llevó a abandonar el confort conocido y a internarse en los senderos de la naturaleza.

En estos relatos, narrados con sencillez y hondura, comparte fragmentos de esa transformación vital. No sigue un orden cronológico, sino el ritmo caprichoso de la memoria: aquel que rescata lo verdaderamente esencial.

Selvas, esteros, bosques cordilleranos y vastos paisajes patagónicos componen el escenario de su andar, pero también de su introspección.

En el aislamiento del monte, aprendió a escuchar lo que no habla y a ver lo que no se muestra. Supo del compromiso silencioso de quienes resguardan la vida silvestre, muchas veces sin nombre ni aplausos, fundidos con el paisaje que defienden.

Ya retirado, en un valle de Córdoba, comenzó a escribir. No como quien busca hacer literatura, sino como quien necesita dar testimonio de lo vivido. Cada texto es un regreso a esos días en que la naturaleza era su tarea y su casa, su desafío y su descanso.

Este libro es el resultado de ese tránsito. Una obra que late con verdad, que respira monte y que invita al lector a caminar junto al autor, mate en mano, por la huella de una vida entregada con pasión y sencillez al cuidado de lo natural.

Juan F. Klimaitis



vmeditores.com.ar



AVES ARGENTINAS

AZARA

FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

